PQ 6503
.A44 P5
Copy 1

CH. CHADENAT
Librairie Ameri aine et Coloniale,
17, Quai des Grands-Augustins,
PARIS.

Class PQ 6503
Book .A44P5

69H2
68

PIZARRO

Y

EL SIGLO XVI,

NOVELA HISTÓRICA

por

D. Pablo Avecilla.

Alonso de la

41C

MADRID, 1845.
IMPRENTA DE D. SEVERIANO OMAÑA.
Calle de Cervantes, núm. 34.

EMPRESA
HISPANO-LITERARIA

5

PQ6503
.A44P5

29223
'03

ADVERTENCIA.

Aunque en octubre de 1842 se publicaron anónimamente en un periódico de esta córte diferentes fragmentos de esta novela, con el título de *Pizarro, ó Conquista del Perú*, la empresa sin embargo no ha dudado dar lugar en su coleccion á esta important obra, porque es enteramente otra nueva y disti ta, de la que formaban aquellos fragmentos, que por otra parte tuvieron escasísima circulacion. Nuevo jiro en la marcha jeneral de la accion; nuevos caractéres, nueva graduacion en los pensamientos é imájenes, todo constituye una obra orijinal é inedita, que el público sabrá apreciar en su bien conocida ilustracion.

INTRODUCCION.

Al tender en el siglo XVI una mirada filosófica por todos los continentes europeos, por todo el antiguo mundo, el alma del hombre sensible se reconcentra melancólicamente, y su corazon late ajitado. No era solo en España donde se sintiera con horror, entre el crujido de las armas sarracenas, el duro yugo del feudalismo, y despues la tiranía de los reyes; no solo las comarcas españolas se estremecieran al contemplar las espantosas escenas con que el negro fanatismo ensangrentára la pura y dulce relijion de Jesus; el antiguo mundo envuelto en densas tinieblas de ignorancia, presentaba por do quiera el mas desconsolador espectáculo; y graduar la conciencia y la conducta de los hombres públicos de aquella triste época, por la moralidad y filosofía

de nuestro siglo, seria incurrir en gravísimos errores. El héroe mas eminente del siglo XVI, seria el que en mas heróico grado poseyera el fanatismo relijioso de su época, junto con el feroz arrojo personal en los combates.

En tan negros momentos fué cuando la audacia de los europeos los condujo hasta los continentes del Nuevo Mundo. Aquellas remotas playas, llenas de candidez y de inocencia, formaban la antítesis mas espantosa con el ennegrecido corazon de sus descubridores. Pero no, lejos de nosotros la idea de copiar las nefandas escenas que el sensible filósofo *Raynal* ha descrito en su *historia de los establecimientos europeos en las dos Indias;* lejos de nosotros seguir las huellas de *Robertson* en su *historia de América*, lejos de querer al fin con fantasía ardiente recargar el horror de lamentables épocas. Si el deber empero de historiadores novelistas nos hiciese tocar los hechos, será con la lijereza posible, y sin recargar sus negras tintas.

Todas las naciones de Europa fijaron establecimientos de mas ó menos importancia en el Nuevo Mundo, y todos los europeos ensangrentaron sus comarcas; pero solo los españoles dominaron en él vastos imperios é inmensos continentes, y las arenas de las

nuevas playas, bastáran apenas á numerar los hechos de valor y las hazañas de los héroes castellanos. Familiarizados con la guerra en ochocientos años de combates con los sarracenos; avezados á la persecucion y esterminio de los idólatras de Mahoma, preciso fuera que desplegaran en las nuevas rejiones, con los adoradores de otros ídolos, aquel mismo caracter de terror y de crudeza que les era ya propio y natural con el trascurso de tantos siglos. Los ilustres caballeros en que pudieran brillar las cortas virtudes de aquella época, avezados aun á las brillantes cruzadas, abandonaban los peligros de las ondas á codiciosos aventureros que ansiaban mas el oro y las riquezas, que los antiguos laureles de los campos de Palestina.

Los españoles, sí, con los instintos feroces de aquellos siglos, ensangrentarian con horror los nuevos continentes; pero sus crímenes, serian siempre crímenes del siglo XVI, crímenes comunes á todos los europeos que invadian el Nuevo Mundo; crímenes propios del fanatismo de aquellos tiempos de ignorancia y de error; crímenes al fin de aventureros, que como todos los aventureros de Europa, volaban á la muerte, ó á saciar su ambicion en los tesoros de la virjinal América; pero si las primeras

pájinas de la historia del Nuevo Mundo pudieran sernos enojosas, á los españoles debieron al fin aquellas rejiones el amor á la libertad y la pureza del cristianismo que los han conducido á la civilizacion é independencia, y hoy podemos satisfechos decir á la Europa entera *nos llaman nuestros hermanos.*

Los Reyes Católicos.

I.

Mal pudiéramos conducir á nuestros lectores á la perfecta intelijencia de los manuscritos y testos peruanos que nos han servido de guia en esta obra, si lijeramente no describiésemos en breves pinceladas el estado político del antiguo mundo en el siglo XVI, y no profundizásemos en algo la corte de los reyes

católicos, y su situacion interior y esterior.

España, este suelo alumbrado por el sol mas hermoso de la Europa, ha sido en todos los siglos el campo de batalla en que se han resuelto con las armas los destinos del antiguo mundo. Despues de verse vencida en los campos celtíveros la velicosa república de Cartago, sucumbió tambien en sus arenas la altivez romana; y si el trono de los godos con el trascurso de los siglos adquirió en nuestro suelo nacionalidad y poderío, la molicie de la corte de Witiza y de Rodrigo, abrió las puertas de España á los testados hijos de la Libia, y sufrió por ocho siglos el duro y ominoso yugo sarraceno, perdiendo su libertad, su independencia, y hasta sus creencias relijiosas.

Mas no el leon español rujiera por siempre abatido á los pies de sus opresores; la patria de los héroes alzó su temerosa frente, y se estremeció Damasco. El instinto de la libertad y del amor á la patria, á una con el fanatismo y la supersticion, concitaron á Cueba Donga á los antiguos celtíberos y lusitanos, y Pelayo abrió la campaña mas obstinada y sangrienta que jamás pregonará la historia. Setecientos ochenta años de combates, y tres mil setecientas batallas, habian arrojado á los sarracenos de las montañas cantábricas á los montes de Toledo; de

los montes de Toledo á las fragosas sierras de Andalucía; y los habian al fin reducido á los muros de Granada. A Fernando y á Isabel les guardaban los destinos la gloria de tremolar el estandarte de la cruz en las almenas de la Alambra, y al menos por una vez el fanatismo hizo causa comun con la libertad.

No tan atroz campaña hubiera de tener en pie poderosos ejércitos, ni hubiera formado un sistema de hacienda pública con recursos bastantes para vastos proyectos. Aunque los reyes de Castilla entraban todos los años desolando las campiñas de los sarracenos con cincuenta ó sesenta mil hombres, estos ejércitos solo se componian de vasallos que por poco tiempo les prestaban los señores feudales, ó de fanáticos que por cuarenta dias concitaba en nombre de Dios, el señor del Vaticano. El ejército francés de Cárlos VII fue la primer fuerza permanente que conoció la Europa, y que preparó la importante revolucion de quitar á los nobles la direccion de la fuerza militar de los estados. Los reyes con poco poder, su erario era tan débil que no podian entrar en gastos ni empresas; y si pedian socorros á los pueblos, los pueblos se los prestaban con escasez.

Entraron Fernando é Isabel vencedores

en Granada el segundo dia de 1493; la dominacion sarracena en España exhaló el último suspiro, y unida la corona de Aragon y de Castilla por el matrimonio de esos dos príncipes, sus dominios eran muy estensos, si bien su poder no era absoluto. El poder legislativo estaba en las córtes, y el rey tenia el ejecutivo muy limitado. Los tiempos románticos aun no habian acabado enteramente; la vizarría, la jentileza y el valor, eran el distintivo de los nobles caballeros, pero el feudalismo gozaba de toda la estension de su poder, los señores feudatarios eran los reyes, y los monarcas unas huecas fantasmas sin esplendor y sin aparato. Empero, Fernando, que recojió el fruto de cuatro mil victorias supo aprovecharse de las ventajas que le ofrecia su situacion política. De capacidad profunda en la combinacion de sus planes; de actividad, constancia y firmeza para su ejecucion, consumó la obra de la tiranía que le inspiraba su corazon y le dictaba su orgullo. Fernando, que la corte de Roma le llamó *el católico* porque le temia, unas veces bajo diferentes pretestos, otras con atroces violencias, y muchas por sentencias de tribunales de justicia, despojó á los varones de una parte de las tierras que obtuvieron de la inconsiderada generosidad de los antiguos monar-

cas, y principalmente de la debilidad y prodigalidad de su predecesor Enrique IV. Hizo su corte pomposa, é infundia respeto á los grandes con oropel y con brillo: unió á la corona las poderosas maestrias de las órdenes de Santiago, Alcántara y Calatrava; y fue constantemente un tirano sútil para ir robando las libertades al pueblo; si bien aun su poder era menor que el de otros soberanos de Europa. España fué libre hasta la aciaga derrota de los campos de Villalar.

Si tantas ventajas pudieran hacer colosal el trono de Fernando, sus errores políticos debilitaron empero su poder. El prosilateismo, atributo inseparable de los fanáticos, dominó á Fernando, ó dominó á lo menos á su política. Apenas la enseña de Sion tremoló en los muros de Granada, cuando un desacertado decreto ordenó á los judíos y mahometanos, derramados por todas las provincias españolas, que en el término de cuatro meses recibieran el agua del bautismo, ó saliesen de los dominios castellanos. Pocos se bautizaron, pero ochocientos mil de todos sexos y edades buscaron en otros climas la tolerancia de sus creencias. Las campiñas debastadas por la guerra; la propiedad territorial monopolizada en pocas manos; la corta esten-

sion del comercio, y la poca actividad en las comunicaciones interiores, todo hacia que la agricultura desfalleciera y la riqueza pública fuese bien escasa. Una guerra desoladora de ocho siglos, una espantosa emigracion, dictada por el fanatismo, los entorpecimientos de los matrimonios, propios de los derechos feudales, todo contribuia á la despoblacion, y á la escasez de brazos para la cultura de las artes y de las ciencias.

Tal era el estado político é interior de España cuando se presentó Colon ofreciendo á los monarcas castellanos un vasto imperio, cuya existencia le habia inspirado su instinto. Fernando aun que algun tanto elevado sobre las ruinas del feudalismo, era un monarca cuyo débil erario no bastaba á las urjencias interiores, un monarca que no contaba demasiado con el amor de su pueblo, un monarca en fin de mas pompa y vanidad en su corte, que de poder para vastas empresas, y absorbida toda su atencion en la derrota de los sarracenos, no era fácil prestára oidos á un hombre tenido por visionario en toda Europa.

Si tampoco favorecia esta situacion política al virtuoso descubridor del Nuevo Mundo, la ignorancia y fanatismo le presentaban un escollo casi insuperable. La infalibilidad del pontífice habia escomulgado á

los que creyesen en la existencia de los antípodas, y España sepultada, como todas las naciones, en la estupidez y en el terror relijioso, no era fácil que siguiera el parecer de un hombre obscuro abandonando la evidencia que le imponia el Jénesis y el pontífice. Difícil seria investigar la remocion de tantos obstáculos, sino se recurriera á la ambicion de los reyes; pero la sed ardiente de dominar, y el fausto pomposo de amarrar imperios al carro de la victoria que parecia dominar á los reyes católicos, les hicieron prestar oidos al intrépido Colon, é imponiendo silencio al Jénesis y al pontífice, se arrojaron al furor de desconocidos mares, en busca de esclavos y de tesoros.

II.

Colon.

Envanecidos los reyes católicos con las conquistas que diariamente arrebataban de las manos de los sarracenos; orgullosos de los triunfos que conseguian sobre sus nobles é infanzones, arrancándoles sus antiguos derechos feudales, con que engrandecian su poder supremo, tendian arrogantes su vista al Océano, y fácilmente se persuadian del agradable delirio que detrás de aquellas movibles montañas de olas, habria tambien otros imperios y otras coronas que ceñir á sus frentes, y que engrandecieran su poderío. Hubo un hombre atrevido, mas grande que su siglo, que les ofreció á sus plantas un Nuevo Mundo, y la antigua Península era ya corto límite para encerrar el poder de los reyes de

Aragon y de Castilla. Colon lisonjeaba la vanidad de estos poderosos monarcas, y el Jénesis y el pontífice habian de enmudecer ante la voluntad inflexible de los conquistadores de Granada, que habian de amarrar un nuevo mundo al trono colosal de Cárlos V.

Cristóbal Colon, natural de Jénova, habia pasado su preciosa existencia en viajes marítimos de mas ó menos importancia. Este hombre obscuro, mas adelantado que su siglo en el conocimiento de la astronomía y de la navegacion, conoció como por instinto que debia haber otro continente, y que le estaba reservada la eterna gloria de descubrirle. Los antípodas que la razon condenaba como quimera, y la supersticion como error é impiedad, eran para este hombre estraordinario una verdad incontrastable. Poseido de esta idea, la mas grandiosa que ha concebido humano, propuso á Jénoba su patria poner bajo sus leyes otro hemisferio. Despreciado por esa débil república, por Portugal donde vivia, por Inglaterra, aunque pareciera siempre dispuesta á cualquiera empresa marítima, cifró las esperanzas de sus proyectos en Isabel.

Los ministros de esta princesa tuvieron desde luego por visionario á un hombre que queria descubrir un Nuevo Mundo,

y por mucho tiempo le trataron con la altanería que los hombres comunes, en medio de su fortuna, acostumbran á tratar á los hombres de jénio. Colon empero, no se arredró á vista de las dificultades. Tenia como todos los que forman proyectos estraordinarios la grandeza de alma, el entusiasmo que les anima contra los juicios de la ignorancia, los desprecios del orgullo, las bajezas de la avaricia y las tardanzas de la pereza: firme, enérjico, valeroso, su prudencia y su destreza triunfó de todos los obstáculos. Isabel vendió sus joyas y piedras preciosas, comprometió á su corte, y armadas que le fueron tres fragatas tripuladas por noventa hombres, Colon se dió á la vela el 3 de Agosto de 1492 para admirar al mundo.

Cristóbal Colon iba á transformar el antiguo mundo, y su empresa necesitaba un valor sublime. Despues de una larga navegacion, las tripulaciones horrorizadas á la inmensa distancia que las separaba de su patria, empezaron á desconfiar de que llegaran al fin de sus deseos, y pensaron por muchas veces arrojar á Colon al mar, para volverse á España. El almirante disimuló cuanto le fue posible, hasta que viendo ya el volcan amenazando el horroroso estallido, propuso que si en tres dias no des-

cubrian tierra, darian vela para Europa. Afortunadamente antes de los tres dias, en el mes de Octubre, se descubrió el Nuevo Mundo. Colon abordó á la isla de san Salvador, y tomó posesion de ella en nombre de Isabel. Nadie en Europa creía entonces injusto apoderarse de un pais no habitado por cristianos! Los insulares conturbados á la vista de los navíos, y de hombres tan diferentes á ellos, huyeron despavoridos á la profundidad de las selvas. Los españoles pudieron cojer algunos, que llenos de caricias y presentes, volvieron á mandar á sus hordas, y fue lo bastante para atraerse toda la nacion errante.

Entre festivo alborozo los desgraciados habitantes del Nuevo Mundo corrieron á la playa, y reconocian los navíos y acariciaban á los europeos. Los europeos al contrario, viendo hombres de color de cobre, sin barba en su rostro, sin bello en su cuerpo, en la simplicidad de la naturaleza, les miraron como animales imperfectos, nacidos para su desprecio, para amarrarlos á la férrea argolla, para venderlos en los mercados, y condenarlos á una eterna servidumbre.

Los insulares habitando las selvas, buscando los espontáneos frutos de la naturaleza, y satisfaciendo al pudor con sencillos

tejidos, ignoraban el valor de los metales; y el despreciado cobre, y el oro ansiado, saciaban igualmente su cándido orgullo, adornaban sus templos, y realzaban el atractivo de sus hermosas. Los invasores tendian en tanto á su alrededor penetrantes miradas en busca de preciados metales y de piedras preciosas, y miraban con sonrisa á los indios cargados de tesoros en sus adornos, y allá en su pecho meditaban el crímen y el despojo. No, sublime Colon, jamás mancillará la historia tus virtudes; la ambicion del saber, no la ambicion del oro, te inspiró la existencia de otros nuevos continentes; si hubieras podido abrir el libro de los destinos de los pueblos, América yaciera en el eterno olvido, y no turbaras las ondas de las tranquilas y lejanas playas, para verlas despues enrojecidas de sangre. Sensible, tierno, virtuoso, tú fuiste el amor de los sencillos insulares, y el odio de la corte de Castilla; y tu memoria será cara al nuevo mundo mientras viva en los pechos el recuerdo de la virtud.

El celo infatigable de Colon por los descubrimientos, y el incentivo del oro en los castellanos, les llevó á la isla de santo Domingo y á otros continentes de América. En cuanto Colon estuvo al frente de las tripulaciones, la ambicion de los espediciona-

rios halló un dique insuperable, pero teniendo que volver á la corte de Castilla, teniendo que abandonarse á la inmensidad del piélago para nuevos descubrimientos, la usurpacion, el fanatismo, la crueldad, la barbarie, desplegaron su furia contra los inocentes adoradores del sol. Los indios sin mas armas que su arco y sus flechas de madera, ó espinas de pescados, en vano aventuraban choques con enemigos, cuyas armas, cuya disciplina les daban tantas ventajas. Mirados como dioses por sus débiles víctimas, antes de combatir entonaban la victoria, y sus trofeos eran barbaramente ensangrentados. Colon empero, aterraba á los malvados, y era el ánjel protector de los indios; pero Colon seria el primer guerrero virtuoso que no fuera el juguete de los cortesanos y que no siguiera al fin las huellas de Belisario. La calumnia le asestó sus bárbaros tiros, y mandado encadenar en santo Domingo, fue conducido á España como el mas vil de los criminales. La corte avergonzada de proceder tan ignominioso le puso en libertad, pero sin vengarle de sus calumniadores, y sin restablecerle en sus títulos y funciones. ¡Tal fue el fin de este hombre estraordinario! El reconocimiento público hubiera debido dar al menos á este nuevo hemisferio, el nombre del atrevido navegante

que le habia descubierto; y fuera el menor homenage que pudiese tributar á su memoria; pero ya la envidia, ya la ingratitud; ya los caprichos de la fortuna que asi disponen de la gloria, le arrebataron el don que le habian concedido los destinos, y se lo tributaron á Florentino Americ Vespucio que solo hizo seguir sus huellas. El primer instante en que la América fue conocida por el resto de la tierra se selló con una injusticia, fatal présago de las de que habian de ser teatro aquellos desgraciados paises!

Despues de la caida de Colon y de la muerte de Isabel, los insulares comenzaron á sentir todo el horror de la suerte que les amenazaba. La relijion y la política del siglo XVI sirvieron de velo á la impía ley que en 1506 dió Fernando el católico repartiendo los indios entre los conquistadores para que los empleasen en las esplotaciones de las minas, y en todos los trabajos mas penosos. *En cuanto dejemos á estos bárbaros*, se decia, *el libre ejercicio de sus supersticiones, ni abrazarán el cristianismo, ni doblarán la cerviz á la obediencia.* ¡Oh digna política del siglo XVI!.... Las islas se dividieron en multitud de distritos, y cada espedicionario obtuvo mas ó menos terreno segun su grado, su favor, ó su nacimiento, y desde ese instante los indios quedaron esclavos que

debian á sus señores su sudor y su sangre; y esta horrible disposicion se siguió en todos los establecimientos del Nuevo Mundo exijiendo la corona exhorbitantes derechos sobre los trabajos.

Los espedicionarios llenaron su ambicion por algunos instantes, pero los débiles indios fatigados de un trabajo insoportable, ó muertos al rigor de los bárbaros castigos, desaparecerian de sus fértiles campiñas, y apenas ya quedáran brazos vengadores para cuando tronára el instante de la venganza. En vano en el siglo XVI se clamára por los buenos principios de colonizacion, en vano se invocaran los derechos de la humanidad; la espada levantada, y el nombre del conquistador; el crucifijo en la siniestra y en la diestra la tea; la esclavitud ó la muerte, el cristianismo ó la hoguera; he aquí todos los grandes principios de la corte católica, como de todas las cortes de Europa en el ominoso siglo XVI.

III.

Méjico.

Las preocupaciones religiosas y el fanatismo decidian en mucho en el siglo XVI la suerte de las naciones, y si los pueblos del antiguo mundo, despues de haber recorrido varios sistemas filosóficos, y diferentes creencias, se habian, puede decirse, agrupado alrededor de la cruz, las naciones de los nuevos continentes eran víctimas tambien de las falsas predicciones de sus sacerdotes y profetas, y el terror religioso contribuyó á la dominacion de aquellos imperios, tanto como el terror de las armas de sus conquistadores. Antes, pues, de que nos alejemos á las playas del Perú, escena de nuestro inmortal protago-

nista, será preciso tender una mirada filosófica sobre los primeros continentes de América, descubiertos por los españoles, y particularmente sobre el colosal imperio mejicano, conquistado por el siempre inmortal Fernando Hernan Cortés. Los imperios de Méjico y del Perú, reunian muchos puntos de contacto entre sí en sus preocupaciones religiosas y en las predicciones de sus profetas; en uno y otro imperio se esperaban grandes revoluciones que habian de venir de la parte del oriente, y esta semejanza de profecías resaltará tanto mas á los ojos de nuestros lectores, cuanto que tuviesen por origen religiones y sacerdotes que formaban entre sí la antítesis mas espantosa. En Méjico se adoraban falsos y crueles ídolos, y antropófagos sus sacerdotes tenian las santas aras de sangre humana: en el Perú se adoraba á la sublime deidad del sol, y los sacerdotes le ofrecian en el templo inocentes sacrificios de los frutos que prodigaba á sus adoradores. ¡O inesplicables arcanos de las averraciones de la razon humana!

Despues de la muerte de Colon, los españoles fueron formando importantes establecimientos en la Jamaica, Puerto Rico y Cuba; y Francisco Hernandez de Córdoba y Juan Grijalva en 1517 y 1518 adquirieron

estensos conocimientos acerca del imperio mejicano, de su poder, de su estension, de sus leyes y costumbres, &c. La voz pública aclamaba para conquistador de Méjico á Fernando Cortés, mas conocido entonces por las esperanzas que prometia, que por las hazañas que contaba. Robusto, vigoroso, elocuente, intrépido, sagaz y animado de todo el entusiasmo por la gloria que forma la primera virtud de los héroes, Cortés tremolaria el estandarte de Castilla sobre las ruinas del trono de Motezuma. Tan halagüeña perspectiva presentára el primer héroe de América, si aun mayores crímenes no oscurecieran tanta gloria.

Despues de haber superado los obstáculos que le suscitaron los celos y el aborrecimiento, se dió al fin á la vela el 10 de febrero de 1519, con 508 soldados, 109 marineros, algunos caballos y alguna artillería. ¡Tan débil ejército iba á abrir una feroz campaña de tres siglos! Por cortos gastos qué ocasionasen tan reducidas espediciones, nada suministraba el gobierno; todas se costeaban por particulares que se arruinaban si eran desgraciadas, pero que su buen éxito siempre estendia el imperio de la metrópoli. Desde las primeras espediciones, jamás la corte trazó el plan, jamás abrió sus tesoros; jamás hizo levantamientos de jen-

te; la sed de oro, el espíritu aventurero que entonces reinaba, escitaban la industria y la actividad.

Cortés desembarcó felizmente y atacó y venció á los indios de Tabasco, y los hizo sus aliados. Los españoles mas frugales, mas endurecidos en las fatigas, mas acostumbrados á la intemperie de un clima ardiente que ningun otro pueblo de Europa, fueran entonces los únicos que pudieran sufrir las aflicciones de la guerra en la zona tórrida, y prepararse á tan desigual campaña. Apenas Cortés apareció en las costas de Méjico, Motezuma que alli reinaba con el poder mas absoluto, no pudo ocultar el terror que helaba sus miembros. Este terror que inspiraron á tan poderoso monarca un puñado de aventureros, escederia todo lo probable sino se esplicara por satisfactorias conjeturas y tradiciones.

El movimiento aparente ó real de los astros en sus órbitas, los sorprendentes efectos de la mayor ó menor oblicuidad de la esfera, las acciones y reacciones del mar como primer agente de estos fenómenos, los combates eternos de los elementos, lanzan á los habitantes del globo en un peligro sensible, y en continuas alarmas sobre sus destinos. La supersticion y el fanatismo han divinizado estas revoluciones fi-

sicas, y ha sido consiguiente el terror de los pueblos, sobre todo en los que son mas sensibles y recientes las señales de estos fenómenos.

Tal cuadro presenta América donde son mas frecuentes las inundaciones, los volcanes y los grandes sacudimientos de la naturaleza: vastos golfos, inmensos lagos, innumerables islas, corpulentos rios, altísimas montañas, todo atestigua los azotes y calamidades con que la naturaleza ha afligido á ese mundo; todo imprime este terror de la desolacion de que la impostura ha abusado en todos los tiempos para reinar en la tierra. Como nada sucede que no se halle bajo el aspecto de alguna constelacion, se ha recurrido á las estrellas para espliçar las desgracias de que se ignoraba la causa, y simples relaciones de situacion entre los planetas, tienen en el espíritu humano, que siempre busca en las tinieblas el origen del mal, una influencia inmediata y necesaria en todas las revoluciones.

Sobre todo, los acontecimientos políticos, como los mas interesantes para el hombre, se han creido de una próxima dependencia de los astros. De aqui las falsas predicciones y temores reales que han dominado en la tierra, y que se aumentan y arraigan en proporcion de la ignorancia.

Estas enfermedades del espíritu humano se hallaban ya en el Nuevo Mundo, y no se sabe por que tradicion se presentia en Santo Domingo, en el Perú y en otras regiones de la América septentrional, que llegarian estrangeros de la parte del oriente que desolarian aquellos desgraciados paises. No porque tuviesen noticias de nuestra existencia, sino porque acostumbrados, como todos los pueblos de la tierra, á tender sus primeras miradas á donde nace el sol, imaginaban que las revoluciones que les amenazaban saldrian tambien de aquel punto del globo.

Esta supersticion que formaba parte de los dogmas de Méjico, apoyada por algunos recientes sucesos, bastante singulares, obraban profundamente en el alma naturalmente inquieta de Motezuma, cuando los castellanos desembarcaron en sus estados. Lo que él temia en general, y lo que oia decir en particular de aquellos estrangeros, confundiéndose en su turbado espíritu, creyó llegado el crítico momento anunciado por los astros á los profetas de su nacion. Mandó diputados para ofrecer á Cortés los socorros que necesitase, y para suplicarle que saliera de sus posesiones; pero el gefe de los españoles respondió siempre, que necesitaba ir á hablar al Emperador de parte del soberano del oriente. En vano los emisarios

le amenazaron con el poder colosal del imperio; la ostinacion rompió la lucha, y Cortés quemando los navíos para vencer ó morir, marchó hacia Méjico, y halló poca oposicion en su carrera.

Llegando á las fronteras de la república de Tlascala, pidió en vano paso y tuvo que combatir. Los tlascaltecas eran poderosos y valientes, volaban impávidos á la muerte; solo les faltaran armas para vencer..... Dividido el pais en muchos cantones, mandaban reyezuelos que llamaban Caciques: se ponian al frente de sus súbditos en la guerra, imponian contribuciones, administraban justicia, pero era preciso que sus leyes y sus edictos se confirmasen por el senado de Tlascala, que compuesto de ciudadanos elegidos en cada canton en asambleas populares, era el verdadero soberano.

Cortés atacando y venciendo á costa de mil peligros esta nacion guerrera, con sus triunfos y su política los hizo sus aliados, porque de antiguo tiempo eran enemigos de los mejicanos que les querian someter á su dominio, y le suministraron tropas y auxilios de toda clase. Con este socorro marchó Cortés hácia la capital al través de un abundante pais, regado por apacibles rios, y cubierto de ciudades y de jardines. La campiña fecunda en plantas desconocidas, po-

blado el aire de pájaros de brillantes plumajes, la naturaleza agradable y rica, la atmósfera templada, sereno el cielo, matizadas de flores las campiñas, todo respiraba la inocencia, el placer y el encanto. Pero tantas bellezas en nada conmovian á los espedicionarios; no eran sensibles á tan nuevo espectáculo; veian servir el oro de ornamento á las casas y á los templos, embellecer las armas de los mejicanos, fatigar con su peso á la hermosura, y la ambicion absorvia sus sentidos, y solo ansiaban oro.

Motezuma vió con terror que Cortés no desistiese de pasar á su corte, y su ánimo abatido con sus preocupaciones no pensó en los medios de defensa. Mandaba treinta y tres caciques que hubieran armado poderosos ejércitos: sus riquezas eran inmensas, su poder absoluto, su pueblo ilustrado é industrioso cual entonces los europeos, y guerrero y lleno de honor. Si hubiese puesto en movimiento su poder, afianzára su trono; pero Motezuma que habia llegado al cetro por su valor, no mostró la menor presencia de ánimo cuando pudo cargar sobre los invasores con todo su poder, y despedazarlos á pesar de sus armas y de su disciplina, y prefirió emplear contra ellos la perfidia.

Mientras en Méjico les colmaba de presentes y de caricias intentaba tomarles á Veracruz, colonia fundada por los españoles para asegurar una retirada, ó recibir socorros. Cortés que lo supo alarmó á sus compañeros: «*es preciso admirar á estos bárbaros con una accion sorprendente, les decia, he resuelto prender al emperador y hacerme señor de su persona.*» Aprobado el plan y seguido de sus oficiales, fue al palacio del Emperador y le intimó que elijiera entre la muerte ó seguirlos. Ese príncipe, por una bajeza igual á la temeridad de sus enemigos, quedó prisionero, condenó á muerte á los jenerales que solo habian hecho obedecerle, y prestó homenaje al rey de España.

La envidia habia suscitado enemigos á Cortés, y Narvaez por órden del gobierno de Cuba desembarcó en las costas de Veracruz con fuerza armada para despojarle del mando. Cortés buscó á su ribal, le derrotó y le hizo prisionero; y atrayendo á los soldados por su confianza y magnanimidad, las fuerzas de Narvaez engrosaron sus filas, y volvió á Méjico donde habia dejado doscientos hombres guardando al emperador.

Nada tenian los mejicanos de bárbaros si no en su supersticion, pero sus sacerdotes eran unos mónstruos que abusaban horrorosamente del culto abominable que habian

impuesto á la credulidad del pueblo. Reconocian un Ser supremo, una vida venidera, con sus penas y sus recompensas; pero estos útiles dogmas estaban mezclados de absurdos y de horrores. Esperaban el fin del mundo al fin de cada siglo, y aquel año era en el imperio un tiempo de luto y de desolacion; mas acabado el año, se abandonaban á todo el alborozo de la alegria. Invocaban á divinidades titulares é intermediatas; conocian las espiaciones y penitencias; numeraban milagros, y tenian profetas.

Los sacerdotes, siempre antropófagos, ensangrentaban los altares con víctimas humanas. Inmolaban los prisioneros de guerra en el templo del Dios de las batallas, y los sacerdotes los comian y mandaban pedazos al emperador y á los principales señores del imperio. Si las paces duraban largo tiempo, los sacerdotes decian al emperador que los Dioses se morian de hambre, y se declaraba la guerra con el solo objeto de hacer prisioneros que inmolar en las aras. Todas estas ceremonias eran lúgubres y sangrientas; la relijion atroz y terrible lanzaba á los hombres en el terror, y debia hacerlos inhumanos, y á los sacerdotes todo-poderosos.

En cuanto Cortés batia á Narvaez, la nobleza mejicana, indignada de la cautividap

de su príncipe, y el celo indiscreto de los españoles que, en una fiesta pública en honor de los Dioses del pais, derribaron los altares y degollaron á los adoradores y á los sacerdotes, todo habia hecho concitar al pueblo á las armas. No se pudiera acriminar á los invasores su oposicion á tan bárbaros dogmas, si no les hubieran destruido, arrojándose sobre el pueblo indefenso para degollarle, y si no hubiesen asesinado á los nobles para robarlos.

Al volver Cortés á Méjico halló á sus compañeros estrechamente sitiados y entró en su cuartel á duro esfuerzo. Los mejicanos hacian prodijios de valor, y Motezuma, que salió á la muralla á persuadirles la armonía con sus opresores, murió á los dardos de su pueblo. Cortés conoció la necesidad de retirarse; sus soldados cargados de oro no todos pudieron seguir la retirada: perecieron muchos, en el valle de Otumba amenazó á todos la muerte, pero al fin triunfó Cortés con valor é injenio, y llegó al pais de los Tlascaltecas sus aliados.

El sistema político y las creencias relijiosas habian sembrado la desunion en el imperio, y Cortés con su talento se supo aprovechar de esta ventaja. Con débiles socorros de las islas españolas, y con algunas tropas que obtuvo de la república de Tlas-

cala, hizo nuevos aliados y volvió á atacar la capital del imperio. Méjico era una isla en medio de un gran lago, que contenia veinte mil casas, un pueblo numeroso y magníficos edificios. El palacio del emperador, construido de mármol y jaspe, era solo tan grande como una ciudad. Jardines, fuentes, baños, ornamentos, templos suntuosos, tres mil palacios de caciques, todo daba á la capital una estension inmensa. Habia al rededor del lago hasta sesenta ciudades; doscientas mil canoas surcaban las ondas y mantenian las activas relaciones; y sobre el lago tres espaciosas y sólidas calzadas, formaban el orgullo de la industria mejicana. El imperio era electivo, y despues de la muerte de Motezuma subió al trono Guatimazin, valiente é intrépido guerrero que puso á la capital bajo un brillante estado de defensa.

Cortés comenzó la campaña asegurándose de los caciques que reinaban en las ciudades de las márjenes del lago. Unos unieron sus tropas á las del vencedor, los demas fueron vencidos, y Cortés se apoderó de las tres calzadas por donde se comunicaba Méjico. Quiso apoderarse tambien de la navegacion del lago, construyó bergantines, que armó con parte de su artillería, y bloqueando á Méjico, esperó que el hambre le diese el imperio del Nuevo Mundo.

Guatimazin hizo esfuerzos estraordinarios para levantar el bloqueo; sus vasallos combatieron con mas furor que nunca, pero los españoles sostuvieron sus trincheras, y rechazaron y persiguieron al enemigo hasta el centro de la ciudad. Cuando los mejicanos dudaron de la victoria, y ya les faltaban víveres, quisieron salvar á su emperador, y él consentia en ello gustoso para continuar la guerra en el norte de sus estados. Una parte del ejército corrió noblemente á la muerte para facilitarle su retirada distrayendo y ocupando al enemigo; pero un bergantin se apoderó de la canoa en que iba el jeneroso é infortunado monarca. Julian de Alderete, oficial español, creyó que Guatimazin tenia ocultos tesoros, y para obligarle á declarar le hizo tender en ascuas. Entonces el héroe americano repetia aquellas célebres palabras: «*¡ah! estoy en un lecho de flores.*» Muerte comparable á todas las que la historia ha trasmitido á la admiracion de los hombres. Si algun dia los mejicanos escriben las actas de sus mártires, y la historia de sus perseguidores, se verá á Guatimazin sacado medio muerto de un horno enrojecido, y ahorcado á los tres años públicamente bajo pretesto de haber conspirado contra sus destructores.

En los gobiernos despóticos, la muerte, ó

la prision del soberano, y la toma de la capital, arrastra tras sí jeneralmente la sumision de todo el estado. Tal fue la conquista de Méjico. Todo el imperio se sometió á los españoles, y no llenó su ambicion, aunque tenia quinientas leguas de lonjitud, y casi doscientas de latitud. Eran precisos nuevos mundos y nuevos imperios, y otros héroes; y otras victorias, añadieron nuevos mundos al glorioso trono de Castilla.

Pizarro, Luque y Almagro.

IV.

En cuanto Colon pudo refrescar sus cortas tripulaciones en la isla de Santo Domingo, y establecer una pequeña colonia que le sirviese de punto avanzado para las grandes escursiones que meditaba, se dió de nuevo á la vela cediendo á sus instintos. Reconoció en una de sus espediciones el Orenoco y en otra la bahía de Onduras. Concibió que aquellos paises formaban un continente, y deducia tambien que mas allá habria otro Océano que bañase las playas de las Indias Orientales, y que estos dos mares tuviesen comunicacion entre sí, que el atrevido navegante buscaba

ansioso. Sondeaba las costas, desembarcaba cuando le era posible, y siempre justo y humano se granjeaba el amor de los habitantes de todos los paises. El istmo de Darien llamó particularmente su atencion; siguió los rios que alli se arrojan por un brazo del grande Océano, que unia por un estrecho los mares del Sud y del Norte de América, y creyó su plan realizado; pero halló burladas sus esperanzas, y se limitó á establecer una colonia: mas la avaricia y la imprudencia de sus compañeros, le enajenaron la buena voluntad de aquellos habitantes, que atacaron á los espedicionarios, y Colon tuvo que reembarcarse, y huir en sus débiles navíos, que averiados y despedazados, no se prestaban á nuevas empresas.

Empero, no fueron estériles estas espediciones; Americ Ojeda, Niño, Bastidas y otros, prosiguieron la ruta que Colon les habia indicado, pero aventureros que no recibian del gobierno mas que la vana licencia de hacer descubrimientos, ni pensaban en establecer colonias, ni en mas que llenar su ambicion y su orgullo. ¡El oro y la sangre corrian de un mundo al otro! Entre la multitud de aventureros que saqueaban y desolaban aquellas desgraciadas costas, se halló un hombre, Vasco Nuñez de Balboa, á quien la naturaleza habia dado

esterior agradable, temperamento robusto, y elocuencia popular; y en quien la educacion habia hecho jerminar nobles sentimientos. Estableció una colonia en Darien, donde no dejaban de abundar las riquezas, pero un dia repartiendo oro con uno de sus asociados comenzaron á reñir ágriamente. Entonces indignado un salvaje que los servia, tiró con rabia el peso, y dijo á los dos españoles, *¿y reñís por cosa tan despreciable? Si por este vil metal abandonais vuestra patria, y turbais la quietud de tantos pueblos, venid, yo os llevaré donde quedeis saciados.* Cumplió su palabra, y los condujo á las costas del mar del Sud.

Panamá, que se estableció en 1518, abrió una nueva y vasta carrera á la inquietud y avaricia de los europeos. El Océano que bañaba sus muros conducia al Perú, cuya riqueza se ponderaba de una manera vaga; y aunque se exajeraban las fuerzas de ese vasto imperio, no intimidaban á la avaricia que escitaban sus tesoros. Tres hombres nacidos en la oscuridad, mas para grandes empresas, meditaron arruinar á sus espensas un trono que contaba muchos siglos de gloria.

Francisco Pizarro, el mas conocido de todos, era de un temperamento robusto, de un valor impávido, de una ambicion sin lí-

mites, y de un alma dispuesta á la virtud y al crímen. De musculatura nerviosa y atlética, de larga y negra cabellera que cubria su ancha espalda, con talle airoso y desenvuelto, ojos negros, dilatados y centellantes, tocando en los cuarenta años de edad, todo su continente arrogante indicaba aquella presuncion irresistible que nace de las propias fuerzas. Siempre intrépido y activo se habia hallado en todas las espediciones del Nuevo Mundo, y en todas se distinguió, y en todas fué respetable el nombre de *Pizarro*. El uso que habia hecho de sus fuerzas físicas y morales, le daba la presuncion que nada habia superior á sí mismo, y la conquista del imperio del Perú, le pareciera una empresa muy inferior á sus recursos.

Diego de Almagro, su asociado, era un guerrero endurecido entre las borrascas y las lides, y siempre sóbrio, paciente é infatigable, despreciaba los peligros, y volaba impávido á la victoria, adornado de las cortas virtudes del siglo XVI. De airoso y esbelto talle, de facciones redondas y agraciadas, de vivos y rasgados ojos, cortés y galante, cuando apenas contaba treinta y cuatro años de edad, formaba el conjunto de una gallarda persona; mas remarcable por su destreza en el manejo de las armas, que por las estraordinarias fuerzas que alcanzára.

Pero por considerable que fuese la fortuna de estos dos soldados, no bastaba á cubrir las atenciones de la vasta conquista que meditaban, y se asociaron tambien á *Fernando Luque*, sacerdote codicioso, y prodijiosamente enriquecido por todos los medios que la supersticion prestaba á su estado en el siglo XVI. De cincuenta años de edad, pequeño y jiboso; de nariz larga y aguileña, cejas negras y pobladas, ojos hundidos, y contraidas facciones, Luque tenia un personal repugnante, y aun asqueroso. Estos tres célebres hombres formaron una solemne asociacion para la conquista del Perú por partes iguales, encargándose Pizarro y Almagro de la parte militar, y Luque de la relijiosa. Habian entre sí de dividirse el imperio peruano, y este plan ambicioso fué sellado aun por el fanatismo, consagrando Luque públicamente una hostia, que dividió en tres partes para él y sus compañeros; y una asociacion que tenia por objeto el pillaje y la destruccion, fué ratificada en nombre del Dios de paz, jurando por la sangre divina enriquecerse á costa de torrentes de sangre humana. ¡Oh criminal abuso del cristianismo en el siglo XVI!

En 14 de noviembre de 1525 se dió al fin á la vela Pizarro con un débil navío, y ciento doce hombres de tripulacion y armas; Al-

magro debia conducirle refuerzos, y Luque quedaba al frente de las relaciones en Panamá, hasta que la ambicion reuniera á los tres sócios en los valles del Perú, para dividir ansiosos su presa. Sin exactos conocimientos en la teoría de los vientos y de las corrientes, Pizarro vagó perdido entre las olas por espacio de setenta dias; tocó al fin en varias playas de tierra-firme, y se convenció de lo desagradable del pais que ya otros le habian descrito con verdad. Terrenos bajos y pantanosos, montañas cubiertas de impenetrables bosques, pocos habitantes, pero feroces y valerosos, era cuanto descubria su ambicion. El hambre, la fatiga, los frecuentes combates con los naturales del pais, y mas que todo las enfermedades comunes y propias de los paises húmedos, debilitaron y casi destruyeron su despreciable ejército espedicionario, y se halló en la necesidad de abordar á la isla Cuchamá, frente de la isla de las Perlas, en donde esperaba recibir de Panamá refuerzos y provisiones.

En tanto, reuniendo jente en Panamá, se dió al fin Almagro á la vela con setenta hombres para buscar á su compañero y prestarle auxilio. En vano desembarcó tambien repetidas veces en tierra-firme indagando el paradero de Pizarro; los indios le atacaron

y le destruyeron, y derrotado y aun herido, sufriendo los mismos quebrantos que su compañero, halló en la fuga su salvacion, pero la suerte le condujo á Cuchamá donde le esperaba su amigo. El 14 de junio fué cuando la espirante tripulacion de Pizarro, vió surcar un bajel aquellos desconocidos mares, y al tremolar la bandera de Panamá, mútuamente un éstasis divino se apoderó de los desalentados corazones, y nació el consuelo tras tardas lunas en los angustiados pechos. Dspues de mudos abrazos se consolaron contándose sus tristes aventuras y sus naufrajios, y cada hondo suspiro que exhalaban, infundia en su alma un valor insuperable.

No la memoria de los peligros ni el aspecto de la muerte en desconocidas y lúgubres playas, desalentaron aquellas almas nacidas para grandes empresas. Almagro partió para Panamá con el objeto de hacer nuevos reclutas, y Pizarro se abandonó de nuevo á merced de las tempestades en busca de los paises de oro. Despues de haber sufrido las mismas calamidades que en su primera espedicion, abordó á la bahía de San Mateo en la costa de Quito, y desembarcó en Tatames, paises mas fértiles y mas civilizados que los que habia reconocido en las costas del mar del Sud. Seguia el curso de sus in-

vestigaciones, cuando el cielo previsor rompiendo sus cataratas mandó al trueno y á los rayos que sepultáran la débil nao, mensajera de tantos horrores, y se cruzaron los rayos, y mujieron las ondas con espanto, y despedazaron la frájil nave. Un destino protector presentó cercana á los náufragos la isla Gorgona, ó infernal, donde pudieron salvarse la mayor parte de los que el cielo y el piélago parecian condenar á muerte.

En esta isla, llamada comunmente la *Infernal* por la intemperie de su clima, por sus impenetrables bosques y escarpadas montañas, por la multitud de insectos y reptiles que cubre su suelo, por la eterna noche á que la condenan las cerradas nieblas, se detuvo Pizarro por cinco meses, no para tomar aliento y procurar su salvacion, sino para rehacer su nave y buscar nuevos peligros. Dificil fuera pintar los tormentos que sufrieron los castellanos en aquella mansion de muerte; pero aun no domado su esfuerzo partieron por tercera vez en busca de las ricas playas; y á los veinte dias descubrieron las costas del Perú.

Despues de haber tocado en diferentes puntos poco considerables, desembarcó en Tumbez, ciudad bastante populosa, situada al tercer grado del Sud del Ecuador, donde hallaron un grande templo y un palacio

de los Incas, soberanos del pais. Alli los españoles admiraron por primera vez el espectáculo de la opulencia y civilizacion del imperio peruano, viendo una comarca poblada y cultivada con industria, y los naturales decentemente vestidos; pero llamó mas particularmente su atencion una abundancia tal de oro y plata, que estos metales no solo servian para ornamento de los templos, sino tambien para vasos y utensilios comunes de uso doméstico, lo que no dejaba duda de que habria una inmensa abundancia en el pais. Pizarro y sus compañeros creyeron realizadas ya sus esperanzas, y creyeron hallarse en posesion de vastos dominios y de inagotables tesoros.

Sin embargo, Pizarro conoció que no podia envestir un grande imperio con tan débil columna; reprimió su ambicion, sondeó las costas, siguiendo la mejor armonía con los habitantes, y por mil atenciones consiguió de su jenerosidad algunos animales domésticos, algunos vasos de oro y plata, y algunas obras de industria; seguras pruebas que habia de presentar en testimonio del descubrimiento de los nuevos continentes, y se dió á la vela para Panamá, donde abordó á los tres años de su salida. No, ningun aventurero de aquel siglo sufrió tantos trabajos ni arrostró tan grandes peligros como

Pizarro en su peregrinacion de los tres años, y su paciencia y su valor escedieron á cuantas heroicidades nos presenta la historia del Nuevo Mundo.

Ni las relaciones que Pizarro hizo de los paises que habia descubierto, ni todos los esfuerzos de los asociados, pudieron empeñar al gobernador de Panamá á que les prestára alguna proteccion. Al contrario, creia que la Colonia no estaba en estado de invadir un poderoso imperio, y se negaba á autorizar una espedicion que pudiera arruinar la provincia encargada á su mando, estrayéndola brazos que necesitaba; pero toda su oposicion no pudo debilitar el ardor de los tres asociados. Conocieron que tenian que seguir la ejecucion de su proyecto sin la proteccion del gobernador, ó solicitar de su soberano el permiso que les negaba el administrador de la provincia, y Pizarro voló á Madrid á conseguir sus comunes deseos.

La larga historia de sus padecimientos, y las pomposas relaciones que hacia de los paises que habia descubierto, confirmadas por las producciones recojidas en Tumbez, hicieron tal impresion en Carlos y en sus ministros que no solo aprobaron el proyecto de una nueva espedicion, sino que animaron al jefe para que la realizára. Pizarro fue nombrado gobernador, capitan jeneral,

y adelantado de todos los paises que descubriese, con una autoridad absoluta, tanto en lo civil como en lo militar, con todos los privilejios hasta entonces concedidos á los conquistadores del Nuevo Mundo; Almagro, su lugar teniente; y Luque, Vicario jeneral de todos los dominios de Pizarro. Con tan buen éxito en la corte de España, volvió de nuevo á Panamá á unirse con sus asociados, y á hacer los últimos esfuerzos.

A pesar de todo, ya carecian de fondos, y aun haciendo inmensos sacrificios solo reunieron tres pequeños buques y ciento noventa y cinco soldados, con treinta y siete caballos; pero tal superioridad inspiraban entonces sus victorias en América á los españoles, que Pizarro con tan débil columna, no dudó embestir al poderoso imperio que habia de saciar su ambicion y su codicia. Se dió á la vela en febrero de 1531, y fue á desembarcar á la bahía de san Mateo llevado de la fuerza de los vientos y de las corrientes, pero se dirijió hácia el Sud, sin abandonar las riberas para recibir con mas facilidad los socorros que esperaba de Panamá. Nuevos y grandes padecimientos probaron su valor y paciencia en esta marcha. Pizarro en vez de procurarse la confianza de los habitantes los atacó imprudentemente, los obligó á huir de sus inocentes asilos, y la guer-

ra, el hambre, el cansancio y las enfermedades propias del pais, redujeron á los invasores á tan crueles estremidades como habian sufrido en la espedicion primera. La costa del Perú es en algunas partes estéril, mal sana, y poco poblada; los rios corpulentos, veloces y dificiles en su travesía, pero para el valor de los españoles, animados por su ambicion, todo era posible y fácil, y si la victoria les aseguraba botin y gloria, suyo era el triunfo.

Llegaron al fin á la provincia de Coaque, y sorprendiendo á los habitantes de la capital, se apoderaron de vasos y ornamentos de oro de valor de treinta mil pesos, y otras muchas riquezas, que disiparon la desconfianza que hubieran podido concebir en vista de las estériles tierras que habian corrido. Siguieron su marcha llenos de confianza, atacando con impetuosidad á los tranquilos habitantes que se sometian, ó huian á lo interior de sus tierras. Esta aparicion repentina de estranjeros que invadia su pais, cuya figura y costumbres les era igualmente estraordinarias, y á que nada podia resistir, hizo en los peruanos la misma impresion de terror que habia causado en las otras naciones de América. Atacando, venciendo y desolando llegó al fin Pizarro á Pima, y á Tumbez, donde dió descanso á sus tropas, y

esperó á Almagro y á Luque. He aqui los hombres, el ejército, y los recursos conque se emprendia la conquista de un vasto imperio á cuatro mil leguas de la metrópoli!

¡Gloria y prez eterna á tanto valor y osadía! Gloria eterna á los españoles y al glorioso reinado de Carlos V, que al tiempo que sus armas vencedoras humillaban la altivez de la Europa entera, conquistaban tambien un Nuevo Mundo, y abrian al porvenir y á los mas remotos siglos un torrente inagotable de felicidad y de ventura!!

V.

El Perú.

La América Meridional en el siglo XVI contaba infinidad de tribus y naciones en su inmenso territorio desde el istmo de Panamá hasta el cabo de Hornos; la mayor parte desconocidas en aquellos tiempos, sin que los españoles penetrasen en sus gloriosos triunfos mas allá de la punta Rumena y rio Colorado. Al desembarcar Pizarro en las playas del Océano equinocial, el grande imperio del Perú era la nacion mas poderosa y mas vasta de aquellos continentes, estendiéndose quinientas millas del Norte al Mediodia

por toda la costa del mar del Sud, y cerrada del Este al Oeste por las jigantescas montañas de los Andes que se estienden de un confin al otro en toda su lonjitud.

Orijinariamente el Perú, como todo el Nuevo Mundo, estaba dividido en tribus errantes é independientes que se diferenciaban entre sí tanto por sus costumbres como por sus grotescas maneras. Sin cultura y sin industria, sin derechos ni obligaciones sociales, los peruanos vagaban en sus tiempos orijinarios como hordas salvajes que vivian especialmente de la caza y de la pesca. Pero asi como todos los pueblos de la tierra han tenido su orijen de civilizacion, tambien los peruanos, dos siglos y medio antes de la aparicion de los españoles en sus costas, debieron á la ventura dos séres justos, magnánimos é ilustrados que los condujeron dulcemente á la sociabilidad.

En efecto, en las márjenes del gran lago de Tititaca aparecieron por los años de 1300 de la nueva era, dos séres sublimes, de majestuosos talles y civilizadas maneras, que se propusieron lograr la civilizacion de aquel imperio; y como todos los lejisladores célebres recurrieron á la supersticion y tomaron el nombre de Dioses, para hacerse superiores á los hombres que habian de mandar. En vano entre pueblos en que ape-

nas se conocia el raciocinio, hubieran recurrido esos lejisladores á remontadas y metafísicas teorias para comenzar á llamar la atencion de los salvajes; y era preciso que recurriesen á objetos físicos que estuviesen bajo el imperio de las sensaciones. Nada mas acertado que alzar los ojos al majestuoso Padre del dia, cuya divina influencia es sensible á los salvajes. Al bordar su hermosa púrpura el rosado Oriente, huyen las lúgubres y melancólicas tinieblas, desplegan las avecillas sus canoros picos, se anima el bosque, crecen las flores y reina la alegria. Entonces el salvaje templa su arco y aguza su aljaba, tiende sus redes, y adora al Dios de la luz. El sublime culto de la adoracion del Sol, estaba al alcance de los habitantes del Nuevo Mundo, y los sabios lejisladores se anunciaron como hijos de esa benéfica deidad, que mirando compasiva los males de la raza humana, decian que los mandaba para instruirla, reformarla y hacerla feliz. Sus exhortaciones, unidas al respeto que inspiraba la deidad á nombre de que se anunciaban, determinaron á muchos de los salvajes errantes á reunirse entre sí, y recibiendo como órdenes del cielo las instrucciones de esos dos séres estraordinarios, los siguieron á Cuzco donde se establecieron y fundaron una ciudad.

Manco Capac, y *Mama-Ocollo*, (tales eran los nombres de los dos anunciados por hijos del Sol) reuniendo asi muchas tribus errantes, establecieron entre los peruanos esta union social que multiplicando los objetos de deseo, y combinando los esfuerzos de la especie humana, escita la industria y anima á los progresos de todas clases; les dieron sábias leyes, y les inspiraron aquella sana moral que labra la felicidad de las naciones, y Manco Capac seria acaso el primero de todos los lejisladores, si Confuceo no le aventajára en no haberse valido de la supersticion para hacer recibir y observar la moral y las leyes.

Manco Capac estableció la adoracion del *Sol*, y se construyeron templos, se abolieron los sacrificios humanos, y solo sus descendientes fueron los primeros sacerdotes de la nacion peruana, como hijos del Sol, deidad benéfica y protectora del imperio. Manco Capac dió sábias y severas leyes á su nacion, que sus súbditos creian emanadas del Sol que iluminaba sus acciones; la violacion de una ley era un sacrilejio, y en sus actos relijiosos revelaban sus mas secretas contravenciones y pedian su castigo. Los *Incas* (señores ó reyes del Perú), descendientes tambien de Manco Capac y Mama-Ocollo, é hijos por lo tanto del Sol, eran los mas

virtuosos de todo el imperio; su conducta era el modelo de las acciones de sus súbditos, y jamás un Inca cometió un crímen. Tan benéficos monarcas, nunca supieron abusar del poder absoluto y omnímodo, depositado en sus manos, y por sábios y sencillos reglamentos, escritos en imperfectos jeroglíficos ó quipos, se establecieron las diferentes jerarquías sociales, y los impuestos imprescindibles, pero siempre módicos y suaves, para el sostenimiento del emperador y demas oficiales del imperio, como para la pomposa ostentacion del culto del Sol, y la construccion de sus magníficos templos, embovedados de oro y plata.

Los Incas ó señores del Perú eran tan absolutos como los soberanos de Asia; y respetados no solamente como monarcas, sino tambien como deidades: su sangre se miraba como sagrada, no se permitia que se degradára por mezcla alguna, y estaban prohibidos los matrimonios entre el pueblo y la raza de los Incas, si bien se les permitia pluralidad de concubinas para que se multiplicase la raza del Sol. Su familia se distinguia por ropajes y ornamentos que nadie podia usar; jamás el monarca se presentaba en público sin los distintivos del trono, y recibia de sus súbditos muestras de respeto que casi llegaban á la adoracion.

Pero este poder ilimitado de los monarcas del Perú, estuvo siempre unido á un tierno desvelo por la felicidad de su pueblo. Si hemos de creer á los testos indios, no la pasion de conquistadores llevó á los Incas á estender su imperio, sino el deseo de derramar las ventajas de la civilacion, y los conocimientos de las artes entre los pueblos bárbaros que sometian: en la sucesion de doce reyes ningun Inca se habia separado de este carácter benéfico, ningun Inca habia dejado de hacer feliz á su pueblo.

Tan bella perspectiva en lo moral ofrecia el Perú al desembarco de los españoles en sus playas, y la suntuosidad de sus templos y palacios, sus grandiosos caminos, sus puentes, y los monumentos en fin, cuyos restos aun admira el pueblo conquistador que los hundió en polvo, probarian los adelantos de los peruanos en las artes, en la industria, y en la mecánica. Pero desgraciadamente desconocian la escritura, y su lejislacion y su historia hubiera precisamente de resentirse de todas las fatales consecuencias de las naciones tradicionales, por lo que con sobrada razon mereceremos la benignidad de nuestros lectores, si cometiesemos alguna inexactitud en esta historia al interpretar los quipos ó alfabetos peruanos, mucho mas imperfectos que los jeroglíficos de Méjico.

Con estas lijeras indicaciones podremos fácilmente formar completa idea del estado físico y moral del vasto imperio que el intrépido Pizarro se propuso atar al carro vencedor del poderoso Carlos V, y deducir claramente cómo las preocupaciones y el fanatismo de unos y otros pueblos en el siglo XVI, nivelaban las fuerzas del vasto imperio del Perú, con las fuerzas de Pizarro, seguido de un puñado de aventureros.

La dulzura de la relijion del imperio contribuia sobremanera á la pureza de sus costumbres y á su felicidad. Manco Capac dirijió todo el culto relijioso hácia los objetos de la naturaleza. El Sol, como la primera fuente de la luz, de la fecundidad de la tierra, y de la felicidad de sus habitantes, era el primero y principal objeto de su adoracion; y la luna y las estrellas secundando al Sol en su benéfica influencia, obtenian despues el homenaje de los peruanos. Siempre que el hombre contemplando el órden y la magnificencia que realmente existe en la naturaleza adora un poder superior, el espíritu de la supersticion es dulce y apacible; pero al contrario, cuando se han supuesto rijiendo al universo obras de la imajinacion y del terror de los hombres, la supersticion toma las formas mas crueles y atroces.

La primera de estas relijiones era la de

los peruanos, y la segunda la de los mejicanos. Las ceremonias del culto dirijido al astro radiante que por su enerjía universal y vivificante, es el mas hermoso emblema de la beneficencia divina, eran dulces y humanas. Ofrecian al Sol una parte de los frutos que su calor habia hecho producir á la tierra, le sacrificaban en testimonio de su reconocimiento algunos animales de los que comian, y cuya existencia se multiplicaba por su influencia: le presentaban obras escojidas y preciosas de industria de sus manos, alumbradas por su luz. Jamás los Incas tiñeron los altares de sangre humana, jamás se imajinaron que el Sol, su padre, pudiese complacerse en recibir tan bárbaros sacrificios. Asi los peruanos lejos de ese culto sangriento que embota la sensibilidad, y que ahoga los movimiento de la compasion á vista de los sufrimientos del hombre, debian al espíritu mismo de su supersticion un caracter nacional mas dulce que el de los demas pueblos de América.

Esta influencia de la relijion se estendia hasta á sus instituciones civiles. El poder de los Incas, aunque el mas absoluto de los despotismos, se mitigaba por la influencia de la relijion. El ánimo de los súbditos no se humillaba ni vilipendiaba por la idea de una sumision forzada á un ser semejante á ellos:

la obediencia que prestaban á su soberano, revestido de una autoridad divina, era voluntaria y no les degradaba. El monarca convencido de que la sumision respetuosa de sus súbditos dimanaba de que le creyesen de un orijen celestial, no perdia de vista los motivos que le impelian á imitar al ser benéfico á que representaba; y asi, apenas se halla en la historia del Perú una revolucion contra el príncipe reinante, y ninguno de los doce Incas fué tirano.

En las guerras que entre sí empeñaron los Incas, se condujeron con maneras muy diferentes á las de las otras naciones de América. No combatian como los salvajes para destruir y para esterminar, ni como los mejicanos para arrastrar á los prisioneros á ensangrentar las aras de bárbaras deidades, hacian la guerra para civilizar á los vencidos y por estender los conocimientos y las artes. No esponian á los prisioneros á los insultos y á los tormentos á que se destinaban en todas las naciones del Nuevo Mundo: los Incas tomaban bajo su proteccion los pueblos que sometian y los hacian partícipes de todas las ventajas de que gozaban sus súbditos. Esta práctica, tan opuesta á la ferocidad americana, y tan digna de la humanidad de las naciones mas civilizadas, debia solo atribuirse al jenio de su relijion. Los

Incas, considerando como impío el homenaje tributado á otro cualquiera objeto que no fuese á las potestades celestes que ellos adoraban, llevaban tras sí el jenio del prosilateismo, pero conducian en triunfo al grande templo de Cuzco los ídolos de los pueblos conquistados, y se colocaban como trofeos que mostraban el poder de la deidad protectora del imperio, y al pueblo se le trataba con dulzura y se le instruia en la relijion de sus conquistadores para tener la gloria de aumentar el número de los adoradores del Sol. Pero si estas costumbres puras y patriarcales de los peruanos en el siglo XVI, los constituian un pueblo feliz interiormente, su poder material era bien limitado. Cubiertas sus necesidades con las producciones de su suelo, desconocian absolutamente el comercio, é ignoradas sus playas de todos los demas pueblos de la tierra, ni conocian la navegacion, ni otros paises, ni otros hombres, ni otras costumbres, ni otros Dioses, ni otras aberraciones del espíritu humano. Si habian sostenido guerras con las tribus de sus comarcas, desconocian absolutamente la fabricacion y uso de armas cortantes y matadoras; sus numerosos ejércitos ignoraban la táctica y estratejia de los movimientos, sus victorias se las daba el número y el valor, no los recursos artificiales de los ejér-

citos europeos, y el uso de la mosquetería y artillería, el uso de la caballeria, y los recursos de los movimientos militares, eran para los peruanos cosas muy superiores en aquel siglo á lo que ellos hubiesen ni siquiera podido concebir en el arte de la guerra.

Los españoles al contrario, avezados á la guerra en ochocientos años de combates con los sarracenos; de musculatura endurecida en los campos de batalla y en los naufrajios, eran en aquel siglo el terror de toda europa. Revestidos de cotas y mallas que los hacian invulnerables á las débiles flechas y lanzas de los peruanos, poseedores esclusivamente en aquellas comarcas de los espantosos efectos de la inflamacion de la pólvora, pertrechados de alguna artilleria, maniobreros y tácticos en los movimientos militares, mandando la muerte á doscientos pasos de sus armas, asemejando el estampido del cañon al trueno que anunciaba á sus enemigos las iras de su Dios irritado, todo al fin les daba tal superioridad en aquellas comarcas, que cada aventurero sería un Dios, que amenazára terrible con su cólera á todo el imperio de los Incas.

Por otra parte, ya hemos visto la influencia que en la conquista de Méjico tuvieron las predicciones del pais, que anunciaban

que venidos del Oriente habian de llevar grandes revoluciones al imperio, y en el Perú existian iguales profecías de que venidos del Oriente, habian de dar nuevas leyes al pais. Tan pronto como Pizarro desembarcó en el imperio se tuvo por cumplida la profecía, y que nuevos hijos del Sol tenian la mision divina de dar nuevas leyes al imperio. El terror que en Méjico se apoderó de Motezuma, heló tambien á Atahualpa (Inca del Perú), y á todo su imperio, y la fuerza moral que á Pizarro le daban estas predicciones, le colocaban en la mas ventajosa posicion, si sabía sostener su carácter sagrado.

Hemos observado tambien el terror relijioso con que miraban los peruanos á la familia y raza de los Incas, porque como descendientes de Manco Capac, y Mama-Ocollo, eran hijos del Sol, hijos del Dios que adoraban; y tenidos tambien por hijos del Sol los venidos del Oriente, preciso fuera que los peruanos tuviesen por un sacrilejio atacarlos, y dirijir contra ellos sus flechas, que siempre impotentes contra las férreas cotas y armaduras de los españoles, los confirmaría mas y mas en la preocupacion de que como hijos de su Dios eran invulnerables. Al contrario los invasores, acostumbrados á hallar en todos los continentes del Nuevo

Mundo hombres de color de cobre, sin barba que los cubriera, y casi en la simplicidad de la naturaleza, que huian despavoridos al trueno de sus mosquetes, casi se desdeñaban de tenerlos por hombres, y los creian mas bien animales nacidos para saciar su ambicion y su orgullo. El siglo XVI por otra parte envuelto en el sangriento y negro manto del fanatismo relijioso, esterminaba á sangre y fuego todas las creencias que se separasen de la cruz; y si en Europa se perseguian con furor los creyentes de Mahoma, en los continentes americanos se esterminarian sin piedad los adoradores del Sol, y de todos otros ídolos, creyendo asi los fanáticos del siglo XVI que ejercian piadosas obras ante los ojos de su Dios que hacian tan bárbaro como á su siglo. Los peruanos pues, creian combatir con Dioses invulnerables: los invasores con despreciables séres de figura humana, cuyo sudor y cuya sangre reclamaba el poderoso trono de Carlos V, y el Dios muerto en el Calvario.

VI.

Tumbez.

Diestramente derramó Pizarro por Panamá y las colonias inmediatas las inmensas riquezas que sustrajo de la capital de Coaque, y asi hizo en breve concebir por todos aquellos paises las mas ventajosas ideas de los tesoros del Perú, y se estendió la fama, y mil aventureros de todas partes volaban ansiosos á dividir el rico botin, y á saciar su codicia. Acuartelado en Tumbez esperaba la llegada de sus compañeros para emprender la conquista del imperio, y en tanto tomaba noticias de las costumbres de los peruanos, aprendia su lengua y se preparaba al triunfo.

Los peruanos no podian formar exacta

idea del objeto con que los españoles ocupaban su pais, y se perdian en un mar de conjeturas. ¿Debieran mirar á esos estranjeros como seres de una naturaleza superior que iban á castigar sus crímenes y á labrar su felicidad; ó ya como enemigos de su libertad y de su reposo? Las protestas que les prodigaban los venidos del Oriente, de que habian ocupado aquel pais para conducirlos al conocimiento de la verdad y á la ventura, daban alguna probabilidad á la primera opinion; pero atendidas sus violencias, su rapacidad y toda su conducta, no podian menos de temer de tales estranjeros. De todos modos, la tranquilidad de ánimo es siempre inconciliable con la supersticion y las preocupaciones. Los peruanos creian ofendido al Sol su Dios y su padre; creian á los castellanos sus vengadores, y la turbacion era necesaria.

Desde que Pizarro sentó su cuartel en Tumbez, mandó circunstanciadas noticias á Luque y Almagro acerca de las esperanzas que prometian los paises de oro que ocupaba. Llenas de ambicion y de fanatismo esas dos almas, se dispusieron desde luego á volar al peligro, ya para resarcir los grandes desembolsos de la espedicion, ya para estender su sistema relijioso, ya por eternizar sus nombres. Independientes del gobernador de la

colonia, segun los privilejios que Pizarro habia conseguido de la córte de Madrid, obraban con toda libertad, y sus operaciones eran enérjicas y veloces. Los tesoros que los aventureros de Méjico traian á sus hogares, las nuevas noticias de las riquezas de la costa del Perú, y la eficacia y promesas de Almagro y Luque apoyadas con el célebre nombre de Pizarro, todo, todo influia para que otros aventureros volasen á Panamá ansiosos de marchar á la rapiña.

En cortos dias pudieron reunir trescientos hombres que embarcaron con precipitacion para marchar á Tumbez. En dos lijeros buques se dieron á la vela con rumbo á la bahía de san Mateo, donde Pizarro habia dejado un corto destacamento. Ya práctico Almagro en aquellos mares, aunque arrostrando mil peligros, hicieron la navegacion en diez y siete dias, en que los jefes pusieron todos los medios en movimiento para avivar en sus soldados el incentivo que les devoraba; y el capitan los familiarizaba con la muerte, y el vicario hablando en nombre de Dios les prometia la gloria eterna, si perecian derribando las deidades de los inocentes adoradores del Sol.

Desembarcaron al fin en san Mateo; abrazaron tiernamente á sus compañeros, y siguieron su camino á Tumbez. Alli Pizarro

ya los esperaba con impaciencia, porque aunque político se habia desacreditado en la travesía de Coaque, atacando á los indios indefensos, y cometiendo mil violencias; pero el terror que los venidos del Oriente habian inspirado á los inocentes habitantes del Nuevo Mundo, como hijos del Sol, tenia á todos los ánimos en espectacion, y no se habia llegado al rompimiento. Atahualpa, el monarca del Perú, estaba con un florido y brillante ejército en Cajamalca, ciudad á doce jornadas de Tumbez; pero el terror relijioso y las protestas de Pizarro hacian que los mirase como entes superiores mandados por su Dios para castigar los crímenes de la guerra civil que habia ardido en el imperio, y lejos de disponerse á atacarlos, encargaba á sus súbditos que los tratasen como enviados del Sol. Sin embargo, un momento solo pudiera arrancar de los peruanos esa triste preocupacion, y los invasores pudieran verse destrozados. Sus circunstancias siempre eran críticas, y Pizarro y sus compañeros ya cedian al poderoso impulso de su avaricia, y de su carácter violento; y los tesoros y los ídolos de los peruanos pudieran solo aplacar sus ansias.

En este momento llegaron á Tumbez Almagro y Luque, y olvidando sus pasados trabajos y peligros, se abandonaron á la mas

viva efusion de alegria, viendo cercano el momento de consumar sus deseos. Pizarro conservaba doscientos soldados que con los trescientos que llegaron de refuerzo, compusieron el ejército invasor que habia de dominar un vasto imperio. Entre ese corto número de combatientes contaban sesenta y seis caballos y tres piezas de artillería de menor calibre, todos con armas de fuego, y todos intrépidos, todos impávidos, todos fanáticos y ambiciosos.

Pareciera que con tan débil division se emprenderia en vano saquear y destruir un pais adelantado en civilizacion, de inmenso suelo y populoso, si no recurriesemos á las fuerzas morales respectivas de los ejércitos, como ya hemos indicado. Atahualpa tenia en Cajamalca sesenta mil combatientes, bravos y aguerridos, pero sin disciplina y sin conocimientos en el arte de la guerra, y sin otras armas que simples arcos y flechas de poca consistencia, que en vano disparaban contra las armaduras y cotas de los castellanos que los hacian invulnerables; al tiempo que el sencillo lino de que se vestian los peruanos, en nada entorpecia las tajantes puntas de los aceros europeos. Aunque los peruanos defendiendo sus hogares y su libertad, sintieran todo el valor de las inspiraciones del patriotismo, la codicia y fanatis-

mo que ardia en los pechos europeos, los arrastraba tambien impávidos á la muerte. La gloria de vencedores en Méjico inspiraba á los unos la seguridad de la victoria, al tiempo que los otros dominados de un terror relijioso, creian un crímen de lesa-deidad volver sus dardos contra sus huéspedes; y al oir el mortífero estampido del cañon, cual si un rayo desatado de los cielos cayera sobre su frente, se postraban temblorosos al ronco trueno que les anunciaba la ira del Dios de la luz.

Si inmensa era la diferencia de la fuerza numérica de los ejércitos, inmensa era tambien la diferencia de su fuerza moral, y dudosa la victoria. Unos y otros contaban con jefes guerreros y arrojados, y unos y otros héroes aspiraban á la victoria, y á la inmortalidad. Atahualpa, tranquilo y valeroso, sabia arrostrar los peligros; Pizarro impávido y temerario, se lanzaba á la muerte. Almagro en medio de su vigor sentia toda la májia de la inmortalidad; Huascar en el fuego de la juventud, educado en el campo de las lides, tenia todo el noble orgullo de un guerrero. Luque con el crucifijo en la siniestra y en la diestra la tea, arrastraba tras sí con su elocuencia á la multitud fanática; y los sacerdotes peruanos quemando la mirra en las aras de sus templos, sabian

conmover el valor relijioso de sus prosélitos. Tales eran los jefes y los elementos de poder de las partes velijerantes.

Cuando ya meditaban los asociados el plan de campaña, llegó á Tumbez una pomposa comision de Atahualpa á felicitar á los venidos del Oriente, y á suplicarles que abandonasen aquellas comarcas, y volviesen á sus playas. El emperador no podia disimular el terror que le inspiraban pisando sus dominios. Iba por jefe de la comision el príncipe Huascar, jóven de la familia de los Incas, y en nombre de Atahualpa reconoció á los españoles por sus parientes, como hijos del Sol, y les llevó de parte del monarca frutas, granos, vasos de oro y plata, y mil preciosidades de esmeraldas. Obsequiando asi á los españoles, querian aplacar al Sol que suponian irritado contra el Perú; todos los pueblos á porfia los colmaban de presentes, les prestaban sus servicios, y llevaban su respeto hasta la adoracion.

En vano Huascar en nombre de su emperador pidió á Pizarro esplicaciones satisfactorias acerca de su permanencia en Tumbez, y de su conducta hostil; solo pudo conseguir por respuesta que tenia que hacer comunicaciones verbales al emperador de parte de su señor, el gran rey del Oriente; y conociendo todo el poder de su ventajosa posi-

cion, Pizarro hablaba á Huascar en un tono dulce, pero profético y elevado. Aun antes que partiese mandó reunir su division é invitó al guerrero peruano á que viese la marcialidad de los vasallos del rey del Oriente. En efecto, empezando á evolucionar los españoles, el valiente Huascar miraba con asombro la brillantez de las armas, la velocidad de los caballos, y la unidad y conformidad de los movimientos de las masas; pero á las descargas de la mosquetería, y al estampido del cañon, el terror se apoderó de sus miradas, y con mudos rendimientos se despidió de Pizarro, y marchó á su córte, sepultado en melancólicos presentimientos.

Pizarro no se limitó á decirle que tenia que hacer al emperador comunicaciones verbales, le habia añadido que, esperaba con urjencia su permiso para pasar á Cajamalca á hablarle, y que de lo contrario obraria segun las instrucciones que tenia de su señor, el rey del Oriente. Al mismo tiempo con hacer evolucionar á sus soldados á vista de Huascar, quiso asombrarle con su artillería, para que se le tuviese por el señor de los rayos, y consiguió su objeto. Llegado Huascar á la córte, espuso á Atahualpa la decidida resolucion de Pizarro de pasar á Cajamalca á hablarle, le pintó con terror el aspecto y las armas de los españoles, y

le hacia formar idea del estampido del cañon, por el ronco mujido del trueno que se dilata entre las cóncavas peñas de los Andes. Huascar, el mas valiente guerrero del Perú, no era sospechoso de cobardía, y estremeció á Atahualpa.

El emperador reunió los mas prudentes ancianos para deliberar si romper la guerra, ó continuar sobrellevando á los venidos del Oriente; pero el terror, que era comun en todo el Perú, y los ofrecimientos amistosos de Pizarro, les hicieron adoptar el partido de mandar nuevo mensaje á Tumbez para que los venidos del Oriente llegasen á las murallas de Cajamalca. En efecto, una nueva comision fué á llevar la decision á Pizarro, y el imperio esperaba con la mayor ansiedad el desenlace de tan complicado drama. Desde luego conocieron los asociados lo respetable que las preocupaciones habian hecho su nombre, y no dudaron un momento en emprender su marcha.

Apenas rompia la aurora las tinieblas de la noche en una mañana de octubre (1532) cuando reunidos los españoles, celebró Luque con toda la pompa relijiosa el sacrificio de la misa, y emprendió su marcha la division española. Facil tal vez hubiera sido al ejército peruano ocupando las posiciones ventajosas que le ofrecia el camino, sorpren-

der y destrozar á los castellanos, pero la política de Pizarro ganando la amistad del Inca, ó llenándole de terror, les aseguró tan dificil travesía. Las solitarias llanuras entre Tumbez y Motupe se estienden á ochenta millas, sin hallar agua, ni árbol, ni planta, ni verdor alguno en esta horrible estension de tostada arena, pero los infelices peruanos sirviendo de acémilas á la division, les suministraron todo lo necesario en el espantoso desierto. Desde Motupe se dirijieron por las montañas que rodean la parte baja del Perú, y pasaron por un desfiladero tan estrecho y tan inaccesible, que un corto número de soldados hubieran podido defenderle de un numeroso ejército, mas por la imprudente credulidad del Inca no hallaron los espedicionarios ni el menor obstáculo, y tomaron posesion tranquilamente de un fuerte que defendia este importante paso.

Llegaron al fin á vista de Cajamalca, donde en una estensa llanura les habian preparado rústicas tiendas de campaña, abundantemente provistas de víveres en que pudiesen con comodidad entregarse al sueño y al descanso. A su llegada Atahualpa les hizo renovar sus juramentos de amistad; y les mandó nuevos presentes aun mas ricos y esquisitos que los primeros, y Pizarro que ya conocia la índole y la jenerosidad de los ino-

centes habitantes del Nuevo Mundo, se abandonó tranquilo al sueño y al descanso, á esperar el nuevo dia para comenzar su plan de destruccion y su conquista. Los peruanos cumplirian sus juramentos porque los creian hacer á Dioses; los venidos del Oriente no se creian obligados á esa relijiosidad porque juraban á idólatras que en el siglo XVI eran monstruos detestables y maldecidos.

VII.

Homenaje.

El imperio fluctuaba entre la confianza, el temor y la duda; todos los peruanos deseaban ver y admirar á los nuevos hijos del Sol, venidos del Oriente, pero un terror inesplicable los contenia tambien dentro de los muros de Cajamalca, y no osaban llegar hasta el campo de sus húespedes. Ya la noche habia tendido su negro manto, cuando los invasores ocuparon sus tiendas, y los habitantes de aquella populosa ciudad no pudieron saciar el ansia de ver ni de distinguir á los hombres que suponian de la jerarquía de los

Dioses. Pero el nuevo sol empezó á esclarecer el horizonte, y las almenas y las alturas de la ciudad aparecieron cubiertas de un inmenso pueblo que fijaba asombrado sus miradas en el campo de los venidos del Oriente.

Fácil hubiera sido á Pizarro conseguir del Inca entrar en la ciudad y apoderarse de su palacio, pero le pareció mas político no exijir tal sacrificio, porque debia preferir batirse en campo descubierto por la ventaja que le daba su caballería y artillería, que meterse en un pueblo que desconocia, y donde no pudiera obrar con tanto desembarazo. Para llevar adelante sus ocultos proyectos, en aquella misma mañana despachó á Almagro con una lucida comitiva á que fuesen á felicitar al Inca, asegurarle de nuevo sus disposiciones pacíficas, y á suplicarle una entrevista á fin de esplicarle con mas estension el objeto que traia á los hijos del Sol á su pais. Su comision fue recibida con todas las atenciones de la hospitalidad que los peruanos pudiesen emplear con sus mejores amigos: Atahualpa abrazó á Almagro, le recibió con las mas tiernas espresiones, y le hizo servir la mesa por príncipes de su sangre; pero no disimuló el deseo que tenia de que los españoles saliesen de su pais; y para arreglarlo todo le prome-

tió que visitaria á Pizarro en la mañana siguiente.

La decente mesa del monarca, el órden que reinaba en toda su corte, el respeto con que le hablaban sus súbditos y la prontitud con que ejecutaban sus órdenes, admiró á los españoles que aun no habian visto en América mas que débiles caciques de errantes tribus. Pero fijaron mucho mas su atencion en las inmensas riquezas que con tanta profusion adornaban el palacio; los riquísimos ornamentos del Inca y de toda su corte, los vasos y vajillas de oro y plata, la multitud de utensilios de toda especie de preciosos metales, y todo fué para los mensajeros un espectáculo que superaba con mucho cuantas ideas de opulencia pudiera formarse un europeo del siglo XVI.

En tanto Almagro, aunque criado en los campos de las lides, educado entre la sangre y el destrozo, no pudo ser insensible á los penetrantes encantos de la hermosa Coya, princesa de la sangre de los Incas, y tan seductora como guerrera. Bestida con una corta y airosa túnica de cándido lino, con la aljaba terciada, y en la siniestra el arco, estaba á la cabeza de los guerreros peruanos que habian salido á recibir á los enviados del campo español. Blanca como la cima de los nevados Andes, fresca como el clavel

en las mañanas de mayo, esbelta y jentil como la fujitiva corza, en los diez y ocho abriles de su edad, ondulaba su rubia cabellera á merced de los céfiros lijeros, penetraban sus miradas las férreas armaduras, y nadie se resistia á sus encantos, y todos se postraban siervos de su amor. Almagro aun jóven, agraciado tambien por la naturaleza, sintió todo el poder de la hermosura de Coya, y allá en su pecho ardió el amor con un fuego inestinguible.

Salió al fin el mensaje de Cajamalca, y volvió al campo de Pizarro. Enardecida aun la imajinacion de los mensajeros con el espectáculo de que habian sido testigos, hicieron á sus compañeros una descripcion tan seductora de lo que habian visto, que Pizarro se afirmó en la resolucion que ya habia meditado. Sabia por lo que observó en las costumbres del Nuevo Mundo, cuan útil le seria apoderarse de la persona del Inca, y formó un plan que necesitaba tanta audacia como serenidad. Con olvido del grave caracter de que se revistió, anunciándose como embajador de un grande monarca que solicitaba la alianza del Inca; con olvido de las repetidas protestas de amistad que le habia prodigado, y de los ofrecimientos que le habia hecho, resolvió prevalecerse de la crédula simplicidad con que Atahualpa se fiaba

en sus protestas, y apoderarse de la persona de ese príncipe en la entrevista á que le habia invitado.

En la mañana del 16 de noviembre (1532) cuando debia visitarle el Inca, preparó la ejecucion de su plan con tanta frialdad y con tan poco escrúpulo, como si otro dia no pudiera ser su desdoro, y la mancilla de las armas de su patria. Dividió su caballería en dos alas mandadas por Soto y Benalcazar, intrépidos oficiales, que cubrian los flancos de su infantería desplegada en batalla; reservó en el centro veinte de sus mas arrojados compañeros que le ayudaran en la peligrosa empresa que se reservaba, colocó su artillería frente del camino por el que debia venir el Inca, y dió órden á la division de no atacar hasta que su voz diese la señal del rompimiento. ¡Imploremos el fanatismo y barbarie del siglo XVI para cubrir tanto crímen!!

Muy de mañana empezaron á salir rejimientos peruanos de la ciudad, y á tenderse por la campiña, y todo el pueblo se advertia en la mayor ajitacion, porque Atahualpa queria visitar á Pizarro con toda magnificencia. Aunque los preparativos comenzaron muy temprano, tanta era la solemnidad y la pompa, que ya terminaba la mañana y no llegaba el Inca al campo de su

huésped. Impacientes los invasores temian ya alguna desconfianza de parte del emperador que frustrára sus planes, cuando apareció el inocente Inca rodeado de quinientos nobles, lo mas pomposamente aderezados, que marchaban al son de sencillas músicas militares, con toda la majestad del inocente orgullo. Atahualpa sentado en un trono de oro adornado de vistosas plumas de diversos colores, y cargado de piedras preciosas, iba en el centro de la córte llevado en hombros de los mas nobles palaciegos; y detrás le seguian lo mismo sus primeros oficiales. Cuadrillas de danzadorés, y bandas de músicos, precedian y animaban tan solemne acto, y la campiña cubierta de mas de treinta mil soldados, prestaba la imájen del poderoso imperio.

Estaba el dia tranquilo y sereno, y el sol radiante tocaba la mitad de su carrera. Un apacible céfiro batia mansamente las pintadas plumas, y los cándidos y ondulantes vestidos de la pomposa córte, y á los rayos del claro sol del Perú brillaban las andas de oro y las armas matadoras de los invasores. Al acercarse Atahualpa al campo de Pizarro resonaron con estruendo los roncos atambores, y los bélicos clarines, y se desplegó al viento el español estandarte, ornado de la espléndida y roja cruz. Si sorpren-

didos miraban los peruanos el aspecto imponente de los venidos del Oriente, su faz cubierta de larga barba, y la brillantez y construccion de sus feroces armas, no menos con asombro miraban Pizarro y sus compañeros la pompa y el esplendor de la córte peruana, y la aparente disciplina de sus innúmeros soldados. Empero, el trono de oro y las inmensas riquezas que les ofrecia la victoria, exaltaban demasiado su imajinacion para que calculáran los peligros del rompimiento. Atahualpa llegaba en tanto al campo de sus enemigos, y encargaba continuamente á sus primeros oficiales: *son enviados del cielo, guardaos bien de ofenderlos.*

Apenas hubo llegado al campamento, Luque corrió hácia el Inca con un crucifijo en la siniestra, y en la diestra su breviario; y en un largo discurso y segun las negras creencias del siglo XVI espuso al monarca la doctrina de la creacion, la caida del primer hombre, la encarnacion, la pasion y la resurreccion de Jesucristo; la eleccion que Dios hizo de san Pedro para que fuera su gran vicario en la tierra, el poder de san Pedro trasmitido á los papas, y la donacion que el pontífice Alejandro habia hecho al rey de Castilla de todas las rejiones del Nuevo Mundo. Despues de haber espuesto toda esta doctrina, invitó á Atahualpa á que abra-

zase la relijion cristiana, á que reconociese la autoridad suprema del papa, y á que se declarase tributario del rey de Castilla, como su lejítimo soberano, y que si asi lo hacia continuaria reinando, y el rey su señor tomaria el Perú bajo su proteccion; pero que si rehusaba obedecer, si persistia en su impiedad, le declaraba la guerra, y le amenazaba con la mas terrible venganza.

Poco entendió Atahualpa de ese estraño discurso, que conténiendo misterios incomprensibles y desconocidos hechos, toda la elocuencia humana no bastára á hacer formar en tan corto tiempo ideas distintas á un peruano. Empero, á las cosas mas sencillas que habia comprendido respondió con suma moderacion; que con el mayor placer seria amigo del rey de España, pero nunca su tributario; que era preciso que el pontífice fuera demasiado arrogante para dar tan liberalmente lo que no le pertenecia; que jamás abandonaria su relijion, y que si los cristianos adoraban á su Dios muerto en la cruz del Calvario, él adoraba al sublime Sol que jamás moria; y preguntó al fin al vicario, dónde habia aprendido lo que le habia dicho de Dios y de la creacion. *En este libro,* respondió Luque ya enardecido, presentándole su breviario. Atahualpa tomó el libro con admiracion, le miró por todas par-

tes, le llegó á su oido, y contestó al orador, *esto que me dais aqui no habla*, *nada dice*, y lo tiró con desprecio. Luque furioso entonces se volvió á sus compañeros, gritando: *Venganza*, *cristianos*, *la palabra de Dios ha sido profanada, vengad el crímen*, *devorad á esos infieles.*

Pizarro que apenas podia contener la impaciencia de sus soldados por lanzarse sobre las riquezas que herian sus ojos, dió la señal de ataque, y los atambores y clarines tocaron á degüello. La artillería y mosquetería hizo una descarga cerrada, cargó la caballería con sable en mano, y Pizarro con los veinte elejidos se arrojó decididamente sobre el Inca. Llenos de terror los peruanos se dieron á una fuga pavorósa; tan inesplicables les eran los caballos que los atropellaban, como el estruendo de la mosquetería y artillería que los despedazaba y abrasaba como el invisible rayo, y los invasores derramaron la sangre y el destrozo por toda la dilatada campiña. En vano sus nobles rodearon al Inca formándole una muralla con sus indefensos pechos: todos cayeron al furor del acero de Pizarro que arrastró al monarca por los cabellos, y le hizo prisionero, y la caballería continuó la matanza hasta acabar el dia. Una multitud de príncipes de la raza de los Incas, los mi-

nistros, la flor de la nobleza, todo lo que componia la córte de Atahualpa, y cuatro mil soldados y mujeres, niños y ancianos, que habian salido á ver la brillante ceremonia, cayeron en los campos de Cajamalca al furor de los aceros; todo era muerte y desolacion y espanto.

La noche tendia su lúgubre manto, y el campo enrojecido de sangre y cubierto de cadáveres presentaba la escena mas espantosa para la virjinal América. Aun algunos invasores penetraron en la ciudad, pero solos y desunidos, tuvieron que volver á sus tiendas, donde amarrado entre cadenas jemia el mas infeliz de los vivientes, aquel monarca que un momento antes, rodeado de una pomposa córte, llevado en hombros de los primeros nobles del estado, parecia la imájen de los dioses. Un silencio terroroso interrumpido solo por los lamentos de los heridos, reinaba en el campo del destrozo, hasta que reunidos los invasores en sus tiendas la crápula de la victoria empezó á atronar los ámbitos, confundiéndose con los hondos jemidos de los que espiraban.

VIII.

Ceremonia religiosa.

Los pocos nobles y cortesanos que se salvaron de la matanza y todo el ejército peruano, se encerraron en los débiles muros de Cajamalca, cuando ya la noche habia tendido su negro manto. Llorando el padre al hijo, el esposo á la esposa, la vírjen á su adorado, el pueblo á su monarca; lúgubres y hondos jemidos resonaban en medio del terror relijioso que ocupaba al Nuevo Mundo. Los suspiros de la ciudad se confundian con los lamentos de los heridos, que espiraban en el campo del destrozo, cuando la melancólica luna siguiendo su carrera, llenaba de

espanto á los inocentes adoradores del Sol. Ni los gritos de la venganza, ni las imprecaciones de la desesperacion, consolaban á los aflijidos en su abundoso llanto; creian obra del cielo aquel esterminio, creian á los europeos hijos del Dios de la luz, y al arrancar allá del alma sus jemidos, solo fijaban los ojos en la tierra, y no osaban volverlos hácia el opaco firmamento.

El pueblo, los nobles, los Incas, los sacerdotes y los innúmeros guerreros confundidos por las plazas y calles, estaban como petrificados en un profundo estupor, y nadie interrumpia aquel terror relijioso. Ya la callada luna reclinaba en la tierra su macilenta frente, y el primer albor del lucero matutino comenzaba á esclarecer el horizonte, cuando Vericochas, el sacerdote mas anciano del imperio, sin reprimir su llanto, alzó su quebrada voz y se dirijió á su pueblo: «Peruanos, el sublime Dios del dia, esclamaba bañado en lloro, rompe las tinieblas de la noche y borda con su púrpura las montañas. Tal vez airado, enrojecida su faz de viva lumbre, arrastrará tras sí el ronco trueno, y el fulminante rayo, y arderán los cielos. Postrémonos humildes ante su poder, bendigamos su omnipotencia, é imploremos su misericordia. Corramos al sacrosanto templo, ofrezcámosle inocentes

sacrificios, y aplaquemos sus iras. » Dijo, y con tranquilos pasos se dirijió hácia el templo; le rodearon los sacerdotes y le siguieron el pueblo y los guerreros.

El templo de Cajamalca, dilatado y anchuroso, contenia un inmenso pueblo. Adornado de vistosas plumas, tachonado de oro y plata, y el pavimento de preciosos mármoles, ostentaba toda la riqueza del Perú, y toda la veneracion relijiosa de los peruanos. Una ara sencilla, pero de delicado gusto, cubria el fondo de aquel majestuoso recinto; un símbolo del Sol, colocado en medio de la ara, era la deidad á que se postraban el monarca, el pueblo y los sacerdotes, y á sus lados vestidos sencillamente, estaban los bustos de los Incas, y de los ciudadanos que por sus escelsas virtudes habian llegado á la imitacion de la deidad benéfica.

Apenas pisaba el templo la multitud, cuando armoniosos instrumentos anunciaron la pompa de la ceremonia relijiosa, y numerosos coros saludaron al nuevo dia.

HIMNO AL SOL.

CORO 1.°

¡Oh padre del dia! Oh Dios de la lumbre!
Levanta en Oriente la fúljida faz;
Alumbra la tierra que jime en tinieblas,
Derrama tu brillo sublime deidad.

CORO 2.°

Al raudo torrente del fuego divino
Se ahuyentan las sombras, y nace el amor;
Y el mundo se anima, y crecen las flores,
Y viste la selva su hermoso verdor.

CORO 1.°

¡Oh Sol que sublime tocando los cielos,
Al mundo dominas, y al débil mortal;
Tú sabes que puros, sin crímen, tranquilos,
Tus hijos adoran tu fuego eternal.

CORO 2.°

El justo bendice tu fúljida frente,
Y mudo en tinieblas el mundo miró;
El triste malvado buscando las sombras,
Siguiendo su crímen, tu luz detestó.

CORO 1.°

Antorcha que eterna ardiendo en los cielos
Al mundo prodigas ventura y quietud;
Serena luciendo consuela tu pueblo,
No en tristes celajes ocultes tu luz.

CORO 2.°

Si opaco tus iras anuncias al suelo,
El piélago muje con hondo furor;
Si plácido brillas derramas la calma,
Y el mar y la selva respiran amor.

El himno del Sol resonaba por las dilatadas bóvedas, y en tanto el astro luminoso brillaba ya plácido y sereno sobre el horizonte. Vericochas seguido de cuatro sacerdotes se adelantó hácia las aras de la deidad benéfica, y en bajillas de oro, y con pomposas y sencillas ceremonias ofreció á su Dios hermosos frutos en inocentes sacrificios, y el pueblo doblaba su rodilla, y reinaba el mas profundo silencio relijioso. El sacerdote levantó despues los ojos melancólicos, y el Sol brillaba en las bóvedas con plácido reflejo. «¡Oh eterno Dios, esclamó, en un tono inspirado, tu radiante lumbre colma de esperanzas á tus inocentes hijos; no cu-

bierto de nebulosos vapores les niegas tu divina influencia, ni les anuncias tu ira. »

En la relijion de los peruanos, si el Sol se presentaba nublado en sus primeros albores, el Dios estaba irritado, y anunciaba su ira; si por tres dias aparecia opaco, aunque despues brillase puro y hermoso, anunciaba su venganza y se estremecia el imperio. Al contrario, si se presentaba sereno y brillante, todo era placer y regocijo, porque la deidad se mostraba satisfecha. Cuando los peruanos vieron brillar el Sol, sonrió su esperanza, porque no temian las iras de su Dios irritado. Empero, el horroroso destrozo de su córte, la prision de su monarca, cuya suerte ignoraban, la idea de que los invasores fuesen seres sobrenaturales, la impresion que les habia causado la caballería y la artillería, todo los abismaba en un caos insondable, y en las mas melancólicas meditaciones.

Vericochas, postrado ante las aras, absorto, arrobado, permanecía por mucho tiempo en un profundo éstasis, cuando al fin esclamó con un hondo eco que pareció arrancado del centro de su alma. «No, peruanos, el crímen y la deidad son inconcebibles. Esos venidos del Oriente, no son de la sangre de los Incas, ni pueden ser hijos del Astro sempiterno. »

El pueblo escuchaba absorto, y el sacer-

dote continuó con una elocuencia inspirada. «No, peruanos, el crímen y la deidad son inconcebibles. Esos desconocidos han jurado mil veces por su Dios que venian á labrar la felicidad del imperio; con mil sacros juramentos prometieron las debidas garantías á un inocente monarca, y á un sencillo pueblo, que fiados en promesas de deidades, corrieron cándidos á sus brazos, cuando ocultando pérfidos las armas destructoras, despedazaron vuestros guerreros y vuestra córte, y arrastraron á vuestro monarca por los cabellos! El Sol luce radiante, no envuelto entre vapores anuncia su ira.» Y un ajitado murmullo conmovia al pueblo.

— «Es verdad, aun miro los veloces mónstruos atropellando nuestros guerreros; aun resuena en mis oidos el trueno pavoroso que destrozaba nuestras líneas, pero todo puede ser obra de un espíritu maléfico, todo podrá sucumbir al querer de ese Dios que nos ilumina. Peruanos, venid, jurad ante las aras, que si el cielo no nos revelase que son sus hijos, y que debemos ceder á nuestros destinos, antes regaremos con nuestra sangre las fértiles campiñas, que dejarnos arrancar nuestras leyes, nuestra libertad, y nuestro culto.» Pero el pueblo helado de terror solo jemia á la voz de su adorado sacerdote.

— «Y lo dudais aun, continuaba Vericochas, yo lo oí de sus lábios, venimos á inspiraros los misterios del cristianismo, á arrancaros del impio culto del Sol, á haceros adorar á Cristo sobre la cruz, y á que reconozcais por monarca y señor al grande rey del Oriente.» Los nobles que rodeaban al monarca, los que pudieron oir el discurso que le dirijió Luque, habian caido en el campo al furor de los aceros. Vericochas y Huascar eran los solos que, estando inmediatos por su nobleza, se habian salvado de la muerte, y los que oyeron con admiracion las propuestas de sucumbir al monarca del Oriente, y de abandonar el sublime culto del Sol. Vericochas arrancó lágrimas del pueblo, y Huascar esclamó enajenado: «peruanos, yo tambien lo escuché.» Un ronco susurro comenzó á reinar por el dilatado templo, las masas conmovidas demostraban ya su entusiasmo; y Vericochas, valiéndose de todo el poder de la elocuencia hizo conocer al pueblo la necesidad de averiguar la suerte del desdichado monarca, de nombrar á Huascar jeneral en jefe del ejército, y de atacar á los invasores, si era preciso, ó cuando menos defender las murallas de Cajamalca, para salvar sus riquezas, sus leyes, su libertad y sus templos.

El pueblo al fin en tumulto, sacudiendo

algun tanto el terror que le helaba, corrió hácia las aras, y postrado ante el símbolo del Sol, todos los peruanos juraron en manos de Vericochas, no sobrevivir al triunfo de los invasores. Huascar, el mas noble de la sangre de los Incas, el que con mas derecho pudiera aspirar á ser elejido por monarca, el mas valiente guerrero, fué nombrado caudillo del Perú; y por no profanar el templo con los gritos de venganza, el pueblo corrió al suntuoso pórtico; y alli Vericochas y Huascar encendian las iras, les hacian conocer que el crímen y la deidad eran inconcebibles, que los venidos del Oriente no podian ser hijos del Sol, que eran mortales, y sucumbirian al valor.

Reunido un consejo de ancianos deliberó detenidamente acerca de la conducta que se habia de guardar con los venidos del Oriente, y del modo de hacer la guerra y prepararse con vigor á la venganza. Acordaron que pasára un mensaje al campo de Pizarro para saber de positivo la suerte del monarca, y para procurar su rescate á todo precio, si aun no habia muerto; pero recordando la falta de fé de los invasores, se creyó justamente que diesen muerte á la comision, y de ninguna manera consiguiera su objeto. Empero, tal era el amor de los peruanos á sus Incas, tal el interés de la embajada, tal el

patriotismo de aquellos inocentes habitantes, que todos se ofrecian á ir al campo de Pizarro por segura que viesen su muerte. La prudencia del consejo no debiera permitir que compusieran la comision los primeros personajes del imperio, mas sin embargo no pudieron resistirse á las ardientes súplicas de *Ocollo* y *Coya*.

Ocollo, la mas hermosa de las concubinas de Atahualpa, la mas virtuosa, la que mas merecia el amor del monarca, se presentó al consejo envuelta en luto y anegada en llanto, y propuso su resolucion de pasar al campo de Pizarro á saber la suerte del Inca que adoraba, y á echarse á los pies de sus opresores, si jemia entre cadenas, para conmover su compasion con su ardiente llanto. Coya, ilustre princesa de la sangre de los Incas, aquella hermosa Coya que tanto amor inspiró al gallardo y jentil Almagro, no habia sido tampoco insensible á las lánguidas y penetrantes miradas del guerrero español, le amaba allá en su pecho, habia conocido que era amada, y anhelaba el momento de volver á mirar á su adorado.

Las dos inocentes víctimas del amor persuadieron al consejo, y se dispuso que pasaran al campo de los venidos del Oriente. Los ancianos sabian muy bien el ardiente amor de Ocollo por Atahualpa, se persua-

dieron que no tan fácilmente los europeos ensangrentáran sus aceros en la hermosura, y creyeron ventajoso que se encargára del mensaje. No asi opinaron de Coya, familiarizada con los peligros, valiente en las lides, diestras sus delicadas manos en dirijir las flechas, gozaba del amor del ejército, y arrostraba con ardor á la muerte á los guerreros. Ilustre por su nacimiento, adorada por sus encantos, su muerte cubriera de luto al imperio, cuando no era necesario que acompañára á Ocollo. Pero tan reiteradas y tiernas fueron sus súplicas al consejo, que ignoraba la causa que las producia, que al fin cedió, y dispuso la salida de las dos hermosas.

El Sol ya tocaba en la mitad de su carrera plácido y radiante, y animaba con su divina influencia á los peruanos, que vueltos algun tanto de su terror, esperaban mejor ventura segun les anunciaba la deidad benéfica con su brillo. Ya los guerreros ocupando la muralla se preparaban de nuevo á caer al silvido de los rayos de los invasores, pero no era tan grande su terror porque empezaron á dudar de que fueran Dioses. El campo cubierto de cadáveres, contemplando alli destrozada toda su córte y su nobleza, presentaba la antítesis mas horrorosa con el campo de Pizarro, en que reinaba la

crápula y la risa. Preparando el mensaje, sumidos en melancólicos recuerdos, ajitados de un turbulento mal de inquietudes, los inocentes habitantes de Cajamalca, dirijian á su Dios las mas lánguidas miradas, y las dos hermosas se preparaban á marchar al campo de los vencedores.

IX.

Treguas.

Cansados de matar los invasores en los campos de Cajamalca, se replegaron de nuevo á sus tiendas, cuando los aterrorizados peruanos se habian ya encerrado en los muros de la ciudad, y la noche tendia su lóbrego manto por las ensangrentadas arenas. Un inmenso votin fue el fruto de aquella célebre jornada, votin inmenso que escedió con mucho las grandiosas ideas y esperanzas que los aventureros habian concebido de aquellas ricas playas. El magnífico trono de oro de Atahualpa, la inmensidad de piedras preciosas que cubrian al monarca, á su corte y

á sus nobles, todo cayó en poder de los vencedores, que en tan feliz momento se apoderaron, puede decirse, de las riquezas del imperio. Aunque con dulces ademanes y ceremonias el prisionero emperador fue despojado de todas las riquezas con que se engalanaba, diciéndole que aquello pertenecia al grande rey del Oriente porque el pontífice Alejandro se lo habia concedido, y como es natural en todas las victorias, los vencedores se esparramaron por el campo del destrozo, y alumbrados por la trémula luna, despojaron y desnudaron á los cadáveres y heridos. Eran herejes los desgraciados idólatras del Sol, y el siglo XVI solo les concedia horror, desprecio, sangre y muerte.

Seguros los invasores del terror que habian inspirado á sus contrarios, se abandonaron en medio de su opulento votin á la crápula y á la risa, sin temor de ser atacados, é inmediatamente se procedió al repartimiento de tantos tesoros, en proporcion á las graduaciones militares, separando relijiosamente el quinto para el rey de España; y segun los mejores testos peruanos, á cada simple soldado le correspondieron valores por quince mil duros. El estruendo y el alborozo resonaban á una con los lamentos de los heridos y los suspiros de Atahualpa; y asi la callada noche ya recojia su negro man-

to, y el lucero matutino esclarecia el horizonte.

El Inca en los primeros momentos de su cautividad á penas podia creer, en medio de su asombro, un suceso tan inesperado y sorprendente; pero conoció bien pronto todo el horror de su destino, y su abatimiento era proporcionado á la altura de donde habia caido. Pizarro, temiendo perder las ventajas que le proporcionára la posesion de tan ilustre prisionero, se esforzaba en consolarle con demostraciones de amor y de respeto, y Luque por otra parte le esplicaba detenidamente los misterios del cristianismo, y le exhortaba á adorar á Jesus sobre la cruz. Pero el Inca en medio de su asombro le suplicaba que suspendiese sus exhortaciones, y que mas adelante hablarian con detencion en la materia, porque aquellos momentos eran de sentimiento y no de raciocinio.

Pizarro en tanto ordenaba á sus soldados que tratasen y sirviesen al emperador con todas las atenciones debidas á tan ilustre prisionero, y friamente calculaba las ventajas que con él pudiera sacar de un pueblo idólatra de sus soberanos. Pizarro desde que se apoderó de la persona de Atahualpa, se creyó absoluto señor del imperio, pero hubiera de finjir hasta que el tiempo le marcase su conducta. Acababa de triunfar fal-

tando á sus promesas; y á pesar de que conociese el terror relijioso que habia causado en el imperio su llegada, no podia empero prever cuál sería la conducta de los peruanos; y en vano entre mil conjeturas pudiera delinear su plan de campaña.

Tal era el estado del campo invasor, cuando ya entrada la tarde vieron salir de la ciudad una corta y sencilla comitiva. Los débiles muros de Cajamalca, coronados de un pueblo inmenso, mostraban la ajitacion de sus habitantes, y la importancia de la comision en que fijaban sus miradas; y Pizarro penetró desde luego que aquel paso le daria grandes luces para su intento. En efecto, Ocollo y Coya salian de la ciudad con una corta comitiva, y dirijian sus pasos al campo de los invasores. Desde alguna distancia mandaron mensaje á Pizarro pidiéndole licencia para hablarle, y desde luego les fué concedida, y llegaron al campamento las peruanas.

No dejó de sorprenderle que solo dos bellas mujeres presidiesen una comision en que creia se fijára la suerte del imperio, pero disimuló su asombro por un solo momento que tardó Ocollo en arrojarse á sus plantas. «Hijo del Sol, esclamó, ¿cuál es la suerte de Atahualpa, aun vive el Inca tu hermano»? Pizarro confuso la levantó del suelo, y la dijo: «Aun vive, hermosa pe-

ruana, aun vive y aun hay tiempo para salvarle; calma tu ajitacion.» Almagro fijó sus ojos en la divina Coya: sentia arder con mas violencia el amor que ya le habia inspirado, y en un profundo estupor, guardaba el silencio mas elocuente. Coya penetraba al alma de Almagro, el rubor de vírjen candorosa brillaba en sus mejillas, y la llama del mas puro amor ardia en su pecho.

Ocollo volvió á la calma con las consoladoras palabras de Pizarro, y le suplicó encarecidamente la permitiese hablar al monarca. Le dijo estensamente quien era, el amor que tenia al Inca, lo que el Inca la adoraba, y el contento que le causaría su vista; pero nada le habló de su rescate, ni del estado de Cajamalca y del imperio. Pizarro no miraba con indiferencia la hermosura y los encantos de Ocollo; aunque ambicioso y fiero, era al fin hombre, y sensible al amor. Sí, Ocollo, la dijo, bien puedes ver al monarca, al felice mortal que gozó de tus encantos.... Y los ojos del guerrero sin perder su cruda fiereza, centelleaban mil amores. Mandó que la condujesen á la inmediata tienda del Inca, pero encargó á la guardia que no se separase de su lado, ya para que no se prodigasen caricias, que ya Pizarro envidiaba, ya para que no hiciese á Atahualpa importantes comunicaciones.

Almagro y Coya jemian oprimidos del amor que ocultaban en lo profundo de su pecho, pero rodeados de cien testigos no les fuera posible lamentar sus penas, ni desfogar la pasion devoradora. Sin embargo, Almagro aprovechó un momento y dijo á Coya que si en aquella noche salia al campo con algunos rejimientos, él correría la campiña y la buscaría ansioso, para revelarla importantes secretos. La hermosa penetró todo el pensamiento de Almagro, aceptó la cita, y la calma pareció dominar aquellos dos conturbados pechos.

Ocollo fue conducida á la tienda del desgraciado Inca que jemia entre una numerosa guardia, y al mirarse los dos esposos corrieron á estrecharse arrebatados de un impulso superior á su abatimiento y á su peligro. A pesar de los españoles y peruanos que los rodeaban, sus pechos se estrecharon tiernamente, y sus ardientes labios se sellaron cien besos amorosos. Largos momentos reinó en la tienda y en el campo de los vencedores un profundo silencio, semejante á la calma de las ondas tras negras tempestades; un abundoso llanto bañaba á los inocentes esposos, y el amor, y el placer y la agonía, brillaba en los semblantes, y entorpecia los lábios. Ocollo rompió al fin el silencio consolando al Inca con mas dul-

ces caricias que el ambiente en las tardes del abrasado estío, y Atahualpa preguntaba por sus nobles y sus guerreros, y cada vez que le decian que habia muerto alguno en el campo de Cajamalca, volvia los ojos al Sol, y esclamaba angustiado: « Dios de la luz, y aun quieres que yo viva. » Ocollo endulzaba sus penas, le referia las atentas demostraciones con que Pizarro la habia recibido, le repetia el amor de sus súbditos, y el encargo que llevaba del consejo de contratar su rescate á todo precio.

El Inca que se habia visto despojar de los tesoros con que estaba adornado, que habia visto arrebatar de los cadáveres las piedras preciosas que los cubrian, que habia palpado la ambicion de los venidos del Oriente, concibió fundadas esperanzas de comprar su libertad á costa de tesoros. Pizarro llegó á la tienda cuando ya Ocollo y el Inca gozaban de alguna calma, y con sus acostumbradas demostraciones de respeto, llenó de esperanza á las dos aflijidas almas. Atahualpa le dijo que tenian que hablarle en secreto, y el español mandó retirar á los que les rodeaban, y les inspiró libertad para que le abriesen sus pechos con confianza.

— « El bien del imperio, le dijo el Inca, se cifra en que su Monarca torne otra vez al enlutado trono. Yo y mi pueblo

proponemos un rescate digno de tí, y del grande señor del Oriente. Si das la libertad al monarca del Perú, *te se llenará esta tienda de oro hasta la altura de un hombre*». A pesar de las grandiosas ideas que tuviese Pizarro de la riqueza del Perú, no pudo menos de admirarle y sorprenderle tan magnífico ofrecimiento; la tienda tenia veinte y dos pies de lonjitud y trece de latitud, la suma era inmensa, y Pizarro no dudó un momento en admitir un rescate que llenaba su ambicion, si bien siempre diciendo al Inca que necesitaba la confirmacion del rey del Oriente, cuyo ánimo inclinaria tambien á la aceptacion. Corrió á sus compañeros, les dió parte del inmenso ofrecimiento, y ya ansiosos celebraban el instante de repartir los tesoros del Nuevo Mundo, y Ocollo y Atahualpa quedaron abandonados á las mas puras efusiones de alegria, viendo que á precio de un pálido metal tornarian de nuevo á las caricias del amor, y á la plácida ventura. Volvió Pizarro á la tienda acompañado de Luque, y convinieron la suspension de hostilidades, y que se reuniese el oro en las tiendas en cuanto Pizarro recibia la confirmacion del tratado de su señor el rey del Oriente, sin cuya aprobacion no pudiera resolver por sí solo. Se prometieron ademas mútuamente las relaciones mas amistosas,

pudiendo comunicarse entre sí los dos ejércitos, permitiendo que entrasen en Cajamalca los espedicionarios hasta en número de diez, y que los peruanos viniesen á las tiendas europeas hasta en número de ciento: que el campo de Pizarro se habia de abastecer de víveres, y que en aquella noche se permitiese á los sacerdotes del Sol dar sepultura á los cadáveres que cubrian la campiña.

Transportado Atahualpa de alegria, esperando recobrar su libertad, mandó al momento mensajeros á Cuzco, Quito, Titita-ca y otros paises abundantes de oro para que ya de los templos, ya de los palacios de los Incas, recojiesen todos los tesoros y los condujesen á Cajamalca, á fin de reunir el precio de su rescate; y Ocollo respirando placer y alegria, marchó á la ciudad para dar parte al consejo y al pueblo del feliz resultado de su mensaje.

Abrazó de nuevo á Atahualpa que quedaba algun tanto consolado, y abierta la comunicacion ya no les separára la muda ausencia. Almagro, siguiendo con sus penetrantes miradas á la hermosa Coya, se habian repetido la cita, y los dos amantes imploraban á la noche que tendiera rápidamente su negro manto. Los habitantes de Cajamalca coronando los muros, presajiaban de feliz

agüero la calma que reinaba en el campo de los venidos del Oriente, y cuando vieron volver á Ocollo y Coya, no dudaron que el Sol, que puro y hermoso habia iluminado todo el dia al imperio, escuchando sus ardientes votos, les concedia tocar el término de sus males. Las dos hermosas se presentaron al fin en el consejo; los ancianos del imperio y un pueblo numeroso esperaban con ansia saber el resultado de la embajada; y cuando supieron que vivia el Inca, cuando las hermosas refirieron los mútuos juramentos que Pizarro y Atahualpa se habian prestado ante sus Dioses, el júbilo y el alborozo reinaba por los ámbitos de la ciudad; sencillos instrumentos ajitaban armoniosos el ambiente de la noche, himnos de libertad entonaban el pueblo y los guerreros, y cánticos divinos elevaban los sacerdotes en accion de gracias al Dios que les derramaba su benéfica lumbre. ¡Oh pueblo inocente digno de mejor fortuna!

X.

Funerales.

Habia tendido la noche su lúgubre manto, las fuljentes estrellas mandaban su escasa luz á la tierra, y negras sombras, aunque en apacible calma, cubrian el horizonte. Ocollo habia instruido al consejo de los convenios celebrados con Pizarro, y por consiguiente de la libertad en que estaban los sacerdotes de dar sepultura á los cadáveres peruanos. Vericochas no perdió momento en reunir los venerables ministros del Sol para la relijiosa ceremonia, y el pueblo ya tranquilo, descansando de nuevo en las promesas de los hijos del Sol, concurria al templo en fúnebre aparato, para unir sus tristes acen-

L. of C.

tos, á los cantos funerales de los sacerdotes; pero la hermosa Coya, aunque adoraba tiernamente á su querida patria, sumerjida en un profundo estupor, apenas tomaba parte en el contento jeneral que reinaba en Cajamalca: la noche oscura y silenciosa seguia su curso inalterable, volaban los momentos, y á las doce habia de hablar á su gallardo Almagro. El amor mas cándido de inocente vírjen ardia en su almo pecho, y la inquietud mas deliciosa combatia su sensible corazon.

Reunidos en el templo los sacerdotes, colocado en unas riquísimas andas el símbolo de la luna, dió Huascar las órdenes convenientes para que se tendieran en la campiña diez batallones que realzasen la pompa del enterramiento de los guerreros, y Coya dirijia los movimientos militares. Al instante se aprestaron las fuerzas; al son de lúgubres músicas salieron de la ciudad y se tendieron sin sobresalto en la campiña que habia sido la escena de tantos horrores. El jóven y bizarro Almagro vagaba por el campo español ajitado en un mar de inquietudes. Aunque educado entre la sangre y los horrores del Nuevo Mundo, su corazon era noble, sensible y jeneroso, y Coya le habia inspirado el amor mas puro é inestinguible. Esperaba con ansia la hora de las doce para hablar á su adorada, pero temia ver des-

preciado su amor, y temia verle correspondido en su situacion política. El campo de Pizarro dormia en tanto tranquilo, y los batallones peruanos salian de la ciudad y se tendian por la campiña. No pudieron los invasores concebir por el momento el objeto de aquel movimiento militar, y al pronto sonido del atambor se pusieron sobre las armas y encendieron grandes hogueras que alumbraran algun tanto las sombras de la noche.

Inmensa multitud salia de Cajamalca acompañando á los sacerdotes, y precediendo al símbolo de la Luna con achas encendidas, que en la oscura noche brillaban cual melancólicos cometas; y un ronco murmullo interrumpia el silencio sacrosanto, y aumentaba el terror del pomposo aparato. Desde luego conocieron los españoles que aquellas magníficas ceremonias serian para dar sepultura á los cadáveres, pero permanecieron en observacion para evitar una estratajema, que pudiera comprometerlos, y Almagro mandando veinte caballos salió de descubierta, ya para observar de cerca á los batallones, ya para buscar á la hermosa Coya y arrojarse á sus plantas, y revelarle su amor ardiente

Desde las primeras horas de la noche muchos peruanos habian cabado grandes zanjas

para que sirviesen de sepultura á los cadáveres, y la procesion fúnebre se fue estendiendo por aquella especie de reductos para dar tranquila huesa á los insepultos. Sencillas tocatas, pero de un poder, de una sublimidad májica, acompañaban la voz de numerosos coros que dirijian ardientes preces á su Dios por los manes de sus conciudadanos.

PUEBLO.

Apacible mansion de la muerte,
La virtud almo lecho te implora;
En tus sombras el crímen no mora,
En tus senos reina la virtud.

SACERDOTES.

Dios que alumbras la tierra y los cielos,
Dios que mandas al mar y volcanes,
A tí vuelan de un justo los manes
En tí buscan su felicidad.

PUEBLO.

Si ya polvo tornaste á la tierra
Tu memoria los pechos inflama,
No voló tu existencia cual llama
Que en la noche en el éter brilló.

SACERDOTES.

Dios eterno del dia radiante,
Si con crímen el débil humano
Profanó tu poder soberano,
Sé clemente, fué triste mortal.

PUEBLO.

Apacible mansion de la muerte
La virtud almo lecho te implora,
En tus sombras el crimen no mora,
En tus senos reina la virtud.

SACERDOTES.

Tú que animas al Orbe anchuroso
Y tus dones prodigas al suelo,
Al llamarnos allá al alto cielo
Que admiremos tu tierna piedad.

PUEBLO.

Si ya polvo tornaste á la tierra,
Tu memoria los pechos inflama;
No voló tu existencia cual llama
Que en la noche en el éter brilló.

El cántico funeral resonaba melancólico y sublime; el ambiente de la noche ajitaba suavemente las llamas de los blandones; un lánguido y no interrumpido sollozo humedecia las sacras huesas, y todo inspiraba un terror relijioso inconcebible. Los españoles miraban inmóviles y admirados la ceremonia relijiosa; Luque tal vez volvia los ojos al cielo que creia irritado al mirar el pomposo culto que tributaban los peruanos á Satanás, y concebia allá en su mente la venganza que habia de dar al cielo irritado. El Dios de los españoles aunque muerto en la Cruz, era el padre del Sol y del universo, Luque era su grande bicario en el Nuevo Mundo, y Luque se creia el responsable ante los cielos de la idolatría de los indios.

Eran las doce de la noche, y Coya habia de hablar á su Almagro; dió las órdenes convenientes, y sola, y combatida por un turbulento mar de inquietudes, marchó hacia la parte del Oriente, donde habian convenido la cita. Ya el noble español vagaba tambien por la campiña en busca de su adorada, y pronto se hallaron los dos dulces amantes, á la orilla de un manso arroyo que suavemente murmurando se deslizaba por una fresca ribera. Se reconocieron, y un profundo pasmo se apoderó del español y de la bella peruana. Largo silencio sucedió á la

dulce zozobra, hasta que al fin Almagro rompió el silencio.

— Hermosa Coya, la dijo, desde el momento que ví tus penetrantes encantos, sentí todo su májico poder con violencia irresistible. Aqui en mi pecho..... y una lágrima ardiente corria por sus mejillas »

— He abandonado mis guerreros, le respondió Coya, para que me revelases los importantes secretos que me habias anunciado; habla pues, la noche vuela, la ceremonia relijiosa concluirá en breve, y tengo que ocupar mi puesto; habla, hijo del Sol. »

— Ah Coya (y se arrojó á sus plantas), yo te amo, yo te adoro, tú dominaste mi razon, arrebatáste mi calma, y me lanzaste en los mas negros tormentos. Aqui en mi pecho arde un fuego de amor, eterno, inestinguible; muévate á compasion.....

— Alza, no quieras que mi llanto corra tambien con el tuyo. En el instante que los sacerdotes dirijen sus preces á los cielos por los manes de tantos peruanos, tú profanas la santidad de la noche con acentos amorosos!

— Perdona, ¡oh Coya! mi amor es tan puro, tan santo como esa pompa fúnebre; no ofende al Sol que adoras.....

— Y tú me amabas, y tú con tus compañeros, te arrojaste contra nuestros indefensos batallones, y lanzando el rayo conde-

nastes á muerte á la córte, y á la nobleza peruana, y cargastes de hierros al monarca del Perú, tu hermano!

— Oh! no fuí yo el culpable, no, Coya, el sagrado cumplimiento á las órdenes del grande rey del Oriente.....

— Yo tambien soy hija del Sol, y jamás me ordenó faltar á los solemnes juramentos. Tan negra maldad en el Perú es un crímen de muerte.

— Hermosa Coya, merezca al menos tu compasion.

— Y tú y tus compañeros, sereis amigos del Perú, y de los Incas?

— Almagro será amigo del Perú, y aun lo serán tambien sus compañeros.

— Y si yo te amo nos dividirá despues la muda ausencia?

— Ah! no, Coya, si tú me amas, yo seré el mas feliz de los humanos; solo la muerte podria arrancarme de entre tus tiernos brazos. Contigo veria nacer el lucero matutino; contigo viera el Sol precipitarse por el ancho cielo, contigo lo viera reclinar su frente en el Ocaso, y entre dulces caricias, nos mirára tambien la melancólica luna.

— Sí, Almagro, yo tambien te adoro, aqui en mi pecho sofocaba en el silencio el puro amor que me inspiraron tus encendidas miradas.

— Y me amas, Coya....!

— Y te amo, y mi Dios me anuncia tu amor *como un negro metéoro.*

— No, hermosa, calma tu ajitacion, este feliz momento será la aurora de venturosos dias. Coya será todas mis delicias, solo viviré para Coya, Coya será el objeto de mi culto.

— Oh! Si dado nos fuera hablar de amor en plácida calma..... Pero Almagro, profanamos esta santa noche con acentos amorosos, cuando solo debe reinar la veneracion relijiosa, y el respeto debido á los muertos; adios, ya me esperan mis guerreros..... Adios.

— Espera, Coya, si me amas como yo te adoro, lejana de mi lado, te será la vida un peso insoportable; se permite la comunicacion de los campos, concédeme que te busque en Cajamalca, que beban mis ojos en los tuyos mil amores.,...

— Sí, en Cajamalca, y en la campiña nos veremos, adios.

Un cándido llanto corria por las mejillas de los dos amantes; Coya con vacilantes pasos se dirijió hácia sus batallones, y Almagro en un helado pasmo, montó á caballo y buscó á Soto que habia quedado con la avanzada observando las fuerzas peruanas. La bella Coya tal vez temia que hubiese tras-

pasado el rubor de candorosa vírjen confesando su amor á Almagro, pero bien penetraba que obró á impulso de una fuerza irresistible, á impulso del amor que rompe al fin los ardientes pechos que intentan sofocarle, con una espansion violenta. Almagro enajenado sentia toda la ventura de su triunfo, se tenia por el mas feliz de los humanos, pero preveia tambien que su amor habia de ser *un negro metéoro* como predecia Coya.

Los sacerdotes y el pueblo peruano elevaban en acórdes coros sus preces á la deidad, y á pesar de toda la pompa ya terminaba el enterramiento. La noche oscura y silenciosa iluminada solo por las hogueras de los españoles, y los blandones funerales, iba terminando su perezoso curso, cuando Atahualpa no pudiendo resistir por mas sus melancólicos recuerdos, suplicaba ardientemente á Pizarro que le diese feliz muerte, para compartir la gloria de su córte, de sus nobles, y de sus guerreros; pero Pizarro y Luque le consolaban con halagüeñas esperanzas, y le recordaban su pronto rescate.

Ya al fin los sacerdotes terminaron la ceremonia, y murmurando nuevas preces se fueron retirando para Cajamalca, seguidos del inmenso pueblo. Coya marchó tambien con sus batallones, Almagro se retiró con

su avanzada, y un silencio sepulcral tornó á reinar en la campiña. La sombra de Colon es fama que aquella noche apareció sobre el campo español, envuelta entre radiante nube, y que derramando copioso llanto sobre la tierra que cubria tantos despojos humanos, tornó otra vez á desaparecer por los ámbitos del cielo.

XI.

Bautismo.

La mas profunda calma reinaba en el campo invasor y en el ejército peruano; el interés de unos y otros exijia el exacto cumplimiento del convenio celebrado en el rescate de Atahualpa; y como una de las condiciones era la comunicacion entre los campos, los peruanos pasaban á las tiendas españolas, y los castellanos entraban en Cajamalca. Los pocos nobles que escaparon de la matanza en la prision del Inca, continuamente llegaban á tributar su homenaje á su infeliz monarca, y el pueblo y los soldados corrian á porfia á llenar el número de ciento que podian entrar en las tiendas, ya para ver al Inca, ya

para admirar á los hijos del Sol, cuyo aspecto, cuyas armas les eran cada vez mas incomprensibles y misteriosas. Pizarro empero, no permitia á sus soldados que pasasen con frecuencia á Cajamalca. Persuadido de que su grande prestijio consistia en que los españoles fuesen mirados como seres sobrenaturales, no le convenia que viesen los peruanos de cerca sus debilidades humanas. ¡Tanto han decidido las preocupaciones de la suerte de los pueblos! Empero, si algunos españoles entraban en la ciudad, revestidos de sus bruñidas cotas, ostentando sus largas y negras barbas, empuñando sus armas temerosas, infundian en los sencillos habitantes un terror relijioso que les aseguraba la victoria.

En tan lisonjera calma continuaron por algunos dias los campos enemigos, mientras que los emisarios de Atahualpa corrian con la velocidad del rayo las provincias del imperio reuniendo el oro del rescate. Ni Vericochas, ni el valiente Huascar ajitaban los ánimos contra los españoles, y ni Pizarro ni los suyos daban el menor motivo de queja esperando solícitos los inmensos tesoros. Luque, intolerante y fanático no podia sufrir con indiferencia el culto del imperio, ni su sistema relijioso; empero, disimulaba su intolerancia, y se amoldaba á los momen-

tos. Con la cruz y el breviario alentaba infatigable á sus compañeros, continuamente les recordaba que su primer deber era estender la relijion de Jesucristo en el Nuevo Mundo, y que si les ordenaban los destinos perecer en la árdua empresa, halagados de su Dios, la bienaventuranza eterna los esperaba en el otro mundo. Oh! cuando pudo ser vencido un ejército de fanáticos!

Ocollo diariamente visitaba á su adorado Inca, llenándole de esperanzas halagüeñas; y Atahualpa seducido por la cortesanía de Pizarro, concebia un delicioso porvenir, y aun no maldecia á los venidos del Oriente. Pizarro que desde el principio habia sido sensible á los encantos de Ocollo, de dia en dia á su pesar se precipitaba en una pasion violenta, que pudiera contrariar sus intereses. Degradar le pareciera sus victorias, y su carácter de conquistador, si confesaba su amor á la hermosa y fuera rechazado, y le sofocaba en su pecho, espuesto á estallar como el volcan ardiente. Ocollo, llena de amor por el Inca, ni sabiendo, ni pudiendo imajinar la oculta pasion de Pizarro, correspondia á sus corteses ademanes y á sus espresiones amistosas, y volvia sus tiernas miradas á su adorado Inca, y el conquistador alimentaba sus esperanzas de ser amado.

Atahualpa desde su prision daba las órdenes convenientes, si bien á presencia del oficial de guardia, y rejía el imperio. Tranquilos los sacerdotes del Sol celebraban sus pomposas ceremonias y sus inocentes sacrificios, y la esposa y el esposo se prodigaban en la calma dulces caricias y todo respiraba paz y ventura. Huascar, sin embargo, criado en la guerra, y como inspirado de los dioses, atendia ocultamente al completo armamento y equipo de sus guerreros, y observaba cuanto le era posible las armas de los españoles. Siempre noble, siempre valiente, su conducta era la mas franca con el monarca y con el pueblo; lejos de la ambicion del mando, el amor de su patria era su móvil, y en su pecho no cabia la perfidía. Vericochas, sagaz y meditabundo, anhelante esperaba el rescate, y en profundo silencio, se guardaba muy bien de derramar la desconfianza en los adoradores del Sol, y sus temores no salian de su pecho sino para implorar la piedad del Dios benéfico del imperio. No era sacerdote antropófago, era ministro de un Dios de paz, del Dios de la luz.

Abrasado Almagro por su pasion devoradora, conturbado, zozobroso, en vano quisiera ocultar su amor á los ojos de sus compañeros. Si Coya estaba en Cajamalca, alli Almagro; si corria la campiña, Almagro fa-

tigaba su caballo y seguia sus pasos; si pasaba á la tienda de Atahualpa, Almagro fijaba en ella sus penetrantes miradas. Luque y Pizarro conocian todo lo funesto que pudiera ser á su empresa amor tan violento, y obraban entre sí con reserva de su compañero, porque como decia Luque, no cabe secreto en el pecho de un amante. Almagro tambien penetraba la reserva de sus compañeros, pero contento con adorar á Coya, ni les pedia esplicaciones, ni pensaba en la conquista del Perú.

Tampoco desconoció Huascar la pasion de Coya, y miraba con complacencia aquel amor naciente, porque seguro que la peruana no faltaria ni á su honor, ni á su Dios, ni á su patria, pudiera estar iniciada en los secretos de los españoles, de demasiada importancia para el ejército peruano. Los dos felices amantes no perdian momento de reiterarse sus protestas amorosas, y su amor cada vez mas inestinguible, ya solo la muerte pudiera terminarlo. Tal vez á Almagro le asaltaba la triste idea de la desemejanza de sus cultos relijiosos, y tal vez á Coya, la de la muda ausencia; pero en el momento de mirarse, en el momento en que obraban los sentidos, callaba la débil razon, que siempre nos abandona al impulso de las sublimes sensaciones.

Los peruanos pasando á las tiendas de Pizarro aumentaban su asombro al observar de cerca la artillería, los caballos, y el equipo de los españoles: pero los espedicionarios entrando en Cajamalca, observaban la debilidad de sus murallas y de sus edificios, la simplicidad de los indios, y las probabilidades que les aseguraban la victoria. Aun mas llamaban su atencion los infinitos tesoros que veian en los templos, en los palacios y en las casas, y enardecida su codicia, ansiaban el momento de que á la señal de la trompa guerrera se diera la voz del acometimiento. Pizarro severo, ríjido en la disciplina, publicó un bando en que condenaba á muerte á cualquiera jefe ó soldado que cometiese el crímen de robo. Aunque las violencias fuesen comunes, los indios siempre humanos, jamás dieron parte al jefe de esceso alguno; pero Pizarro mismo vió á uno de sus soldados arrebatar los adornos de oro con que se engallardecia una jóven peruana, y el criminal fué sentenciado á muerte. Bien conocia lo importante que le era un soldado, pero conocia tambien lo indispensable de la rijidez en la disciplina, y lo maravilloso que seria á sus enemigos ver su inflexibilidad, y mirar caer á un hijo del Sol como herido de un rayo, al mover de sus lábios poderosos.

El reo fué auxiliado con todos los socorros espirituales, y cundiendo el suceso por Cajamalca, un innúmero pueblo salió á la campiña á presenciar el suplicio. Interesaba á la política de Pizarro mandar él mismo la escolta que arcabuceara al reo, para que se le tuviese por el señor que disponia de los rayos, y en efecto él dió la voz de fuego, y cayó la víctima despedazada. El terror en los peruanos fue inesplicable al ver la inflexibilidad de Pizarro con sus mismos compañeros, y al ver que á su voz, estallando el rayo pavoroso, sepultaba en la nada á un hijo del Sol.

Treinta dias se pasaron en tan bonancible calma, y los mensajeros mandados á Quito, Cuzco, Potosí y otros paises á recojer utensilios de oro, iban llegando á Cajamalca cargados del metal precioso. Acostumbrados los peruanos á obedecer ciegamente las órdenes de los Incas, aunque estaba Atahualpa prisionero, entregaban sumisos con su órden el oro de los templos y de los palacios, calmados con la esperanza de ver á su monarca otra vez en libertad rijiendo su imperio; y el preciado metal corria á torrentes por todas partes á Cajamalca, y el rojo metal arrastraba tras sí la ruina del venturoso imperio.

Luque siempre infatigable en su celo de

prosilateismo, diariamente predicaba á cuantos indios llegaban al campamento, los misterios y las doctrinas del cristianismo; pero el culto del Sol era en el Perú tan antiguo como el imperio, y la relijion de Jesucristo, metafísica y fundada en la fé, escapaba de la escasa penetracion de los indios. El culto del Sol se les presentaba bajo tan sencillo sistema de sensaciones, que en vano Luque ofrecia con fervor y entusiasmo el agua sacrosanta del bautismo. Vericochas por otra parte y lós demas sacerdotes, con elocuencia oriental predicaban á los indios las falsas creencias de los invasores, les recordaban los atributos benéficos del astro de la luz, su divina influencia, la vida y el vigor que derramaba en el mundo, y la negra ingratitud que seria negarle la adoracion.

Almagro valiente y jentil, reunia todas las escasas virtudes que distinguian á un caballero del siglo XVI. El amor, la valentia y el cristianismo eran sus primeros atributos, y le sepultaba en la melancolía la sola idea de que Coya no fuese guiada por la senda de la eterna salvacion. Dificil fuera convertirla al cristianismo, pero fuera á Almagro mas dificil dejarla de adorar, ó seguirla amando sino recibia el agua del bautismo. En sus frecuentes entrevistas, Almagro insensiblemente sondeaba el corazon de

Coya, el amor inspiraba persuasion y elocuencia á sus lábios, y el amor abria el pecho de la hermosa á los acentos de su adorado.

Ya en una tranquila noche habian de verse en la márjen del manso arroyo que escuchó sus primeros amores, y Almagro previno á Luque que estuviera por aquellas inmediaciones, que acaso un catecúmeno recibiría las aguas del bautismo. Llegó la hora de la cita, se hallaron los dos amantes, y Almagro devorado por una profunda melancolía, despertó la curiosidad de su adorada. — Qué asi empalidece tu rostro, le preguntaba Coya? dudas acaso de mi amor?

— No, cándida vírjen, tu amor es tan inalterable como las estrellas; pero tú misma lo dijistes, *nuestro amor será un negro metéoro.*

— Habla, que secreto.....

— Oye, hermosa Coya. Apenas anoche cerraba los párpados al sueño, mi ánjel tutelar se presentó á mi vista bajo formas portentosas. ¡Y asi ofendes á tu Dios, me repetia, con voz de trueno, amando á una idólatra! Huye de sus caricias, no provoques las iras del Dios omnipotente.

— Y tu Dios injusto conturbará nuestro inocente amor!

— Ay, Coya, no amarle es un crímen, es el padre del Dios que tú adoras.

— El Sol nos derrama sus inmensos dones, y solo nos exije inocentes sacrificios de los frutos que nos prodiga, no nos exije sacrificios del corazon.

— Tú conoces el poder de los venidos del Oriente, y podrás adivinar el poder de su Dios. Eterno, omnipotente, incomprensible, adoramos sus decretos, y no indagamos las causas.

— Es verdad, debe ser muy poderoso, sus hijos son invulnerables, y lanzan los rayos.

— Y tú no le amarás?.....

— Sí, yo tambien le amo porque es tu Dios.

— Y renunciando á tus falsas creencias, no recibirias el agua del bautismo, y seguirias la relijion de Jesus?

—No, Almagro, tambien el Sol es poderoso, es el Dios de mis abuelos, es el Dios de mi patria, yo soy su hija.

— Y asi, Coya, pronuncias el fatal decreto de nuestra eterna separacion! Mi Dios me prohibe amar á una idólatra, y yo solo puedo cumplir sus eternos decretos.

— Y tan negro crímen, y tan bárbaro sacrificio exijirá tu Dios de una desdichada?

— Yo te adoro, Coya; solo puedo querer tu bien, á mi me ha concedido el destino penetrar mas hondas verdades. Tu felicidad

eterna, depende, Coya, de que abraces la creencia de tu Almagro.

— Es verdad, á tí te han revelado los Dioses mas secretos, tu Dios es mas poderoso que el mio, aunque yo no le conozco, nuestro amor lo exije; tú me lo mandas, yo recibiré las aguas del bautismo.

— Oh! imájen de los Dioses, llega á mi pecho abrasado de amor y de gratitud....

— Pero un eterno secreto cubrirá mi negra apostasía?

— Sí; yo te lo juro..... Aqui inmediato estará el sacerdote.

Almagro salió á buscar á Luque, que á los pocos pasos le esperaba, y volvió con él á la márjen del arroyo que Coya aumentaba con su llanto.

— Peruana, la decia el sacerdote, derramaré sobre tu cabeza el agua de la salvacion, si juras ante este crucifijo que crees en su eterna omnipotencia, que crees los misterios y artículos de fé, y que adoras su nombre.

— Asi lo quiere Almagro, yo lo juro, repetia Coya sin consuelo.

— La condenacion eterna, los sulfúreos tormentos, decia el cristiano sacerdote, te esperan en el mundo venidero si profanases las palabras de Jesucristo.

— No, Luque, no atormentes mas su co-

razon aflijido; bautizala en nombre de tu Dios, que asi lo quiere Coya, yo te lo juro, le decia el sensible guerrero.

Postrada al fin la hermosa de rodillas, con sus palmas levantadas á los cielos, recibió el agua del bautismo, é hizo la profesion de fé que la mandó Luque. El ministro de Cristo se retiró para las tiendas, y Almagro acompañó hasta la ciudad á la infeliz peruana, que consoló algun tanto sus penas y enjugó su lloro para no llamar la atencion de Vericochas, de Huascar, y de todos los habitantes de Cajamalca.

En esta noche el cristianismo señaló su primera victoria en el Nuevo Mundo del Mediodia; la profecía de los santos testos que anunciaban el triunfo de la cruz en todas las rejiones, empezó á brillar esplendente en el siglo XVI en las costas del mar del Sud, y los magníficos templos del Sol se estremecieron en aquel momento cual si fueran sacudidos de violento terremoto.

XII.

Hostilidades.

Los emisarios de Atahualpa que corrian el imperio reuniendo el oro necesario para el rescate, empezaban á llegar á Cajamalca conduciendo enormes cantidades, segun el cupo repartido á cada provincia; todos llenos de inquietud ansiaban el momento de ver reunido el oro necesario para llenar la tienda hasta la altura convenida, y todos contribuian gustosos y solícitos al objeto, y en tanto, como hemos visto, los campos enemigos parecian estar en la mas acorde armonía. Ocollo no se separaba del pabellon de su adorado In-

ca, y hasta Huascar y Vericochas, tenian frecuentes entrevistas con los jefes invasores, y tocaban superficialmente algunos puntos de relijion y de política. Pizarro, cual leon que enguedeja su melena tras de la esquiva leona, seguia ardoroso los pasos de la hermosa Ocollo, y de dia en dia se inflamaba con mas violencia la llama de amor que ardia en su pecho, que mal pudiera escaparse á las vijilantes miradas de Luque.

— Recuerda amigo, recuerda, le dijo un dia á su compañero, que ultrajas á tu rey y á tu Dios, amando á esa idólatra. A estender el colosal poder del trono de Castilla, á propagar la adoracion de la cruz, has venido á estas remotas playas, no á jemir víctima del amor cual un débil mancebo.

— No cual un débil mancebo, no, le respondió Pizarro.... Aqui en mi pecho siento un volcan inestinguible, pero no temas que jimiendo me postre á las plantas de la ingrata á implorar sus favores; el conquistador del Perú la sabrá arrebatar de entre los brazos del Inca, de entre el ejército peruano, y la violencia.....

Jeneroso siempre Almagro confesaba á sus compañeros su ardiente amor por Coya, les pintaba sus encantos con todo el entusiasmo de un arrebatado amante, y respiraba en sus proyectos y en sus espresio-

nes la humanidad de un pecho sensible á las inspiraciones de un amor divino. Confesaba francamente á sus compañeros que conocia la reserva con que tendian los planes de la conquista del imperio, pero que él los dejaba en absoluta libertad porque ya habia conquistado el corazon de Coya, que valia mas que la conquista del Mundo.

El oro reunido en Cajamalca ascendia á inmensas sumas, y creyó el consejo que bastára para llenar lo convenido en el rescate del Inca. Atahualpa mas ansioso que nadie de comprar su libertad, mandó que inmediatamente se trasportase á la tienda en que estaba prisionero, ya fuese en barras, ó ya en manufacturas propias del pais, y de mas ó menos trabajo artístico. En efecto, innumerables indios conducian el oro del rescate, y los invasores fijaban sus ansiosas miradas en un portento que escedia á las magníficas ideas que se habian formado del pais. Un dia y otro dia continuaba el trasporte con la mayor actividad, y cerca de mil quintales de oro entraron en las tiendas de Pizarro.

No habrán olvidado nuestros lectores que el convenio celebrado para el rescate era que se llenase de oro hasta la altura de un hombre el pabellon del Inca, y que Pizarro inclinaría el ánimo del grande rey del Orien-

te, para que admitiese el convenio, sin cuya aprobacion, no pudiera definitivamente ratificarle. Sea que los peruanos diesen por conseguida la aprobacion del señor del Oriente, mediando su delegado, fuese el ardiente afan de verse en libertad el Inca, fuese el escesivo amor y respeto que tenian á su emperador los peruanos, es lo cierto que precipitadamente, y sin preguntar por la aprobacion del grande rey del Oriente, el oro se empezó á trasportar con toda la actividad al campamento, colocándose mas ó menos cuidadosamente en el pabellon del Inca, hasta que subiera á la altura convenida; pero el espacio era demasiado considerable y faltaba oro para llenar como un pie de elevacion.

Conforme se reunia el oro del rescate, Pizarro iba enfriando sus demostraciones de atencion con el Inca, y tomando un aire de superioridad muy ajeno de la conducta que hasta alli habia observado. Bien pronto lo advirtió Atahualpa, y creyendo que naciese de la falta del oro que aun restaba, se dirijió á él, y le dijo con el candor propio de la inocencia. «No, nada temas, hijo del Sol, la violacion de los juramentos es en el Perú el mas negro crímen, y jamás probocaré las iras de la deidad que adoro. Si aun no está llenada la suma de

mi rescate, en breve llegarán los mensajeros de las provincias lejanas y verás reunido mas oro del necesario. »

— Sí, Atahualpa, le respondió severo el español, tú y yo llenariamos relijiosamente nuestro convenio, pero desgraciadamente, segun órdenes que acabo de recibir, no le aprueba en todas sus partes mi señor, el grande rey del Oriente. Sus severos é inalterables mandatos te niegan la libertad, sino te confiesas ademas su tributario, y sino abandonas tus bárbaras creencias relijiosas, y abrazas la relijion de la cruz.

— Y podrá el gran señor del Oriente... queria reponer el Inca en un helado asombro!!

— Es poderoso y lo puede todo; yo sumiso obedezco sus órdenes.

— Y el oro reunido?....

— Es tuyo, le contestó Pizarro, puedes disponer de él, pero las armas vencedoras de mi rey y señor, irán á buscarle en tus palacios y en los templos de tus malditos ídolos. Yo por mi parte cumpliré las órdenes de mi rey, y solo exijo de tí que renunciando á las caricias de la encantadora Ocollo, me cedas tanta hermosura, que ardiente, devorador ambiciono... Los mandatos del señor del Oriente y de Pizarro, son inalterables, piensa en tu salvacion.

Puede sentirse, pero no esplicarse el profundo estupor en que el Inca quedó sepultado. Cuando ya creia llegado el momento de volver á su libertad, á su trono, y á las caricias de su hermosa, oye la voz de trueno de Pizarro que arrebata todas sus mentidas ilusiones. Pero Atahualpa, hijo de diez Incas, hijo del Sol, monarca del imperio y hombre ofendido, tornó en breve á la calma y á la dignidad propia del inocente. — Sí, Pizarro, le dijo, sé mi posicion, cumple las órdenes del emperador del Oriente, pero jamás me creas débil ni criminal.

— Admite mis condiciones, y serás el vasallo predilecto del gran Carlos V, y hallarás tu salvacion eterna.

— Yo tributario de un rey usurpador, y sectario de un Dios que no conozco, pero que vosotros sois sus hijos....

— Blasfemo, no irrites los rayos que ya vibra su diestra.

— Allá en un dia yo te tuve por hijo del Sol, y por mi hermano; pero no, tú no desciendes del Sol, tú descenderás del negro averno.

— Yo mando en los rayos, y soy invulnerable: no provoques mis iras.

— Tranquilo puedo insultar tu arrogancia.

A pesar de su carácter feroz, Pizarro dejó

al Inca en medio del delirio, y marchó á reunirse con sus compañeros para empezar á poner en ejecucion definitivamente sus planes. Ocollo que supo el suceso se abandonó al dolor mas profundo, y al llanto mas abundoso. — Yo, repetia, me he de rendir á los bárbaros halagos de tu destructor, y te he de ver llorando el crímen de vender á tu Dios y á tu patria, ó he de mirar tu cadalso... Y sus angustiosos gritos herian hasta las bóvedas celestes..... En el momento se advirtió en el campo la inesperada mudanza, que cual fuego eléctrico se comunicó á la ciudad. — El rescate ha sido barbaramente violado, era el grito jeneral que resonaba en Cajamalca y en el ejército..... Vericochas y Huascar, aunque no dormian en la confianza, no esperaban tampoco tan fatal desenlace, y marcharon, aunque conociesen el peligro que les amenazaba, á la tienda de Pizarro, y le manifestaron su asombro; pero el conquistador dictaba inalterables mandatos.

Coya ansiosa buscó á su Almagro, llamándole pérfido seductor.

— Si tú y tus compañeros, le decia, sois hijos del crímen, por qué has vendido tu amor á un pecho inocente? ¿Por qué me has arrancado del culto de esa deidad que adoro, para hacer profesion de fé á un Dios

que proteje á los malvados. ¡Ah! Si tuvieramos vuestras armas destructoras, huiriais despavoridos á vuestros climas infernales; arrancáramos de entre vuestros brazos al Inca, y tornára á brillar tranquilo el astro luminoso!

— No, amada Coya....

— Bárbaro, y aun osarás hablarme de amor! Ya he arrancado tu imájen de mis entrañas, en que brillaba como volcan en las nevadas cimas.

— Oyeme, Coya, y tal vez mereceré tu compasion. Yo soy sensible cual si hubiera nacido en este imperio, pero la suerte próspera ó adversa me ha conducido entre mis compañeros á este suelo. Te ví, te amé, te idolatré, y en vano hubiera querido ocultarles mi amor; conocieron que en el pecho de un amante jamás cupo secreto con su adorada, y Luque y Pizarro me ocultaron sus planes cuidadosamente; ni nada he sabido de las comunicaciones con nuestro emperador; nada Coya, ni nada he procurado saber, porque me bastaba con tu amor, y tu amor era mi universo.

Coya, que jamás pudiera sofocar la pasion que Almagro le habia inspirado, sentia mitigarse su ira al escuchar sus protestas, y un dulce llanto que mútuamente se confundia por las mejillas, probaba el candor de

las dos sensibles almas. El campo invasor puesto sobre las armas, conservaba un aspecto amenazante; Atahualpa sostenia su calma: exhalaba hondos jemidos, y Vericochas y Huascar infatigables volaban del pabellon de Pizarro al pabellon del Inca, y en vano se fatigaban en procurar transaciones. Pizarro, llevado de los deberes de vasallo, de su ambicion, de su amor y de su fanatismo, en nada podia ceder de las condiciones últimamente propuestas. Atahualpa no podia renunciar á las caricias de Ocollo, ni vender á su patria y á su Dios, y solo un cruel rompimiento pudiera ser el éxito de las negociaciones.

Tal vez Ocollo postrada á las plantas de Pizarro, envuelta en abundoso lloro, imploraba en vano su piedad y lamentaba sus penas. — Si es cierto que me amas, mis jemidos penetrarán en tu pecho, y moverán tu compasion. Tú lo sabes, tú que desciendes de un Dios poderoso, sabes que son sagrados los juramentos, y yo he jurado mi amor á Atahualpa ante ese Dios que nos ilumina. Lleva ese preciado oro al rey del Oriente, pero deja en su paz y en sus delicias á este desgraciado imperio. — Ocollo, la repetia Pizarro, yo te suplico y suplico al Inca, cuando pudiera arrebatarte de entre sus brazos, cuando talando á sangre y fue-

go estos débiles dominios pudiera hacerles adorar la Cruz, y postrarse ante el poder del rey del Oriente.

Todo era en vano, cuando el noble Almagro con pasos majestuosos se llegó á su compañero. — Pizarro, le dijo con severo acento, ya te habia advertido que conocia vuestra reserva, pero jamás creyera, que en mis compañeros cupiera el crímen meditado. Si no creistes llenados nuestros deberes con presentar ante el rey de Castilla los tesoros del rescate del Inca, ¿á qué jurastes en nombre de Cristo guardar los convenios sacrosantos? No para la devastacion buscamos los remotos climas; á hacer tributarios de la corona de España, á sacar á los pueblos de la estupidez, y á estender el evanjelio, nuestro Dios propicio nos abrió las ondas de los inmensos mares, y nos guió á estos remotos climas.

— El estandarte de Cristo, repetia Pizarro, tremolará sobre las ruinas del imperio.

— Podremos devastando y derramando el terror hacer tributarios al rey de Castilla, pero no adoradores de Jesus: el amor nos da el triunfo mas seguro. Si llevamos tras nuestros pasos la violencia, el crímen, la iniquidad, ¿qué idea formarán los inocentes indios del Dios eterno de justicia? ¿Cómo abrazarán el cristianismo siendo los

cristianos sus destructores? Da la libertad al Inca, nosotros permaneceremos en su imperio, inspiraremos á los peruanos la dulce moral de Jesus, ilustrándolos en las ciencias y en las artes, haciéndoles conocer la dignidad del hombre, haciéndonos sus hermanos, y procurándoles su ventura.

— Ya no eres tú el guerrero Almagro, eres un débil mancebo adormecido en los brazos del amor.

— Yo soy el guerrero Almagro, no el bárbaro Pizarro; yo soy el hombre sensible que detesta el crímen, pero que vuela gozoso á los combates y á la muerte.

— Yo soy el gobernador del Perú.

— Yo ciño una espada protectora de la inocencia.

Ya los dos guerreros tiraban rabiosos de sus espadas cuando Luque que no lejos escuchaba la enconada contienda, voló entre ellos con un crucifijo en las manos. Fuego brotaban las miradas de los dos irritados españoles, pero al levantar Luque la cruz (estamos en el siglo XVI) depusieron humildes los fulminantes aceros, que centelleaban rayos de venganza. Un helado pasmo siguió al furor, y Luque dominó las iras. Vuestro Dios, clamaba, no perdonará tan negro crímen; os condujo á estas playas á propagar la adoracion de la cruz; y

malvados, solo sensibles á débiles pasiones, cruzareis los aceros, y los idólatras mirarán con sonrisa que os despedaceis á vosotros mismos en vez de procurar el triunfo de Jesucristo.

Aunque la tienda de Atahualpa, rodeada de una poderosa guardia, seguia abierta á la comunicacion de los indios, y Atahualpa, Huascar y Vericochas pensaban en la mas impasible calma en la salvacion del imperio, al fin conocian el triste porvenir que le estaba reservado. Huascar y el sacerdote temian por el Inca, y el Inca no dudaba que estaba ya su suerte decidida, pero solo temia el porvenir de su imperio. En vano proponian á Pizarro diferentes transaciones, en vano le ofrecian sumas inmensas de oro por tributo anual al rey del Oriente; pero jamás entregarle á Ocollo, y menos abandonar el culto del Sol.

Huascar conoció que era indispensable recurrir á las armas, pues no bastaba apurar todos los medios que sujeria la prudencia; y marchó á Cajamalca á alentar y á prevenir á sus guerreros. A pesar de toda la política de Pizarro, las relaciones entre los indios y los españoles habian sido demasiado activas, para que al fin los habitantes de aquellas comarcas no se familiarizasen con los venidos del Oriente, y para

que no les hubiesen perdido parte de aquel terror relijioso que al principio les infundieron; sin embargo, los efectos de los arcabuces y artillería, estaban aun fuera de su comprension, el estampido de la pólvora inflamada les era siempre incomprensible, y los invasores aun nivelaban sus cortas fuerzas con las fuerzas colosales del imperio.

Fuera ó no precipitacion de los peruanos llevar el oro del rescate al campamento, era ya muy dificil volverle á trasportar en las circunstancias á que se habia llegado, por mucho que Pizarro les brindase á ello, porque el gran rey del Oriente no hubiese aprobado el convenio sino con las adiciones que hemos indicado, y los peruanos se cuidaban poco tambien de tal tesoro, que por inmenso que fuera para los invasores, para el imperio era harto despreciable. Como ya hemos indicado era imposible toda avenencia; Pizarro á la sombra del nombre de Atahualpa habia reunido en sus tiendas una gran parte del oro del imperio; sus soldados ansiaban ya el momento de repartir el nuevo botin, que al jefe tambien conviniera circulára por las colonias inmediatas, y su fama volase por el universo para que nuevos espedicionarios aumentasen sus fuerzas, y todo contribuyó á que al son de clarines y atambores se publicase un bando en que se

daban por terminadas las treguas, y se cerraba la comunicacion de los campos; esceptuándose solo á Ocollo que pudiera pasar al campamento español, acompañada de diez peruanos.

En todos los siglos no habria que buscar en los ejércitos los derechos de la razon y de la justicia; á todos se hace superior el derecho de la fuerza; pero en el siglo XVI, cuando el pontífice Alejandro daba la investidura de los nuevos continentes á los monarcas temporales que razones de política, ó de interés de la curia de Roma, asi lo exijian; cuando los que no eran creyentes de la cruz, eran mónstruos sobre la tierra que era preciso esterminar á sangre y fuego; cuando á los inocentes habitantes del Nuevo Mundo se tenian por seres que aun no correspondieran á la raza humana, Pizarro hizo un esfuerzo de jenerosidad superior á su siglo, publicando que las treguas habian terminado, y se rompian de nuevo las hostilidades, jenerosidad que ha cohonestado en la historia, el inmenso botin que le produjera la falsa estratajema del rescate.

XIII.

Atabualpa.

Rotas las hostilidades, y evacuado el campo español, era la primer urjencia proceder al reparto del tesoro entre los invasores. Aqui invocamos la tolerancia de nuestros lectores, si copiamos á la letra un testo peruano hallado en el templo de Cuzco, y le recordamos de nuevo que nuestra historia se refiere al siglo XVI. « Los primeros rayos del Sol se derramaban por las cimas de los Andes, y Luque revestido de los ornamentos de su Dios, celebró una solemne misa invocando el nombre de Jesus é implorando su gracia

para repartir los frutos de la iniquidad. El Dios de los venidos del Oriente, es un Dios codicioso de oro en los lábios de sus ministros. »

Sin que sea nuestro ánimo detenernos sobre este impío testo, diremos por convenir á nuestra historia que se procedió al reparto del tesoro; que se separó cuidadosamente el quinto para el rey de España, conservándole algunas obras preciosas de manufacturas: se distribuyeron exhorbitantes sumas entre Pizarro y los jefes, y aun se dieron á cada soldado diez mil pesos fuertes. No, jamás ha ofrecido la historia otro ejemplo de tan pronta fortuna adquirida por servicios militares, ni jamás tan rico botin se repartió entre tan corto ejército.

Tal vez pareciera que llenada la ambicion de los aventureros solo pensaran en retirarse á su pais nativo, pero Pizarro que preveyó el resultado que muy bien pudiera tener el reparto y el anterior botin, tuvo política bastante para prevenir las consecuencias. Al tiempo que les aseguraba la facilidad del triunfo, movia su ambicion pintándoles los tesoros que encerrarian Cajamalca y Cuzco, cuando tan fácilmente habian reunido el del rescate de Atahualpa, y las piedras preciosas que encerrarian las montañas y arrastrarian los torrentes. Luque infatiga-

ble, les recordaba con entusiasmo los deberes de los adoradores de Jesus, y el alma de los españoles se dilataba al contemplar que colocarian el estandarte de la cruz sobre las ruinas del imperio. El valor, la ambicion, el fanatismo, el terror de la dura disciplina de Pizarro, todo contribuia á que en nada se desmembrase la corta division, y que corriesen intrépidos á la victoria.

Muchos dias llevaba Pizarro en una inaccion que tenia por vergonzosa, acostumbrado á eternos combates, y ansiaba el momento de esgrimir de nuevo la espada para ceñirse los laureles. Por otra parte advirtieron en la ciudad cierto aspecto guerrero, y no dudaron que aun querrian intentar salvar al Inca, ó llegar de todos modos al rompimiento. Los españoles tambien por su parte deseaban arruinar los muros de Cajamalca, y el cráter del volcan ya retemblaba al ronco mujido del fuego que ardia en sus entrañas.

Luque, fanático furioso, mil veces aunque en vano, habia espuesto al Inca las escelencias del cristianismo, y cuando ya empezó á conocer que no era posible separar á Atahualpa de sus falsas creencias é idolatría, preparaba en su mente las negras hogueras inquisitoriales en que habia de entregar á Satanás aquella alma impía. Pizarro y Lu-

que caminaban siempre unidos en los planes, porque si de caracteres heterojéneos, su temple de fibra era el mismo. El ministro de Cristo repetidas veces habia instado al jeneral á que se obligára al Inca definitivamente á que abrazára el cristianismo; y asegurados los tesoros del rescate, ya nada pudiera impedir la ejecucion del proyecto.

En efecto, el mismo Luque pasó á la tienda del Inca en nombre de Pizarro, y le declaró solemnemente que si no abrazaba el cristianismo, y se declaraba tributario del gran rey del Oriente, tendria que sujetarse al fallo de un consejo de guerra, que le juzgaria como hereje y como reo de lesa-majestad. Tranquilo Atahualpa, pero enternecido, alzaba los ojos al cielo, y esclamaba doloroso. ¡Oh Dios de justicia, y asi abandonarás á tu imperio, y asi jemirán los justos! Luque en vano usó de las súplicas y de las amenazas, el Inca le respondia que ya sabia su suerte, que exhalaria su vida en un cadalso, pero que jamás seria traidor á su patria, ni apostataría del Astro luminoso que adoraba.

Sabida por Pizarro la ostinacion del Inca que tan acorde estaba con su plan, mandó reunir los principales oficiales de su corta division, y en pleno consejo se acusó á Atahualpa de hereje, y de reo de lesa-majestad.

Soto, Benalcazar, Ojeda, Mendoza, Luque, Pizarro, todos, todos unánimemente condenaron á las llamas al infelice, y solo Almagro defendia con vigor los derechos de la justicia, y de la inocencia. La oposicion era violenta, pero la muerte del Inca estaba decidida y cedería Almagro. Sin embargo, el poder que tenia en su pecho la justicia, y los ofrecimientos que hizo á Coya, le llevaran hasta tirar de su acero, y encender la guerra civil en el campo español, porque tambien contaba con secuaces; pero Luque gozaba de un májico poder sobre el alma de Almagro, cuando hablaba en nombre del cielo, porque al fin era fanático como caballero del siglo XVI.

— Almagro, le decia, los juicios del Señor son incomprensibles, él lo quiere, y Atahualpa terminará su existencia, sino al rigor de las armas españolas, al fuego de los rayos que fulmine sobre su cabeza. El Inca es un impío obcecado en la herejía, este vasto imperio solo obedece las inspiraciones del espíritu maligno, y la enseña de Sion ha de tremolar en toda la tierra.

Almagro cedió al fin, el fanatismo siempre tuvo mas poder que la inocencia y las virtudes; y el consejo condenó á muerte al Inca, si bien Almagro se abstuvo de votar. Por reo de lesa-majestad Atahualpa debiera

terminar su existencia arcabuceado; pero Luque disputó la víctima, y creyéndose aun mayor el crímen de herejía, habia de ser quemado en hogueras inquisitoriales. En efecto, qué horror! fué firmada la sentencia, — « como reo de lesa-majestad y como hereje, el Inca Atahualpa, será quemado á vista del ejército. »

Ocollo que podia entrar en las tiendas españolas para que Pizarro saciase en ella sus libidinosas miradas, era la que conservaba las comunicaciones entre Atahualpa y el consejo de Cajamalca, y la que en vano levantaba sus lamentos hasta el Sol, para salvar al Inca. Consolándole estaba en su desgracia cuando el insensible Soto fué á notificar la sentencia al monarca del Perú. ¡A quién fuera dable pintar la situacion y los jemidos de los dos infortunados esposos!

Tal vez la afliccion dió esfuerzo á Ocollo, y mandó á Cajamalca la infausta noticia, y voló en busca de Pizarro. Postrada á sus plantas, entre un mar de llanto, le suplicaba por el Sol y por la Cruz, que compadeciera sus penas, que fuese sensible á sus tormentos, que escuchára la compasion.... Pizarro empero tranquilo la levantó entre sus brazos. Tú, Ocollo, la dijo, tú puedes salvarle. — Es tan inestinguible, tan violento, el amor que en mí encendiste, que en

tí sola está su salvacion. Ríndete á mis halagos..... Trémula la desdichada ya miraba con indignacion al héroe; ya se postraba á sus plantas, ya en profundo letargo era víctima de violentas convulsiones. Todo era en vano, Pizarro en su frenesí era insensible al lloro.

Ocollo volvió á la tienda de Atahualpa; no le decia, ni mi amor, ni mis juramentos, ni mi Dios me permiten faltar á la fidelidad de esposa; sino, rindiéndome á las bárbaras caricias de Pizarro, ya hubiera quebrantado los hierros que te oprimen. «Oh, esclamaba el inocente, y no tiemblas al pronunciar esas nefandas palabras.» — Sí, Atahualpa, llega la mano á mi pecho, verás su ajitacion. Pero aun merezco tu amor, aun soy digna de salvarte, concédeme la última gracia. — Yo me rendiré al bárbaro, quebraré tus cadenas, y volaré á las cimas de los nevados Andes, y me precipitaré en las ondas, y allí sepultaré mi vergüenza, pero salvaré á Atahualpa. — Impía, esclamaba el Inca, y te atreves á proponerme tan negra afrenta!.. Las llamas me serán un lecho de flores. Todo era llanto y dolor, pero la virtud les inspiraba tranquilidad en algunos momentos.

Pizarro, ardiendo en amor y viendo la noble arrogancia de Atahualpa, no le que-

daba otro recurso que la violencia para gozar de la hermosura de Ocollo. Loco en su frenesí, burladas sus esperanzas, hubiera arrebatado á la hermosa, si Luque en nombre del cielo no le denunciara con vigor su crímen. Pero volaban los momentos, y habia de ejecutarse la sentencia, para desembarazarse del Inca y poder atacar á Cajamalca. Por órden de Pizarro pasó Soto á la tienda de Atahualpa para sacar á Ocollo y conducirla á la ciudad. Soto solo la dijo que el jeneral queria hablarla, y el Inca la recordó con firmeza los deberes sacrosantos de esposa. Cuando ya la habia sacado del pabellon de Atahualpa la intimó la precision de que marchase á la ciudad, que ya tampoco la era permitido entrar en las tiendas españolas. La hermosa en medio de su delirio, ya queria volar de nuevo á las plantas de Pizarro, ya volar al lado de su esposo y morir en su mismo cadalso, ya prorrumpia en justas imprecaciones contra los venidos del Oriente; pero Soto insensible á los tormentos de Ocollo, la arrastró violentamente hácia Cajamalca.

Cuando Ocollo se presentó en el consejo y refirió todos los pormenores de la sentencia del Inca, la indignacion y el valor brillaba en los ojos de los cándidos peruanos, y prepararse al combate, y sucumbir en el

campo de batalla, ó salvar al Inca, fué el grito universal que resonó en Cajamalca. Coya aun esperaba en la promesa de su Almagro, é imploraba á su nuevo Dios que fuese justo para que le amára.

En cuanto Ocollo salió de la tienda del monarca, Luque llevado de su fanatismo, creyó deber auxiliar al reo con los sacramentos cristianos, y pasó á ver al Inca. — Ha llegado el momento, le decia; tu muerte está decretada, y la sentencia es inalterable.

— Lo sé, sacerdote, estoy dispuesto, soy inocente, he sido justo y nada temo de ese radiante sol que me ilumina.

— Mil veces te he espuesto que la salvacion eterna solo se halla en el cristianismo, que el espíritu infernal te obceca en la herejia, y que el Dios verdadero te manda por mi boca que corras á sus brazos y abandones la idolatría.

— Ese sublime astro, decia mirando al Sol, es el Dios verdadero, derrama la felicidad en la tierra, y da vida al universo; ese es mi Dios, y ese recibirá mi espíritu.

— Acójete á la piedad de Jesucristo.

— Tu Dios no tendrá piedad porque tu eres su sacerdote.

— ¡Ay de tí Atahualpa si mueres en el pecado.

— Yo te lo suplico, Luque, marcha con tus bárbaros compañeros, di que preparen mi suplicio, pero déjame morir tranquilo, no me atormentes con tu negro fanatismo hasta cerrar mis cansados párpados.

— Morirás como hereje entre las llamas, y entre las llamas de Satanás hallarás tu eterno tormento.

— Está mi espíritu tranquilo.

Marchó Luque bramando de ira, y espuso á sus compañeros la impía ostinacion del Inca, sus blasfemias, sus sacrilejios, y su impiedad. Todos le juraron su aborrecimiento, y se prepararon las hogueras para *quemar á ese perro*, como decia Luque. El campo español estaba en tanto sobre las armas, pero si todos miraban con indignacion la impiedad de Atahualpa, aun habia sensibles y nobles españoles que conocian la injusticia de su muerte, y Almagro contaba con secuaces.

No ignoraba Pizarro que ardia en su campo la tea de la discordia, pero cauto disimulaba, y seguia constante en la ejecucion de sus proyectos.

La sentencia iba ya á ejecutarse y una grande hoguera ardía á vista de Cajamalca y de los invasores, cuando cien batallones peruanos salieron rápidos y valerosos á buscar la muerte entre las armas de los venidos del Oriente, ó á salvar á su infeliz y ado-

rado monarca. Pizarro conoció el peligro, y se apercibió con valor al combate. Soto con cien hombres elejidos guardaba al Inca y á los tesoros, y Pizarro al frente de los cuatrocientos restantes, esperaba tranquilo el desbordado torrente que le amenazaba. Algun tanto familiarizados los peruanos con la táctica y las armas de los invasores por la comunicacion que con ellos habian tenido, perdida en gran parte la veneracion relijiosa que les inspiraron, y ardiendo en sed de venganza, el combate no podia menos de ser dudoso, sangriento y ostinado.

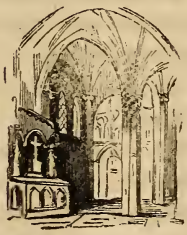
Cual un torrente, los peruanos se precipitaron sobre las lanzas españolas, y aunque el fuego del cañon, y de la mosquetería asolaba las líneas, caian valientes, pero no se daban á la fuga; volvian á rehacerse, cargaban de nuevo, y escuchaban las órdenes del bizarro Huascar. Almagro y sus secuaces, si bien conocian que no les quedaba otro recurso que la muerte ó la victoria, empero no se batian con esfuerzo, y menos inspiraban confianza á Pizarro. El combate era ostinado, los gritos de los heridos y de los acometedores, con el estruendo del cañon, resonaban pavorosos; los cuatrocientos españoles eran cuatrocientos héroes, pero ya habian sucumbido algunos, y estaban heridos muchos, al tiempo que los peruanos tal

vez se aumentaban con refuerzos de la ciudad. Pizarro conoció lo crítico de sus circunstancias, y mandó á Soto que arcabuceara al Inca, y cargára con los cien soldados escojidos.

Tranquilo el Inca se postró de rodillas ante el Sol. — « Tú lo quieres, esclamó, deidad benéfica, yo volaré á tus celestes mansiones, pero no veré la ruina ó la victoria de tu imperio. » — Cayó víctima al momento del plomo ardiente, y Soto cargó con furor en el combate. Ya los peruanos cedian, y con la llegada de los nuevos combatientes se declaró la victoria, y huyeron á la ciudad. Entre el fragor del combate, Almagro despreciando los peligros buscó ansioso á su adorada Coya para protejerla de los golpes de algun bárbaro. Ah! pérfido, le dijo, cuando le vió;—soy inocente, la repetia el guerrero, yo te adoro; y protejiéndola con su acero, en vano Coya querria dar la muerte ni recibirla.

La victoria fué al fin de Pizarro; los peruanos se encerraron en los muros de Cajamalca, pero despues de batirse con bizarría y con desesperacion. El campo quedó sembrado de cadáveres indios, pero los españoles á pesar de cubrirse con sus cotas de las débiles armas de sus enemigos, padecieron tambien algun descalabro; siete muertos

quedaron en el campo, tres fueron arrastrados prisioneros á la ciudad, y muchos heridos estaban fuera de combate. El cadáver del Inca enrojecido entre su sangre no aplacó las iras del fanático Luque; aun ardia la hoguera en que habia de haber espirado, y su cuerpo fué arrojado á las llamas como muerto en pecado y en herejía, é indignas sus cenizas de sepultura se dieron al viento. El Inca Atahualpa fué la primera víctima que el fanatismo del siglo XVI inmoló ante sus negras aras en las costas del mar del Sud, y con su ilustre nombre se abrió el martirolojio peruano.



XIV.

Cajamalca.

Aunque los peruanos se batieron con la desesperacion propia de un pueblo que combate por sus leyes, sus riquezas y sus Dioses, su derrota empero fué completa, y huyeron aterrados á encerrarse en los débiles muros; el campo quedó cubierto de cadáveres, y mil prisioneros quedaron en poder de los vencedores. Finjir ya era imposible; habia llegado el instante del rompimiento, y el oro y la sangre habian de correr de un mundo al otro. Los invasores, fanáticos y ambiciosos, no tendrian tampoco otro recurso que la muerte ó la

victoria, y la batalla de Cajamalca habria una nueva era.

Almagro combatiendo, ó por mejor decir, protejiendo á su adorada Coya, ignoraba la muerte del Inca, y cuando vió su cadáver, acabó de penetrar la reserva de sus compañeros para con él; pero si temia las acusaciones de su adorada, dominado por el fanatismo de su siglo, tal vez no compadecia la suerte del ostinado idólatra. Era preciso cumplir con las negras exijencias del siglo, y aterrar á los prisioneros, y el cadáver del Inca fue arrojado entre lúgubres ceremonias á la hoguera que aun ardia. Luque frenético, con el crucifijo en las manos, corria la línea de los prisioneros peruanos exhortándoles á adorar la cruz; un vando irrevocable condenaba á perpetua servidumbre al que no recibiera las aguas del bautismo, y los aterrados prisioneros bajaban la cerviz al sacerdote y recibian el agua de la salvacion, y en tanto el sol opaco y melancólico se ocultaba entre lijeras nuves, y sus adoradores postraban en la tierra sus frentes temblorosas, y tal vez temiendo sus iras, algunos de mas ardiente fibra prorrumpian en terribles maldiciones contra el Dios de los venidos del Oriente, y eran arrojados á las llamas, y sus cenizas se daban al viento, y ni Pizarro, ni el furioso Luque

eran criminales, porque era crímen de su siglo.

Rotas ya con furor las hostilidades, los aventureros ansiaban el momento de asaltar á Cajamalca, y dominar el imperio. Creyó el conquistador que nada debieran ignorar los magnates ni el pueblo de las sangrientas escenas de su campo, para que asi el terror estendiera sus alas por todos los ámbitos, y dió al efecto libertad á diez prisioneros, que llenos de espanto llegaron á la ciudad, donde todo se ignoraba. Cuando se supo la muerte del Inca, la quema de su cadáver, la servidumbre ó el bautismo de los prisioneros, el furor de la suerte en fin que al imperio amenazaba, el pueblo se estremecia, y en vano los sacerdotes finjian tranquilidad para procurar consuelo, y entonar á su Dios humildes súplicas.

Solemnes funerales se entonaron en el templo por el Inca y por los muertos entre las llamas, ó en el campo del combate; pero las aras del Sol jamás teñidas con sangre, no reclamaron la de los tres prisioneros españoles que se habian cojido en la batalla. Llevados al templo, presenciaron las ceremonias de los peruanos, y en nombre del Sol les preguntó Vericochas cuál era el orijen de sus ascendientes, y cuáles los motivos de su conducta. Los prisioneros, aunque

simples soldados, tuvieron la perspicacia suficiente para valerse de pomposas y enigmáticas espresiones, que aumentaban la confusion de los peruanos; bastante fuertes no temieron las amenazas de Huascar y de los guerreros, y sostuvieron con impavidez un orijen y un carácter sagrado.

Sin embargo, uno de ellos herido mortalmente, brotaba la sangre á torrentes, y la palidez de la muerte se pintaba en su semblante. Los peruanos cuidadosos observaban que la sangre era la vida de aquel cuerpo que desfallecia, observaban que sus armas habian penetrado en su carne, que la construccion del cuerpo era igual á la suya, y se convencian de que nada habia alli de sobrenatural, que los venidos del Oriente eran hombres, y que estaban sujetos á la muerte. Despojados los prisioneros de sus armaduras y cotas, observaban su construccion, y se persuadian que el arte y no la naturaleza los habia hecho invulnerables, y de dia en dia perdian los invasores aquel májico poder con que vencian antes de entrar en los combates.

Coya sumerjida en llanto apenas osaba alzar los ojos en el templo ante un Dios que habia abandonado, seducida por un pérfido amante que sepultaba en luto y ruinas á su pais nativo; y Ocollo sin consuelo conmo-

via con su ardiente y abundoso llanto la compasion y las iras de los vasallos del Inca. Vericochas recordaba á los peruanos la gratitud que debian á su Dios, y Huascar elocuente proclamaba la libertad y la gloria. ¡Oh si los peruanos tuviesen tambien armas matadoras!.....

Pizarro pensaba con ardor en la toma de Cajamalca, y se disponia á entrar en la ciudad, y cortar la retirada á los habitantes para que no pudiesen llevar los tesoros. El poderoso ejército que hubiera podido intimidarle, huyó dos veces al estampido del cañon y á las cargas de las caballería. Mil prisioneros que jemian en sus tiendas, si pudieran serle embarazosos, le eran tambien indispensables para las conducciones y trasportes de su division, y era preciso arrojarse ya decididamente á conquistar el imperio, y contando con la proteccion del cielo, que aseguraba Luque, gozosos los aventureros dividian ya entre sí las vastas y opulentas rejiones.

En el momento que los espedicionarios desembarcaron en san Mateo, y se cercioraron del inmenso descubrimiento, mandaron un barco á Panamá pidiendo auxilios á sus ajentes, y remitiendo pliegos para el gobierno, pero no habian tenido la menor noticia, ni era posible que pudiesen esperar

con certeza refuerzo ni comunicaciones; era preciso atacar, y la esperiencia les aseguraba la victoria. A pesar de lo que dominaban á Almagro el fanatismo y las preocupaciones, su pecho demasiado sensible á la ternura y á la piedad, sentia con mas poder las inspiraciones del amor. Dos veces habia aparecido el Sol en el Oriente despues de la batalla, y rotas las comunicaciones, ausente de su Coya, le era intolerable la existencia. Pizarro aunque feroz, y dominado de la ambicion, tambien recordaba con dolor los encantos de la hermosa Ocollo, y cual tígre carnicero acechaba la presa para devorarla. El fanático Luque viendo abierto el camino de su eterna salvacion en la conversion del Nuevo Mundo, ó en hacer espirar entre las llamas á los idólatras que insultaban con su culto del Sol la majestad divina, tranquilo al cielo dirijia sus preces, y era el que con mas ardor anhelaba la conquista del imperio.

Cajamalca debia encerrar en sus débiles muros opulentos tesoros; ofrecia comodidades á los conquistadores para esperar refuerzos y rehacerse, y no pudieran pasar á Cuzco, capital del imperio, sin que tomando primero á Cajamalca les sirviese de escala en la conquista. Dos noches habian pasado: el campo de Pizarro permanecia en

quietud, y los muros de la ciudad, guarnecidos de guerreros, parecian observar á los enemigos. Sin embargo, los peruanos no hallaban la mayor ventaja en sostener con ostinacion á Cajamalca, y retiraban á Cuzco aquellas cosas preciosas y monumentos históricos, ó quipos, que vieran con dolor en manos de sus enemigos; pero el oro y los metales preciosos eran á sus ojos demasiado despreciables para que pensaran en salvarlos.

Las cosas habian llegado al último rompimiento, y unó y otro campo destacaba avanzadas que observasen mas de cerca al enemigo. Almagro, aunque impropio en su carácter y graduacion, diariamente se prestaba á esta clase de servicio, porque mas fácil le fuera ver al menos á su adorada. Al derramar el Sol su torrente de luz, al levantar su frente la macilenta luna, el desdichado amante cercano á los muros, buscaba ansioso á su adorada, y sus lánguidos suspiros resonaban hasta en los ámbitos de la ciudad. Ya un dia la vislumbró entre los guerreros, allá en los muros, y tambien Coya reconoció á su Almagro. Sus elocuentes ojos se entendieron, y al espirar el dia se habian de hablar en las avanzadas.

Almagro macilento, anhelaba el instante de hablar á su hermosa, pero tambien temia su justa ira, y sus tristes jemidos. Llegó la

hora, Coya salió con la descubierta de la ciudad, y Almagro ya recorria el campo con impaciencia. No tardaron en reconocerse, y un helado pasmo se apoderó de los dos sensibles corazones. Involuntariamente, como arrastrados de un impulso irresistible, corrieron despues á estrecharse, y en mudo y elocuente silencio se tendian tiernas miradas y desfallecian los angustiados pechos, cuando Coya entre un mar de llanto esclamó inconsolable.

— Bárbaro, sino nacistes para amar, si desconoces la ternura, por qué me has hecho desdichada?

— Coya!

— Allá el profundo averno os lanzó de sus cabernas para desolar el imperio. La calma, la sonrisa, la ventura huyeron para siempre de este suelo á la llegada de los venidos del Oriente; si tú no fueras, yo quedára sepultada entre sus ruinas, pero nunca jimiera entre tan negros tormentos.

— No despedaces mi corazon, tú lo sabes, Coya, yo soy sensible y te adoro.

— Y me adoras, y me juraste salvar al inocente monarca, y el desdichado Inca fué víctima de los hijos del crímen, tus compañeros.

— Mi influencia y tu amor hubiesen sido bastantes para salvarle, pero los batallones

peruanos cayeron sobre nuestras tiendas, se encendió el combate, tal vez ibamos á ser arrollados, y la guardia que custodiaba al Inca tuvo que reforzar nuestras líneas. Yo á tu lado, salvándote de los golpes de los aceros, nada supe, ni nada pude evitar.

— Y arrojado entre las llamas se dieron sus cenizas al viento. Los nobles guerreros, que fatigados ó heridos cayeron en vuestro poder, amenazados por un puñal sacrílego abandonaron su Dios, ó fueron declarados esclavos, ó arrojados á las llamas; pero los vuestros que cedieron á nuestras armas, viven....

— Sí, Coya, tal vez un error, pero yo soy inocente..... Creeme, los inexorables destinos han marcado en nuestras armas el término fatal del imperio de los Incas; el Dios de justicia cansado de sufrir el dominio de la idolatría sobre la tierra, ha lanzado el decreto de esterminio; huye de sus ruinas, vente á mi campo, el amor nos prodigará sus májicos embelesos ....

— Abandoné á mi benéfico Dios, y aun no te basta, y habré de abandonar mi patria, y la virtud! Ah! Cuál me decia el corazon que tu amor habia de ser un negro metéoro!

— No será un negro metéoro, será el íris de calma y de ventura. Tú adoras á mi Dios, y en eternos lazos nos prodigaremos las caricias.

—Solo por tu seduccion abandoné las aras del Dios del dia, y desde entonces pálido y opáco á mis ojos, me anuncia su ira, y este es tu mayor crímen y mi mayor tormento.

— Adorada de tu Almagro, amada de sus compañeros, corre á sus brazos, huye de la ruina con que el cielo amenaza á tu pais.

— Yo quedaré sepultada entre sus ruinas, sin ser ingrata á ese Dios que me has hecho adorar; con las armas en la mano moriré por la libertad del Perú.

— Tu bien y mi felicidad lo mandan.

— No, no esperes precipitarme en mas crímenes. Por tí abandoné mi Dios, abandona por mí tus infernales compañeros; los peruanos te recibirán con los brazos abiertos, serás un héroe de la libertad y tu virtud será eterna.

— Y osaste, Coya..... jamás, jamás,....

Los dos desdichados amantes tiernamente abrazados derramaban abundoso y ardiente lloro. No corras tras la muerte, la decia Almagro; mil rayos van á caer sobre Cajamalca; la ciudad se hundirá en cenizas; huye de la muerte, evita los peligros, no quieras sepultarme en el mas amargo desconsuelo.

Siendo inútil la seduccion por una y otra parte, conviniendo en el modo de verse en lo

sucesivo, Coya volvió á la ciudad y Almagro á su campo.

Pizarro y Luque conocieron que no por mas tiempo debieran esperar noticias de Panamá, y que Cajamalca les opondria bien poca resistencia. Colocaron dos piezas de artillería en uua sierra inmediata, y tendiendo cuatrocientos hombres en diferentes posiciones, empezaron á hacer fuego á la ciudad. A pesar de que las piezas solo fuesen de campaña, las murallas y edificios eran tan débiles, que causaban los mayores estragos, y en un dia de fuego abrieron brecha. Los peruanos desconocian la táctica de sostener un sitio, sus armas eran impotentes á tiro de cañon, y en vano hubiese sido su esfuerzo. Huascar valeroso corría los muros y la ciudad y animaba al ejército; pero salidas contra el enemigo serian ineficaces, y de caro precio, segun les demostró la esperiencia al querer salvar al Inca, y sostener á Cajamalca no era de la mayor importancia. Una retirada honrosa, que salvase al ejército para fortificar á Cuzco, y batirse hasta la muerte, seria lo mas ventajoso al imperio, y el jefe y el senado dispusieron la retirada para la mitad de la noche.

Pizarro con poca jente, no podia atender á cubrir todos los puntos, pero sin embargo tenia avanzadas que observasen los cami-

nos. Se preparaba á dar el asalto al dia siguiente, cuando en la noche tuvo aviso de que el numeroso ejército se retiraba por la calzada de Cuzco. Intentar derrotarle de nuevo pudiera comprometer su corta division, no sabiendo si fuerzas que permaneciesen en la ciudad le atacarian por retaguardia, y no entraba en sus intereses empeñar un choque ostinado. Todo le decidió á esperar el nuevo dia, y cuando ya el sol doraba las cumbres, mandó avanzadas que viesen si la brecha estaba practicable, y que observasen el movimiento de la ciudad. Un sepulcral silencio reinaba en los muros y en los ámbitos del pueblo, y no cabia duda que el ejército y los habitantes habian abandonado sus lares á discrecion del enemigo. Pizarro avanzó con su columna, y sin el menor entorpecimiento, sin que viera vibrar un arco, ni amenazar una débil lanza, saltó la brecha, ocupó los muros, se derramó por las plazas y calles, y enarboló en Cajamalca el triunfante pendon de Castilla.

XV.

Servidumbre

Ciertos los vencedores de que ocultas fuerzas no les amenazaban, y seguros de su victoria, la ciudad se dió al saco, y los invasores cometieron todos los crímenes propios de la guerra. Los inocentes habitantes de Cajamalca atropellados cruelmente, se vieron hasta arrebatar los adornos de oro que los cubrian; muchos fueron víctimas de la ferocidad, tiernas vírjenes perdieron su tesoro, el casto esposo miró violada la esposa, y el llanto y los jemidos resonaban por los ámbitos de la ciudad.

El amor que Ocollo habia inspirado á Pizarro no era una pasajera ráfaga, era un fuego inestinguible que atormentaba su corazon y despedazaba su pecho. Conociendo el amor que tenia al Inca, creyó que no sobreviviese á la noticia de su muerte, y ansioso preguntaba á los habitantes por la que arrebataba su contento; y cuando supo con certeza que huia con el ejército, feroz sonrisa brillaba en sus ojos, alentado por la esperanza de poderla algun dia estrechar entre sus brazos, y saciar sus lividinosos deseos; pero los recuerdos del amor no endulzaban su alma, y en vano los desgraciados imploraban su piedad.

Vericochas marchó tambien con el ejército, no porque temiera ser víctima de sus creencias en el templo, si no porque Huascar le obligó á salvarse por no perder tan inapreciable tesoro; pero nada se sacó del santuario, porque las cosas sagradas entre los peruanos eran tan respetadas, tan inmunes que no podian concebir que la ferocidad de sus enemigos llegase á hollarlas. Despues de seis horas de furor y de saqueo, Pizarro tocó llamada y cesaron los estragos sin que el templo del Sol se hubiese hallanado para arrebatar sus adornos.

Aun teñidos en la sangre de los inocentes, cargados de los tesoros que habian ar-

rebatado, formaron los aventureros al sonido de las cajas, y el fanático Luque levantó en su diestra la cruz y se dirijió á sus compatriotas. — Este signo de victoria, clamaba, arruinó los muros y os abrió las puertas de la ciudad: largas horas habeis tenido para procuraros el precio de vuestras fatigas, algunos momentos habrán de dedicarse á dar gracias al Señor, y á bendecir su misericordia, dijo, y descalzándose, y llevando en los hombros una larga y pesada cruz, se dirijió hácia el templo del Sol, y mandó romper sus puertas. Admirados quedaron los vencedores al ver tanta magnificencia y tanto oro, y Luque en medio del comun pasmo, clavó sus centelleantes miradas en el símbolo del Sol, y en las efijies de los justos que rodeaban á la deidad del Perú.— «Sí, cristianos, esclamó encendido, sin haber aun dejado la cruz que agoviaba su hombro, ahí teneis los bárbaros ídolos de este condenado imperio; en qué os deteneis, arruinad esa pompa de Satanás!»

Para actos relijiosos los aventureros dejaban de ser soldados y de esperar las órdenes de Pizarro, eran solo fanáticos que escuchaban la voz de un sacerdote antropófago. Cual lobos ambrientos, cual heridos tígres, se lanzaron sobre las inocentes efijies, las arruinaron y despedazaron, y arrastraron

con algazara por el templo. Entonces Luque enarboló la enseña de Sion, cesó el destrozo impio, murmuró exorcismos brotando fuego por los ojos para ahuyentar á Satanás de aquel recinto, y se cantó un solemne *Te Deum* dando gracias al Señor de las victorias.

Aunque los aterrados habitantes de Cajamalca habian buscado asilo en los mas recónditos puntos, bien pronto se estendió por la ciudad el sacrilejio cometido en el templo, y los peruanos se estremecian con espanto al ver profanados tan nefandamente sus Dioses, y en sus venas ardia el espíritu de la venganza, y sus corazones sentian un valor superior á todos los peligros. ¡Cuán cierto es que el vencedor que no respeta las preocupaciones de los pueblos, algun dia se verá vencido! Los peruanos miraban la ruina de su libertad y de sus leyes, miraban arrebatar sus tesoros, violar sus vírjenes, derramar la sangre de sus hijos, y sufrian en silencio pavoroso; pero al ver profanados sus templos y arrastrados sus Dioses, estalló su indignacion y su venganza. Aun cantando el *Te Deum* los vencedores, fueron acometidos en el templo por los pocos robustos habitantes que habian quedado en la ciudad, y creyéndolo una sorpresa, se aterraron y muchos fueron víctimas del furor de los vencidos. Rehechos al fin, los peruanos fueron

sacrificados en el templo, y el fanatismo relijioso encendió los ánimos para una guerra de muerte.

Luque clamando la matanza dió á Satanás despues las almas de los vencidos, y cien dias de induljencias á cada soldado. — Esos bárbaros, esclamaba, arrastrados del demonio, que vé acabar su poder en este imperio, han querido profanar la santidad de nuestra fiesta; en la muerte y en los eternos tormentos han encontrado su digno castigo. No haya piedad, cristianos, los idólatras no conocen el arrepentimiento y la misericordia; «el que no reciba las aguas del bautismo sea quemado en nombre de Dios.» Al fulminar la sentencia parecia estremecerse todo el imperio.

En tanto Pizarro, no era mas que un cristiano que escuchaba humillado la voz del sacerdote, y temblára al pronunciar un anatema. Postrado ante la cruz daba el ejemplo de obediencia á sus soldados, y en su pecho combatia la ambicion, la sed de sangre, su amor desesperado, y el deseo ardiente de la bienaventuranza eterna. Almagro postrado tambien á su siniestra, mostraba en su semblante las marcas del fanatismo; pero nacido sensible, y con razon mas robusta que Pizarro, su corazon desaprobaba la conducta de sus compañeros, y dudaba que un

Dios de paz mirase con placer correr la sangre de víctimas inocentes. El amor de Coya, y la conducta de sus compañeros, tan contraria á sus sentimientos, cada dia le desunia mas y mas de los intereses de sus hermanos, y la guerra civil estaba muy próxima á estallar en el campo de los vencedores.

Luque infatigable en el prosilateismo, é implacable su sed de sangre cuando se trataba de la idolatría, subió al púlpito en el templo, predicó largamente á los aventureros los misterios cristianos, les recordó la pasion de Jesucristo, sentó como principio fundamental de fé, que ni aun pecado venial era dar muerte á un idólatra; y que sino recibian los indios las aguas del bautismo y hacian la profesion de fé, que era un eficaz medio de conseguir la salvacion eterna, entregarlos á las llamas para acabar con la estirpe del demonio en la tierra. Verdad es que los conquistadores del Nuevo Mundo eran en lo jeneral aventureros desmoralizados que corrian á la muerte surcando los mares por saciar su ambicion, pero eran al fin hombres del siglo XVI que humildes se postraban al hablar el sacerdote, y que callaban sus pasiones si hablaba el furor del mal entendido cristianismo: Luque exhortaba en nombre de Dios, y Luque

todo-poderoso dominaba los corazones y encendia las iras.

Alli en el mismo templo se promulgó en seguida el decreto de tres siglos de guerra desastrosa, el decreto de ignominia, que en un dia haría correr la sangre de un mundo al otro. «Todos los peruanos, decia la ley fijada en tablas, recibirán las aguas del bautismo y serán esclavos del rey del Oriente; pero si impíos se ostinan en la idolatría, serán arrojados á las llamas, y dadas sus almas al demonio.» ¡Ah inocente América! Oh siglo XVI, baldon de las remotas jeneraciones.

La ley se público en las calles y plazas, y la ciudad temblaba, y se estremecia el imperio. Los desdichados habitantes despojados de sus riquezas, llorando el esposo á la esposa, la adorada á su adorado, tal vez el anciano herido, las vírjenes violadas, todos oprimidos del inhumano dolor de ver profanado su templo, y arruinados sus altares, en helado pasmo escuchaban la ley impía. El débil anciano queria ser mártir de sus dulces creencias, el robusto mancebo ofrecia su sangre y su vigor á su deidad benéfica; la vírjen y la esposa lloraban su viudez y se arrojaban á los pies de los esposos; todo era desconsuelo; la negra servidumbre era el premio de la apostasía; las hogueras inquisitoriales el fin de sus inocentes creencias.

Insensibles Luque y Pizarro á tanto dolor y á tanto jemido, comenzaron la ejecucion del bárbaro decreto. Los infelices que fueron aprendidos, tuvieron que hacer la profesion de fé, ó espiraron entre las llamas; todos se vieron obligados á presentarse en el templo, á renegar de la relijion de sus mayores, ó á huir á las selvas escabrosas, y librarse del furor de sus enemigos. Almagro lejano de su Coya, tal vez temiendo haber perdido su amor, y sin esperanzas de volverla á estrechar entre sus brazos, aunque sepultado en un insensible hielo, no podia tolerar las atrocidades con que se insultaba al cristianismo, y se vilipendiaba la dignidad del hombre. «Persuade, decia á Luque, á estos inocentes habitantes con la elocuencia que te inspire Jesus, sácalos de la idolatría, pero el puñal no hace cristianos.» Todo era en vano, Satanás, decia el sacerdote, puede mas que la clemencia, y Pizarro defendia la esclavitud de los indios, ya porque apenas los creia hombres, ya porque sino les cargaba de cadenas, volverian fácilmente sus brazos á la venganza.

Al desembarcar en el Nuevo Mundo, como mas bien venia Pizarro á descubrir rejiones que á conquistar imperios, y como los fondos de la compañía eran demasiado cortos, despues de los cuantiosos gastos hechos

en las primeras incursiones, traía la espedicion bien pocos pertrechos de guerra, y sobre todo tenia grande escasez de pólvora y de proyectiles. Entre los invasores habia hombres de conocimientos suficientes para la elavoracion de la pólvora, y fabricacion y fundicion de los metales, y reconociendo las montañas que rodeaban á Cajamalca, hallaron las salinas y minerales que pudieran desear en la mayor abundancia. Millares de desgraciados fueron arrastrados á la esplotacion de las minas, y millares de desgraciados perecieron al rigor de un continuo trabajo, para ellos desconocido, ó cayeron sofocados en las simas de las hondas escavaciones. Sacaban las primeras materias de las entrañas de la tierra, y despues los europeos las fundian y elavoraban por sí solos, para que sus esclavos no aprendiesen á fabricar armas destructoras. ¡Los infelices peruanos labraban sus mismas cadenas!

Las riquezas que en sus cabernas ocultaban las montañas, no se limitaban á salinas, y comunes metales; en las escavaciones hallaron tambien vetas de oro y plata, que encendieron la ambicion de los vencedores, y condenaron á muerte á un millon de indios. A pesar de la abundancia de oro que tenian los americanos, desconocian el arte de la esplotacion, y jamás tomaban de las

montañas y de las corrientes otros metales que los que la naturaleza pródigamente arrojaba de su seno, y aunque las que rodeaban á Cajamalca no eran las mas fértiles del Nuevo Mundo, no dejaban de abundar en tesoros, que bien pronto se mostraban al sudor que los indios derramaban en las escavaciones, bajo la dura direccion de sus vencedores.

Sacadas grandes cantidades de sales y de azufres, fabricaron gran cantidad de pólvora, fundieron innumerables proyectiles en que se afianzaba la conquista del imperio, y labraron gruesas cadenas en que mas fácilmente pudiesen asegurar los inocentes esclavos, que tenian en su semblante las marcas de la desesperacion al verse morir de miseria, y agoviados con un trabajo que les era irresistible.

Todos los habitantes de Cajamalca y de la campiña, que recibieron las aguas del bautismo, fueron condenados á las escavaciones de las minas, y los que no quisieron renegar de sus creencias huyeron á las montañas, ó se salvaron en Cuzco de sus perseguidores. A los infelices braceros apenas se les señaló de jornal lo indispensable para el sustento, y los vencedores con espada en mano, cuidaban de activar el trabajo, y tenian derecho de herir y de matar al que

creyesen perezoso. Tan cruel despotismo llevaba á los desgraciados peruanos hasta la desesperacion, y mas de una vez se sintieron sublevaciones parciales, que siempre fueron sofocadas con atroces degüellos. Para evitar hasta el menor peligro, y teniendo abundancia de minerales, se emparejaron los trabajadores con gruesas cadenas, que al tiempo que dejaban libres sus brazos para el trabajo, abrumaban sus cuerpos y los imposibilitaban de acometer, y de defenderse. Aquellos infelices regaban con lágrimas de dolor los tesoros que maldecian.

Por algun tiempo Pizarro fué el señor de todos los esclavos en nombre del rey de España, y trabajaban en las minas públicas y eran pagados del tesoro. Pero ya su liberalidad para sostener su prestijio, ya la ambicion aun no saciada de los aventureros, hicieron que los esclavos pasasen á dominio particular por donaciones ó por compras. El señor tenia el derecho de vida y muerte en todas las sucesiones, y se procuraba la rejeneracion de los esclavos con la misma actividad, los mismos medios, y los mismos fines que los de otros cualesquiera animales domésticos que aumentaban el patrimonio del señor. En tan monstruosa política no pudiera cimentarse la conquista de un imperio! Y aun subsisten en nuestros domi-

nios de Asia y América en el siglo XIX palpitantes huellas de esa inhumana servidumbre!

XVI.

Refuerzo.

Aunque cargada de laureles y de tesoros la division invasora, se hallaba empero en las mas criticas circunstancias, y la conquista del Perú pudiera aun escaparse de entre sus manos. Solo quinientos aventureros habian desembarcado en san Mateo al mando de Pizarro, y los diferentes climas, y los encarnizados combates, habian producido bajas de consideracion entre tan cortas fuerzas. Abrumados de tesoros, habian llenado ya su ambicion en jeneral, y á no ser los jefes, ambiciosos tambien de gloria, todos deseaban volver á su patria y al seno de sus familias á

gozar del fruto de sus peligros y de su intrepidez. Almagro por otra parte, siempre opuesto al despotismo de Luque y de Pizarro, tenia tambien secuaces en el campo, y la guerra civil amenazaba mas horrores que la conquista del imperio.

Tan difíciles circunstancias no se ocultaban á Luque y á Pizarro que por todos los medios imajinables procuraban sostener la ambicion y el entusiasmo, pero sus esfuerzos no siempre tenian los resultados mas felices. Al mismo tiempo Huascar habia marchado á Cuzco con un ejército poderoso, y nuevos levantamientos de tropas hacian de dia en dia mas respetable la conquista del imperio, por fecunda que fuese en victorias la sangre de los españoles. Pizarro con tan débiles fuerzas, si ya tenia abandonados los puntos de san Mateo, y demas puertos, ó pueblos de la costa, no pudiera tambien dejar sin fuerza alguna la ciudad de Cajamalca, porque exasperados los habitantes volarian á las armas, se perdiera el fruto de sus victorias, y en caso de una derrota, no tendria un punto en que salvarse. Retirarse de Cajamalca aunque cargado de tesoros, y reembarcarse para Panamá, daria muy poco honor á su nombre, y menos lustre á las gloriosas armas españolas.

Almagro devorado de un fuego abrasador

por Coya, no podia tampoco sufrir la idea de reembarcarse sin estrechar eternamente entre sus brazos á la hermosa que habiendo recibido las aguas del bautismo, nada pudiera oponerse á tan dulce himeneo. Pizarro, violento, feroz en sus pasiones, si no conocia la ternura, la dulcísima melancolia de las inspiraciones del amor, sentia una viva pasion por Ocollo, que atizada por el orgullo de conquistador, no le permitia desistir de la idea de lanzarse sobre su víctima y devorarla. Luque, que en medio de sus fanáticos delirios cifraba su salvacion eterna en la conversion á la fé de los adoradores del Sol, antes prefiriera la muerte, que arriesgar su salvacion abandonando la conquista del imperio.

Los aventureros, que se veian rodeados de peligros y de sepulcros, cuando tenian satisfecha su ambicion, comenzaron á levantar la voz con enerjía para volver á Panamá, y ni Luque ni Pizarro podian hacerles tomar las armas sino para la propia defensa. La guerra ofensiva parecia haber llegado á su término, y la vida de los jefes peligró mil veces, sin que Pizarro pudiera castigar á los sediciosos. Largos dias permaneció la division en Cajamalca en tan violento estado, sin que nada supiesen de la colonia, y menos de la metrópoli. Ni un solo español

habia quedado entre san Mateo, Tumbez y Cajamalca, para estar á la vista de los desembarcaderos, y guarnecer el largo camino; los peruanos, si vencidos, aun no estaban domados, dificil fuera que los invasores recibieran auxilios, y todo el valor de Pizarro, y todo el fanatismo de Luque, podia apenas contener á sus aventureros.

En tan amargo estado, el sol tocaba la mitad del cielo en un sereno dia, cuando Pizarro y Luque vieron brillar á lo lejos resplandor de cotas y de armas. Tal vez creyeron que ya disciplinados y armados sus enemigos, les provocaban á las armas, pero cual fué su sorpresa al ver que eran españoles, que eran sus hermanos, que volaban á su ayuda. Fernando, hermano del gobernador, del jefe de los aventureros, conducia de Panamá, de Guatemala y de Nicaragua ochocientos aventureros sedientos de los tesoros del Perú.

Pizarro cuando descubrió el Perú, corrió sus costas, y se posesionó de Tumbez, mandó á su hermano á Panamá encargado de estender por todas partes las gratas nuevas que daban á la ambicion un porvenir venturoso, y en los pliegos que remitia al gobierno, las riquezas se exajeraban hasta lo infinito, y las colonias y la metrópoli debian de ponerse en movimiento. Asi fué en

efecto; en cuanto se publicaron en Panamá los partes de Pizarro, y se estendió la nueva á las islas inmediatas, centenares de aventureros corrian á alistarse en las banderas de sus ajentes; y los capitalistas adelantaban presurosos cuantiosas sumas para su equipo, seguros de ser reintegrados con ventaja. En breve tiempo pudo darse Fernando á la vela con una fuerza, en aquel tiempo respetable, y asi solo pudiera asegurarse una conquista ya vacilante en la falta de recursos que sufrian los invasores.

Dificil fuera pintar con sus propios coloridos aquel placer y aquella sorpresa que Luque y Pizarro marcaron en sus semblantes al verse reforzados con ochocientos combatientes. Por muchas horas duraron los no interrumpidos abrazos y sollozos, y Luque levantaba las manos al cielo, y bendecia su misericordia. Lejos de Pizarro la idea del temor cuando solo con Luque meditaba sus críticas circunstancias, era demasiado intrépido, de valor bastante para no temer la muerte en medio de su arrojo, pero su muerte seria infructífera, y aumentara la osadía de sus enemigos. Si á Luque consolaba la idea de haber predicado ya el Evanjelio en el Nuevo Mundo, y haber hecho centenares de neófitos, le despedazaba tambien la

de no poder acabar de arrojar á Satanás del dilatado imperio. Almagro mismo, Almagro que mezclaba su llanto, con el llanto de los desdichados vencidos, celebró igualmente con entusiasmo la llegada de Fernando, porque alimentaba sus esperanzas de volver á mirar á su hermosa Coya.

Si bien Fernando habia penetrado con Pizarro hasta Tumbez, nada sabia de lo interior del imperio, y guiado por las noticias que los aterrados peruanos le suministraban en las travesías, sufriendo mil privaciones y penalidades, pudo solo llegar á Cajamalca llevado del estruendo que seguia á los movimientos de la division de Pizarro. El relato de tan complicadas y difíciles aventuras llenó á los españoles por muchas horas, asi como la descricion de los combates, de las victorias y de los inmensos tesoros y ruinas del imperio.

Fernando no era mas que un simple conductor de las fuerzas, y en cuanto llegó á Cajamalca las entregó á Pizarro, como jefe de la conquista, y gobernador de las tierras que descubriese y conquistase; Almagro era su lugar teniente, y Luque el vicario jeneral de todo el imperio, segun los superiores nombramientos de la metrópoli.

En cuanto Pizarro se vió con un refuerzo que triplicaba las fuerzas que tenia, pensó

en marchar sobre Cuzco, y acabar de un golpe la conquista del Perú. Los nuevos aventureros que habian reforzado sus líneas, si bien visoños, y no aclimatados en el Nuevo Mundo, debieran inspirarle una confianza completa; sedientos de tesoros, fanáticos, inhumanos, todo les guiaba á la victoria, y todo les hacia dignos campeones de Luque y de Pizarro. A pesar del rigor de la disciplina, por las razones ya indicadas, habia una completa insubordinacion entre los vencedores de Cajamalca, y Pizarro conoció que no le era ventajoso tener en su division soldados que no le inspirasen confianza, y que introdujesen la discordia, y publicó un bando inmediatamente para que pudiera, el que gustase, regresar á su patria en los buques que surtian en san Mateo. Asi, no solo conseguia que le siguiesen hombres decididos, sino tambien que marchando los aventureros á sus paises, cargados de oro, la ambicion concitára guerreros al Nuevo Mundo, que consolidasen mas su conquista.

Doscientos hombres pidieron su licencia y marcharon á Tumbez y á san Mateo; y aun quedaron en campaña otros doscientos, que con los ochocientos que condujo Fernando formaban segun el osado jefe la fuerza bastante para marchar sobre Cuzco. Preciso era dejar alguna fuerza en Cajamalca y esten-

derla hasta la costa para asegurar las comunicaciones de la metrópoli y las colonias, y asegurar á los desgraciados esclavos empleados en las escabaciones de las minas. Cien hombres guarnecieron á Cajamalca, y otros ciento se estendieron á Tumbez y á la costa, quedando á Pizarro ochocientos que habian de formar el ejército ó division de operaciones.

En breves dias se activaron los preparativos y provisiones, y la osada division estaba pronta á marchar sobre la capital del poderoso imperio. En las bruñidas cotas y refuljentes lanzas, brillaba el esplendor del magnífico trono de Carlos V, y en las rugosas y melancólicas frentes se destacaba el terror del fanatismo relijioso del siglo XVI con sus negros caracteres.

XVII.

Cuzco.

El campo de Cajamalca abundante en provisiones de primera necesidad, proporcionó á la division espedicionaria todos los recursos necesarios, y ricas en minerales las montañas que la rodeaba, les habian tambien suministrado salitres y proyectiles suficientes para pensar en grandes empresas. Cuatro mil desgraciados esclavos que jemian bajo las imperiosas órdenes de Pizarro, servirian de acémilas para los trasportes, y la division espedicionaria tendria toda la movilidad que el activo conquistador y las necesidades del

momento reclamaran. El valiente capitan Manuel Ojeda quedó encargado del mando de la ciudad con cien veteranos soldados que la guarnecian; y oficiales subalternos, dependientes de sus órdenes, mandarian los destacamentos que se estendieran por Tumbez y san Mateo, para tener protejida la retaguardia, facilitar los desembarcos, y asegurar las comunicaciones con las colonias y la metrópoli, y asi los denodados aventureros rompieron su movimiento sobre Cuzco con estruendo y algazara, no cual si marcháran al combate, sino cual si entonáran ya la victoria entre los despojos del botin.

El ejército peruano al mando de Huascar, reconocido universalmente por sucesor del Inca, y jefe del imperio, habia entrado en Cuzco, donde reforzado con nuevos levantamientos de tropas, subia á una fuerza de setenta mil hombres completamente equipados segun su modo de hacer la guerra. Nada ignoraban de las violencias cometidas por los invasores en Cajamalca; sabian las víctimas que inmolaban en las escabaciones y esplotaciones de las minas, y conduccion de los trasportes; sabian la inicua ley que los condenaba á renegar de sus dulces creencias y á la esclavitud, ó á morir entre las llamas, y todo el ejército, animado por el valiente Huascar, estaba decidido á morir en

el campo de batalla, ó hundirse entre los escombros de Cuzco, antes que ser esclavos de los venidos del Oriente. Un respetable congreso de ancianos contribuia con su consejo al réjimen del imperio; y Vericochas, hablando en nombre del Sol á los peruanos, con el lenguaje de los dioses, no con el de la muerte y el esterminio, encendia dulcemente los ánimos para ser víctimas gloriosas, antes que ingratos á los beneficios del Astro luminoso.

Ocollo inconsolable lloraba á su adorado Inca; sus virtudes y su pura castidad la merecieron el respeto y la admiracion de Huascar, de Vericochas, y del senado; y en los actos relijiosos era la primera que juraba ante las aras del Sol, morir por la relijion y la libertad de su patria, y al recordar el lividinoso amor que Pizarro la declaró en los angustiados momentos, se conturbaba su corazon y se horrorizaba su alma. Coya llena de fuego, abrasada de amor por Almagro, solo hallaba consuelo cebándose en su mismo dolor. Almagro era su alentar y sus delicias, habia conocido la simpatía de sus almas, y Coya era la víctima mas triste del amor. Habia renegado de sus creencias, y hecho la protestacion de fé á un Dios que no conocia, pero que adoraba por ser el Dios de su Almagro. La sombra de su patria con-

turbaba sus sueños, la sombra de su adorado la despedazaba el corazon.

Tal era la posicion de los héroes del imperio; todos jemian, y su llanto era estéril á su patria. Huascar valiente, osado, sensible, de conocimientos muy superiores á los de sus compatriotas, era el ídolo del ejército y del senado, y obraba con la mayor actividad para prepararse á la guerra; sin embargo conocia la superioridad de las armas de los venidos del Oriente, y dudaba de la victoria. Sus primeros cuidados fueron espiar á los enemigos, y saber con anticipacion sus movimientos, y supo la llegada de las nuevas fuerzas, y la marcha de Pizarro sobre Cuzco. Aunque los peruanos ya muy lejos de creer que los invasores fuesen hijos del Sol, ni deidades, se desanimaron al saber que recibian refuerzos, suponian ya un plan muy combinado, y matar á cincuenta ó sesenta de sus opresores, habia costado mas de quince ó veinte mil víctimas al imperio de todos rangos y distinciones; pero siempre nobles y humanos conservaban la vida de un corto número de prisioneros que tenian en su poder. La fuerza moral de los ejércitos tal vez estaba nivelada, la ambicion de los invasores y su negro fanatismo decretaban el esterminio de los peruanos; la relijion y la libertad del impe-

rio reclamaban la sangre de los invasores.

Veinte jornadas distaba Cuzco de Cajamalca, y habia desfiladeros y montañas que guarnecidas de cortas fuerzas peruanas no dejaron de causar embarazos á la division espedicionaria; pero en estas lijeras escaramuzas siempre fueron vencedores los europeos, aunque sufrieron empero algunas pérdidas, y admiraron de nuevo el heróico valor y la bravura selvática de los peruanos. Todos los dias se les ofrecian ejemplos de guerreros que imitando á los griegos de las Termópilas, corrian á una segura muerte, ya para salvar á sus compañeros, ya para hallar en el sepulcro un asilo inviolable á su libertad y relijion. Pizarro y los suyos denodados arrollaban á sus enemigos, y se preparaban á nuevas victorias; el valor de los castellanos en el siglo XVI era la admiracion de la Europa, el Nuevo Mundo la cuna de los héroes, y el trono de los godos una encumbrada montaña que desdeñando la tierra se ocultaba entre el cielo.

Despues de mil fatigas, la division española dió vista á Cuzco y se estremeció el senado, el ejército y el pueblo. Públicas eran las escenas de Cajamalca; Cuzco, la capital del imperio, era el último suspiro de su libertad y de su culto, el sepulcro se entreabria bajo los pies de los guerreros, y el

sonido de las roncas cadenas aterraba al infante y al anciano. ¡Oh! malditos tesoros! mas valiera que la naturaleza os hubiera lanzado en las simas de los cabernosos mares, y la tierra no se empapára en sangre de inocentes!

Cuando Almagro descubrió los muros de Cuzco, una dulce sonrisa brilló en sus mejillas, y una halagüeña melancolía se fijó en sus miradas; alli estaba su hermosa Coya, sus delicias y su tormento. El bien de su patria mandaba la conquista del imperio, sus sentimientos relijiosos, la destruccion de las aras del Sol; Coya adoraba al Dios verdadero, pero Coya amaba ardientemente á su patria, y su amor seria un lúgubre fantasma que atormentára su existencia, en cuanto no fuese una sola la patria de los dos amantes. En las escaramuzas del camino se habian cojido muchos prisioneros peruanos, á todos preguntaba Almagro por su adorada, y todos le respondian derramando un copioso llanto, « Coya es descendiente de los Incas, es hija del Sol, su patria es su ídolo, y morir por su patria son todas sus delicias. » Coya si en un momento de ternura, de arrebato, víctima del amor, abandonó su culto, con copioso llanto habia purgado su perjurio, y vender á su patria no seria su segundo crímen.

La division española teniendo que arrostrar muchos combates, y habiendo marchado con rapidez, tomó algunos dias de descanso á vista de Cuzco, para rehacerse de sus fatigas, y para observar la política de los sitiados. A Cajamalca llegaron los españoles como amigos, y unas cómodas tiendas, abastecidas de víveres, y una campiña coronada de frutos, les ofrecieron cómodo descanso y abundante sustento; á la llegada á Cuzco solo hallaron cerradas selvas que les proporcionárán abrigo, y robustos troncos para atizar las hogueras; pero la campiña estaba desolada, y Pizarro halló no pocos embarazos para proporcionarse víveres, porque todo lo habian arrastrado los peruanos dentro de los muros.

Si con su sola division de ochocientos hombres hubiera atendido á todo, hallára aun mayores obstáculos, pero cuatro mil esclavos le condujeron los trasportes desde Cajamalca, y escoltados de algunos castellanos, corrian las campiñas de Cuzco, y conducian víveres de largas distancias. Estos desgraciados, que huyendo de la muerte, sin haber abandonado su corazon el culto del Sol, recibieron las aguas del bautismo, trasportaban cada uno cinco arrobas, peso muy superior á las fuerzas de un peruano, y á centenares caian en los caminos abruma-

dos y sofocados de sus cargas, ó desfallecian entre sudores por falta de alimentos. Los invasores faltos de caballos, y persuadidos por la esperiencia del terror y los estragos que ocasionaba la caballería en sus enemigos, hasta los caballos de tiro de la artillería los habian montado, y los esclavos arrastraban los cañones, que tronaban contra sus hermanos. En los terrenos quebrados y en las refriegas, el inexorable látigo del señor estaba siempre levantado, y el infeliz que caia era atropellado y despedazado, y con la velocidad del rayo se reemplazaba por otro mas desgraciado, que aun vivia para sufrir. A pesar de ser los esclavos un número quintuplo que los invasores, no les era posible sublevarse contra sus señores. Un grueso cuerpo de reserva cuidaba de sujetar la multitud, y al menor síntoma de desobediencia se ponia á tormento al que se llamaba reo, y la sangre de cien inocentes corria para terror de sus compañeros.

Tendida la division por las amenas vegas de Cuzco, se preparaba á la toma de la ciudad y á la ruina del imperio. El ejército peruano no cabia dentro de los muros, y poderosos cuerpos vagaban por la comarca, ya sosteniendo las comunicaciones de la capital, ya presentando formidables amenazas á los enemigos. Todos los dias se trababan

escaramuzas mas ó menos considerables, pero nunca se aventuraban choques decisivos, porque uno y otro ejército los evitaba observandose mútuamente. Los invasores conocian su corto número, y los peruanos temian los efectos de las armas europeas; mas Pizarro siempre intrépido y fogoso, siempre un torrente irresistible, arrastraba tras sí el carro de la victoria, y cada dia aumentaba una hoja á su corona de laureles. ¡Oh! si hubiese sido sensible!.....

Almagro que no veia á su Coya, detestaba su existencia, y el sol no brillaba fúljido á sus ojos. Algun tanto mas unido con sus compañeros, inspirándoles siempre la dulzura, les habló al fin un dia con un lenguaje propio á su carácter. — Tal vez para conquistar el Nuevo Mundo no será necesario enrojecerle en sangre; la dulzura, la admiracion y la persuasion nos darán mas segura victoria. — No, reponia Pizarro, solo en la destruccion puede cimentarse la conquista del imperio. — Los idólatras, añadia Luque, solo en las hogueras abjuran de sus ídolos: Jesucristo y Satanás no transijen.

Almagro elocuente, ya llevado de los impulsos de su corazon, ya arrebatado del deseo ardiente de ver y hablar á su Coya, les hizo conocer los caprichos de la fortuna en

la guerra, lo precioso de cada gota de sangre castellana que se derramase, y al fin los redujo á que él se encargára de un mensaje á la ciudad en que se les ofreciesen condiciones para ser tributarios del rey de España, y abrazar el cristianismo; y al menos una vez en el siglo XVI prevaleció la voz de la razon y de la humanidad sobre el furor del fanatismo.

XVIII.

Mensaje.

Huascar elocuente y animado de todas las virtudes, no solo daba ejemplo á sus guerreros de despreciar los peligros, sino que tambien á cada instante les arengaba con entusiasmo sobre los encantos de la libertad, y les pintaba el rujido de las ponderosas cadenas que amarrarian sus brazos, si se dejasen vencer de los venidos del Oriente. Vericochas en el templo inspirado de la gratitud, pregonaba los infinitos dones que el padre del dia derramaba sobre la tierra, lo obligados que estaban los hombres á su culto, y el horroroso

perjurio, el negro crímen que seria abandonar el culto de sus mayores, el culto de la razon, por el Dios de unos hombres insensibles, que no arrastraban al ejercicio de sus creencias sino con el puñal y las hogueras.

Enardecidas las almas, los peruanos se arrojaban valientes á la muerte, y el valor de los españoles se veia mil veces comprometido. Pero los castellanos eran la admiracion de la Europa en el siglo XVI, su impavidez les habia dado el imperio de dos mundos; Pizarro era tan arrojado como halagado de la suerte, y al rigor de sus armas matadoras cedian los numerosos ejércitos del imperio. La sangre de los infelices enrojecia las amenas campiñas de Cuzco, los cimientos de la ciudad ya retemblaban al estampido del cañon, cuando presentando bandera blanca ante los muros, hizo señal Almagro á los sitiados que se celebrarian acomodos amistosos.

Dificil era la posicion de los ejércitos, unos y otros apenas tenian mas eleccion que la muerte ó la victoria, no solo era guerra política, era tambien guerra relijiosa, y la lúgubre historia de las preocupaciones y del fanatismo, ha teñido de sangre las pájinas de la historia, mas que las sucesiones de los tronos, y la ambicion de los reyes. Ventajo-

so fuera el acomodo á unos y otros combatientes, pero no entraba en lo posible conciliar los intereses mútuos; la usurpacion y la libertad, el fanatismo y la tolerancia, no tienen punto alguno de contacto. Al fin Huascar y el consejo resolvieron permitir la entrada á Almagro que acompañado de dos caballeros se habia acercado á los muros.

A pesar de cuanto Coya disimulaba el fuego que ardia en su pecho, su amor era conocido de los magnates del imperio, pero los peruaños tolerantes, y seguros de las virtudes de la heroina, jamás vituperaron su conducta, ni dudaron de su fidelidad y de su amor á su patria. Al contrario, Coya que fijaba sus delicias en repetir el nombre de Almagro, á todos contaba sus virtudes, á todos aseguraba que no podia ser de la raza de los venidos del Oriente, y el nombre de Almagro, no se miraba con odio entre las víctimas de los vencedores. Cuando Coya vió que era el conductor de la embajada, cuando vió cercano el momento de hablar de nuevo á su adorado, aseguró que presentía un feliz porvenir, que le decia su corazon que cesarian los horrores, y renaceria la calma y la ventura.

Coya precipitada corrió á la puerta, y los dos sensibles amantes enmudecieron en un éstasis profundo. Aquellos resentimientos de

la muerte de Atahualpa, volaron de la mente de la hija del Sol, y solo la ternura inspiraba las almas. A cuán caro precio vende el amor sus delicias á los sensibles pechos! Un llanto involuntario corria por las mejillas de los dos amantes, y sus lágrimas parecian maldecir el rigor de su suerte, pero Coya al lado de su ídolo le repetia entre sollozos. « Una dulce mirada de amor recompensa un siglo de tormentos. »

Los peruanos conocian muy bien los nombres de los españoles, y sobre todo los de los tres jefes de la espedicion, y el de Almagro era querido en el imperio, porque eran conocidas sus virtudes: ya á un esclavo le dió libertad desprendiéndole de la dura argolla, ya salvó de la muerte á un desdichado esposo, ya socorrió las aflicciones de los vencidos, y todos respirando gratitud habian publicado en Cajamalca, en Cuzco, y en el ejército, su beneficencia y su piedad. Un pueblo inmenso, ensangrentado, con las marcas de la agonía en su semblante, rodeaba al guerrero por las plazas y calles en un funeral silencio; y el consejo y el emperador reunidos en el foro esperaban con impaciencia al mensajero.

Preciados mármoles y pórfidos cubrian el pavimento del salon espacioso, planchas de oro y plata sencillamente dispuestas soste-

nian la techumbre, y vistosas plumas de mil colores guarnecian los espacios con delicado artificio. Conducido allí Almagro, reinaba un silencio sepulcral en la asamblea y en el inmenso auditorio, cuando Huascar se levantó de la silla de la presidencia y esclamó con tranquilo acento. — Guerrero, los peruanos saben sepultarse entre las ruinas de su patria antes que ceder con ignominia; habla si traes paces decorosas; sino, marcha, y dí á los tuyos que abran nuestros sepulcros. » Un sordo murmullo de aprobacion conmovia la asamblea, y Almagro prorumpió elocuente. —No, inocentes peruanos, los venidos del Oriente no gustan de sangre y de esterminio, quieren vuestra amistad, y ser vuestros hermanos. — El candor y la sonrisa brillaba en la asamblea, y lágrimas de ternura interrumpian los sollozos. Coya sin arrancar sus miradas de Almagro le parecia ya gustar la copa deliciosa del amor en medio de la calma, y bendecia al Dios de verdad que adoraba.

« Sí, Almagro, proseguia Huascar, el imperio conoce tus virtudes, y no duda de la sinceridad de tus palabras: pero recuerda los ofrecimientos amistosos que hicieron tus compañeros desde el desastrado instante en que pisaron este suelo; recuerda toda su historia, y las sangrientas escenas que hemos

recorrido, y bien sabes que no podemos deponer las armas y esperar en nuevas promesas. »

— No, peruanos, yo afianzo el convenio, mi espada os responde de su santidad y de su cumplimiento. — Habla, digno hijo del Sol, ídolo del imperio, prorumpió una voz desconocida del consejo.

— Los españoles venidos allá de lejanos climas donde el sol nace, continuaba Almagro, han debido á su laboriosidad y á su ventura, sino un alma mas sensible que la vuestra, una razon mas ilustrada, y tal vez mas robusta. Vosotros lo habeis observado, nuestra razon y no nuestros brazos han vencido vuestros numerosos ejércitos. Nuestro monarca, señor de dilatados paises, rije un formidable imperio, y su soplo, cual el soplo del Omnipotente, bastará á sepultar vuestro pais. La mano eterna que rije este universo que os admira, tambien nos prodigó sus dones, y nos ofreció la inefable bienaventuranza. Jesucristo, el hijo del Señor, bajó á la tierra en forma de hombre, y muriendo en la cruz nos reveló misterios, nos admiró con milagros, y nos dejó la fé y el bautismo para conseguir la salvacion eterna. Acaso vuestra razon no penetrará en estos hondos arcanos; pero si adorais al Dios de los españoles, si sois vasallos de su gran

monarca, cesarán las crudezas de la guerra, y vuestros hermanos os ilustrarán gustosos, os pondrán en el camino de la salvacion y os harán felices.

Un profundo silencio reinaba en la asamblea mientras hablaba Almagro, hasta que Huascar prorumpió de nuevo. — Jeneroso español, si tus compañeros tuvieran tus virtudes, fuéramos vuestros hermanos y no corriera la sangre, ni volára el destrozo. Conocemos la superioridad de vuestra razon, de vuestros adelantos, y gustosos os imitáramos á costa de los tesoros que cubren este suelo. Pero mira el sol luminoso que arde sublime en medio del firmamento; por él renacen las flores y crecen los frutos; su lumbre anima al universo y reanima á los hombres; mira cuan desgraciado es el mundo cuando se sepulta en los mares y nos abandona á las tinieblas. El deber, la gratitud, el ejemplo sublime de nuestros mayores, nuestra razon, todo nos lo presenta á nuestros ojos como el primer ser del universo. Su inocente culto ha hecho la felicidad de estas rejiones, y seria el mas negro de los crímenes preferir su abandono á la muerte. Nosotros desconocemos á vuestro Dios, solo hemos visto las horrorosas hogueras en que han espirado los infelices que no han abrazado vuestro culto, hemos visto

la sangre inundar nuestras campiñas, hemos visto vuestros perjurios, y los tormentos y las llamas nos son un lecho de flores antes que faltar á nuestras creencias relijiosas. Si quereis paces, el primer artículo será la inmunidad de nuestros templos y de nuestra libertad política.

Almagro en tanto derramaba lágrimas de ternura y de compasion. «Dignas de la salvacion son estas almas, decia para sí; Jesucristo iluminará su razon, y les revelará sus dogmas. — Sensibles peruanos, repetia, no me presento á vosotros como un guerrero y menos como un conquistador, solo como un hombre sensible que os ama y os desea la ventura. Vuestra sensibilidad y vuestras virtudes os hacen dignos de la felicidad terrestre, y de la bienaventuranza eterna; creed á quien os ama, abrazad el culto de Jesus, sed vasallos del gran rey de España, y que cese el llanto y el destrozo.

Como sacerdote del imperio, prorumpió Vericochas, mio es el derecho de responder á tus acomodos relijiosos, y el pueblo y el senado tal vez respetarán la opinion del sacerdote. Adorando al padre del dia floreció el imperio dilatados siglos, la gratitud inspira á sus adoradores, pero el astro luminoso quiere en sus hijos el convencimiento de la razon, no las modulaciones de los lá-

bios. Si ese sublime Dios en que tú crees inspira las almas de los peruanos, y la razon les arrastra á su culto, felices os sigan vuestros prosélitos, pero tranquilos tambien alabemos en nuestros templos al Dios que inflama los dias, los que jamás seremos ingratos á sus beneficios. Yo en nombre del Sol os lo demando, peruanos, que antes que le veamos amenazarnos con sus iras entre tinieblas, antes que dejarle de adorar, si no os cautivan la razon, hundámonos bajo las ruinas dél imperio.

Violentos gritos por todas partes prestaban los juramentos que Vericochas exijia, y Almagro levantaba sus palmas al Dios verdadero porque sacára aquellas almas de la idolatría.

— Yo como vuestro monarca, esclamó Huascar, contestaré en cuanto á nuestra libertad política, y el pueblo y los sacerdotes quizá aprobarán mi voto. Lejos de mí la ambicion del mando, jamás por sostener mi trono sería perjuro á mi patria. Nuestras leyes políticas han labrado la felicidad de nuestros mayores, en nuestras leyes está cifrada nuestra ventura, y si pudieramos lanzar á los mares á los venidos del Oriente, nuestra sangre regaria el árbol de nuestra felicidad. Mi voto es el de la guerra : para ser desdichados no lloremos las miserias

de la patria, la tumba nos ofrece mansion tranquila.....

— No, Huascar, le interrumpió Almagro, no te dejes arrebatar del valor y del entusiasmo. Yo os lo juro otra vez, nosotros haremos vuestra ventura, no queremos esclavos, queremos hermanos, queremos ser felices con vosotros. Corred un velo diamantino sobre lo pasado, confiad en mis juramentos.

Un anciano consejero alzó la voz y dijo: la paz ó la guerra deciden de la suerte del imperio; retirándose el enviado podremos con mas libertad y acierto decidir la suerte de nuestra patria.—Coya, que en medio del consejo no podia ocultar el amor que en su pecho ardia, ni la inquietud que devoraba su alma al recordar la lúgubre noche que abandonando el culto del Sol recibió las aguas del bautismo, se apresuró á invitar á Almagro á que fuese á descansar á su palacio, en cuanto el consejo deliberaba. El noble guerrero que si bien anhelaba las paces llevado de su corazon sensible, el amor de Coya, la ventura de mirarla, de hablarla un instante, le habia llevado á Cuzco, vió llegado el momento por que ansiaba su corazon, y el júbilo y la sonrisa brillaban en su rostro. Empero esclamó presuroso, ¿y mis tiernos compañeros que fueron vencidos por

vuestras armas, viven aun, bendicen vuestras virtudes, puedo estrecharlos entre mis brazos? — Sí, Almagro, respondió Huascar, en el ejercicio de su culto, tratados con la dignidad de hombres, ni han sido condenados á la dura argolla de esclavos, ni el puñal, ni las hogueras los han arrancado de la creencia de Jesus para adorar al Dios del dia.— ¡Oh almas sublimes! Yo os juro de nuevo mi amor; mi espada será el baluarte de vuestra libertad; Jesucristo iluminará vuestra razon, y tál vez un dia vendecireis á los venidos del Oriente, dijo Almagro, y seguido de Coya y de un pueblo numeroso, salió del senado para abandonarse á las caricias del amor mas puro.

Coya, descendiente de los Incas, hija del Sol, y princesa del imperio, tenia un sencillo palacio adornado con vistosas plumas de mil colores, con techumbres y pavimentos de mármoles y de oro. Alli conducido Almagro, inflamado su pecho de amor, ardiendo sus miradas en las miradas de Coya, sin mas testigos que lucidos acompañamientos que cubrian las lejanas puertas y los ámbitos de los salones, como arrebatado de un torrente, de un huracan, se arrojó á los pies de Coya, al tiempo que Coya humedecia con su llanto á su noble y jeneroso amador. — ¡Oh deidad sublime! la decia; ese llan-

to de piedad aun publica tu amor, aun tú me amas? — Ingrato! — No, Coya, yo te amo tanto como al ambiente de la mañana, tanto como al fulgor de la aurora, tanto como á mi Dios. Un llanto involuntario brotaba por las mejillas de los dos amantes, y profundos sollozos interrumpian sus palabras. — ¡Oh Almagro! recuerda aquella noche solitaria, aquel arroyo cristalino en que abandoné el culto de mis mayores, en que fui perjura á mi Dios recibiendo las aguas del bautismo.... Yo adoré á Jesus, no porque le conociera, sino porque era el Dios de mi Almagro; mi crímen ha quedado en lo profundo de mi pecho sepultado entre tinieblas y en eterno misterio; pero al postrarme ante las aras del Sol, negros remordimientos han despedazado mi alma y solo la memoria de Almagro me consolaba en mis delirios..... Ingrato, y volverás al campo de los tuyos, y desolarás la patria de tu Coya, y tal vez sentado sobre mi sepulcro ni una lágrima, ni un suspiro te merecerá mi memoria! — Ay Coya, tu nombre repitiendo, adorando tu nombre, bendiciendo tu hermosura, dando mil lágrimas á tu memoria, he visto cien veces sepultarse el sol en los abismos de la tierra, y le he visto otras tantas nacer de las simas de los mares. La esperanza de verte, de hablarte, de jurarte mi

amor, ha sostenido mi existencia y me ha hecho invencible en los combates. — Y tal vez ya te preparas á darme el adios postrimero. — Yo te buscaré entre las cerradas selvas, entre las flechas de tus guerreros, en los desconocidos mares.....,

— Entre las ruinas de mi patria, entre los cadáveres de los peruanos, me buscarás tal vez nadando en sangre. — Acaso Almagro la hubiera jurado por su Dios abandonar á sus compañeros, y esgrimir su espada por la independencia del Perú, pero la hermosa Ocollo, cubierta de luto, con la tristeza y el dolor en su semblante, entre un numeroso pueblo llegó tambien al palacio de Coya buscando á Almagro. — Tú que eres sensible, perdonarás, guerrero, los delirios de una infeliz que tus compañeros condenaron á la viudez y al lloro. Los restos del infeliz Atahualpa, sus cenizas, existen aun en vuestro campo? Si existen, hijo del Sol, yo te lo ruego, vuélveme tan inapreciable tesoro para que las riegue todos los dias con mi llanto. — Ah! desgraciada Ocollo, fueron dadas al viento, murió en la idolatría. — Murió con la virtud. — Yo no fuí criminal. — La historia pregonará el crímen, las remotas jeneraciones odiarán á sus matadores — Consuela tu llanto, divina Ocollo, piensa solo en la felicidad de tu patria; tu hermo-

sura y tus encantos podrán mas que los numerosos ejércitos. — Solo á mi triste patria puedo ofrecer la estéril ofrenda de mi llanto. —No, Ocollo, puedes salvarla de sus ruinas, puedes romper las cadenas de los esclavos, puedes vencer al conquistador de tu imperio. Pizarro te ama con furor, tus miradas penetraron en su pecho y encendieron en él un volcan horrible, tú lo sabes, él te reveló el secreto, tú puedes amar..... — Al matador de Atahualpa! —Lo dicta el bien del Perú. — Es sacrificio superior á mis fuerzas, la sombra de Atahualpa, qué horror!....

Almagro que conocia el impetuoso carácter de Pizarro, y el amor que ardia en su pecho, al ver la firme resolucion de la hermosa, presajió los mas enlutados destinos en el porvenir del Nuevo Mundo. Fijando elocuentes miradas en su Coya, vamos, la decia, ya el consejo habrá decidido la suerte del imperio. Ocollo, Coya y Almagro entre lucidos acompañamientos marcharon al consejo en la mayor zozobra. Ya los consejeros habian deliberado, y presentaron las paces al mensajero.

— Si tus compañeros, esclamó Huascar, quieren las paces, dignas son de su valor, y del poder de su gran monarca; pero si reusan nuestras proposiciones, no espereis hu-

millacion en los peruanos, sosteniendo sus leyes y sus templos quedarán gloriosamente sepultados entre las ruinas de su patria. Desde el infortunado momento en que pisaron este suelo, hemos sido víctimas de nuestra inocencia, y no de nuevo nos entregaremos á la buena fé, sino se nos ofrecen garantías.

— Almagro prorumpió, yo soy el encargado de contratar las paces: no faltarian mis compañeros á sus juramentos: dificil es daros satisfactorias garantías; pero si desoyeren los preceptos de nuestra santa relijion, yo os juro por Jesucristo que abandonaré sus filas, que combatiré á vuestro lado; tambien tengo secuaces en mi campo, y tal vez comprometerian la victoria.

— Tus virtudes han merecido la confianza del imperio, repuso Huascar, tu juramento es bastante; contigo seria nuestra la victoria: oye pues el convenio.

1.° Los templos y las leyes del Perú serán inmunes, y solo los peruanos podrán reponer ó variar sus leyes políticas y relijiosas.

2.° Los españoles vivirán bajo el imperio de las leyes de su monarca, y en el libre ejercicio de su culto.

3.° Los españoles podrán predicar su relijion va liéndose de la persuasion para convertir á su creencia.

4.° El imperio del Perú pagará al gran monarca del Oriente anualmente cien arrobas de oro, y doce mil de plata.

5.° Los españoles podrán vender y comprar libremente en el Perú.

6.° Canje de prisioneros.

Estos son los convenios, repetia Huascar, nada puede variarse de los artículos; si quereis las paces, si Almagro garantiza los juramentos, cesarán la muerte y los estragos; pero si buscais nuestro oprobio, os declaramos la guerra hasta hundirnos en polvo.

Almagro escribió detenidamente los artículos, y esclamó al consejo: dignas del gran monarca del Oriente y de vosotros son las paces, yo las acepto; yo procuraré que mis compañeros las juren ante los Santos Evanjelios, y entonces Almagro responderá de su inviolabilidad. Mas, peruanos, un medio sencillo nos ofrece la suerte para estrechar nuestros lazos; Ocollo suspira en la viudez, Pizarro la idolatra; que la hermosa ante las aras le dé el dulce nombre de esposo.

— Al matador de Atahualpa, gritó Ocollo, yo solo puedo detestarle.....

Vericochas contestó que el amor era inviolable en el Perú, que solo á Ocollo tocaba responder al guerrero. — Yo le detesto, repetia. —Dí á Pizarro que sofoque su amor, prorumpió Huascar, que el imperio no man-

da sobre los corazones, que Ocollo no puede amarle.

Mil reflexiones con ternura hizo Almagro al senado, pero en la frente de Ocollo brillaba el aborrecimiento que su alma tenia á Pizarro, y no era posible acomodo, porque los peruanos jamás harian á la hermosa víctima de sus intereses. Despues de prodigar el español tiernos abrazos á Huascar, á Vericochas y á los consejeros, les suplícó, le permitiesen abrazar tambien á los prisioneros; lloró con ellos tiernamente, les prometió que en breve tornarian á su campo y á su patria, y gozoso salió de la ciudad para tratar los convenios con sus compañeros.

La hermosa Coya juró de nuevo su amor á su adorado: mil ternuras y mil caricias le aseguraban el de su Almagro, y felices miraban cercano el término de sus tormentos. Coya aunque educada entre los ejércitos bendecia las paces, y Almagro aunque nacido entre el ruido de los aceros, solo en las paces hallaba el medio de gozar las caricias de su Coya. Los peruanos conservaban sus leyes y sus templos, en nada su honor se degradaba; si pagaban inmensas sumas á los españoles tambien aprenderian sus ciencias, sus artes y su civilizacion, unos y otros serian felices, los siglos y las costumbres estrecharian sus lazos, en España cor-

rerian los torrentes de oro del Perú, y amigos y hermanos libres, les serian mas ventajosos que desgraciados esclavos. Asi lo dictára la razon, y lo mandára el bien de las naciones, pero en el siglo XVI, en la corte de Carlos V y sus delegados, la espada y la cruz pesaban mas que la razon, mas que la humanidad y mas que el bien de las naciones.

XIX.

Victoria.

El estampido del cañon no aterraba á los cuzqueños, las armas no brillaban á los rayos del Sol, y entre los dos ejércitos reinaba la calma mas profunda. Almagro salió de la ciudad, lleno de las dulces esperanzas que su razon, su sensibilidad y su amor le inspiraban; y el senado y los peruanos esperaban tranquilos el resultado definitivo de la negociacion. Coya al frente de sus batallones, parecia ya perder aquel entusiasmo guerrero que en las lides intestinas la habia conducido á la victoria; la languidez del amor brillaba en su semblante, y el amor endulzaba su alma, y

realzaba sus encantos. Ocollo sumerjida en dolor, lloraba por Atahualpa, y la ruina de su patria; recordarla el nombre de Pizarro era su mayor tormento; el matador del Inca no podia hollar la tierra al mismo tiempo que la hermosa.

Llegó Almagro á su campo, y Pizarro y Luque infatigables no pensaban en honrosas paces para los peruanos; pensaban solo en tender y desarrollar sus planes de destruccion y de conquista á sangre y fuego. Empero, esperaban con impaciencia al mensajero, para conocer el estado de abatimiento en que se hallara la córte segun las propuestas de paces que entablase, y para acabar de conocer el valor y el entusiasmo de los jefes del ejército. Almagro lleno de contento abrazó á sus compañeros; paces dignas, les repetia, de vuestro valor y de la grandeza de nuestro soberano nos ofrece el imperio: estas son las condiciones, serán nuestros hermanos, harán nuestra grandeza, y nos deberán su ventura. Si aceptais las paces como la razon y el interés lo dictan, no serán de nuevo violados los juramentos, mi espada ha respondido de su santidad. — Pizarro y Luque callaban con misterioso silencio.

Vistas las condiciones que llevaba Almagro, Pizarro gritó que queria esclavos, y

Luque que en nombre de Jesus, pedia la demolicion de los templos del Sol. — No, ni treguas, ni paces, decia el gobernador, jamás. — El honor de las armas españolas, el interés de mi monarca dicta la guerra; los peruanos amarrados á la cadena adorarán la cruz, y arrancarán del centro de las montañas los tesoros para adornar el trono del rey de Castilla. — Tú lo sabes, Pizarro, le imterrumpió Almagro, criado en la guerra, he sido el primero en volar á los peligros, la muerte no me intimida, el deshonor me aterra; combatir y morir por mi patria han sido mis delicias, y será mi gloria. Pero el interés de nuestro monarca, la razon, la equidad, todo dicta las paces que nos ofrece el imperio; vuestro escesivo celo, vuestro valor tal vez os arrebata. Condenados los infelices peruanos á la argolla de la servidumbre, despedazados por nuestras armas, su raza desaparecerá de la tierra; y hombres y ciudades serán mas provechosos que cadáveres y escombros.

Luque henchido de fanatismo gritó desmesurado: y tú, Almagro, y tú verias los templos de los idólatras, y no temerias las iras de tu Dios?—Mi Dios, respondia Almagro, iluminará su razon con la antorcha de la fé, conocerán su omnipotencia y adorarán su misericordia. El puñal y las llamas

no cautivan la razon, arrancan solo frias palabras de los lábios, jamás mueven las almas, y Jesucristo quiere el culto interno; el esterno es pompa vana. — Satanás se apodera de tu corazon; implora la piedad del Dios que adoras.—Luque se estremecia de horror: Pizarro sepultado en profundo silencio resolvia allá en su mente sangrientos planes... Y Ocollo, le decia á Almagro, es accesible á mi amor, ceden sus encantos al poder del vencedor del Perú? — Tal vez tus halagos y caricias podrán cautivar su alma, si oye tu pecho la ternura, pero ahora se estremece al oir el nombre de Pizarro.—Se estremece!— La sangre de Atahualpa está aun corriendo en su memoria. — Y el amor, decia Luque, habrá de arrebatar los preciosos momentos que debeis á vuestro Dios y á vuestro rey! Pensad solo en la conquista del Perú, despreciad la vana pompa de Satanás; Ocollo y Coya están inspiradas del demonio para sembrar la discordia en nuestro campo; oid la voz de vuestro vicario, hijos mios, corred á las armas, proclamad la victoria, no provoqueis las iras del Señor, no querais que os fulmine el terrible anatema. — Escuchad la piedad, clamaba Almagro. — Tu Dios manda la victoria, decia Luque. — El honor de las armas españolas pide la destruccion, esclamaba Pizarro.

En vano fuera la mediacion de Almagro; el fanatismo jamás transije, la ruina del imperio estaba decretada. Su corazon en tanto sufria el mas crudo tormento. No admitiendo las paces acaso no volviera á mirar á su adorada: Coya al frente de los guerreros volaría á la muerte, el sepulcro arrebatára sus delicias, ó el encarnizamiento de la guerra los separára eternamente. Pizarro al contrario, solo en la guerra hallaba sus esperanzas para con Ocollo; su carácter no le permitia doblegarse á la ternura, y el orgullo de vencedor podia en su alma mas que las inspiraciones del amor.

Mil ideas atormentaban á Almagro. Renunciar á su amor no le era posible; vender á su patria era un crímen; atentar contra su vida una moral opuesta al cristianismo. En tan lastimoso estado, enajenado en delirios, corrió cerca de Cuzco: volad á las armas, dijo á los peruanos, Luque y Pizarro se niegan á las paces; decid al senado que Almagro no ha podido enternecer las almas de sus compañeros, que está la ruina del imperio decretada; decid á Coya que la adora Almagro.—Veloz tambien como el rayo huyó de los muros, y volvió á sus tiendas, dejando llenos de terror y confusion á los cuzqueños; y en tanto Luque y Pizarro observaban cuidadosos los raptos de su

compañero; se prevenian á asegurarse de una traicion á sus armas, y preparaban el golpe para destruir á un jefe que bajo ningun concepto les pudiera ser útil en sus planes.

No se manejaron los acomodos con tanto secreto que todo el campo español no supiera las condiciones que ofrecian los peruanos, y si el mayor número estaba por el asalto y la rapiña, tambien Almagro tenia secuaces, porque habia hombres sensibles. Empero, Pizarro violento en sus órdenes, al desobedecimiento seguia la muerte, y Luque hablando en nombre del cielo, tenia un mágico poder sobre los fanáticos del siglo XVI. Uno y otro supieron aprovechar los momentos, dando precipitacion á las evoluciones militares, no dejando asi lugar á los raciocinios y á las conjuraciones, y Pizarro amenazaba con la muerte, y Luque con la escomunion. Dar el violento paso de deponer á Almagro pudiera comprometerlos en los momentos mas críticos, y resolvieron conformes seguir disimulando hasta completar la victoria.

En la ciudad se advertia un rápido movimiento; los gritos de Almagro bien pronto cundieron hasta el consejo, y resonaron en los mas lejanos ámbitos de Cuzco; todos corrieron á las armas: Huascar infatigable animaba con su entusiasmo á los guerreros, y

los sacerdotes del Sol, con falaces agüeros y profecías, derramaban la confianza entre los valientes. Coya inflamada por el amor de su patria, despedazado su corazon con la memoria del abandono de sus altares, admirando por otra parta las virtudes de Almagro, abultadas á sus ojos, animaba tambien á los soldados; y todos volaban á la muerte entonando cánticos al Sol y á la libertad.

Pizarro tendió de nuevo su division, y comenzó feroz el combate. Casi ya arruinados los débiles muros, se estremecian al estampido del cañon, y caian derrocados. Tres veces Pizarro al frente de su columna avanzó al asalto, tres veces los peruanos lidiando con indefensos pechos contra las cotas y los aceros, rechazaron de los muros á los españoles; millares de cadáveres peruanos servian á los sitiadores de escala para el asalto, pero el valor de los indios superior á los peligros y á la muerte, no se aterraba al silvido del plomo ardiente, ni al fulgor de los aceros. La lucha era sangrienta, los españoles aguerridos é invulnerables á las armas de sus contrarios, cedian empero al número y al esfuerzo, y el estandarte del imperio ondeaba tranquilo sobre los muros.

Tanto tiempo Pizarro batallando en el Perú, conoció la táctica y el modo de hacer

la guerra de los peruanos. Ya por seguras observaciones, ya por noticias que tomaba de los prisioneros, sabia que cogiendo el estandarte del imperio el ejército se declaraba en fuga, y era del enemigo la victoria. Persuadido de esta idea formó su sistema de ataque. Puesto á la cabeza de cien soldados escogidos, y apoyado por toda su division en columna cerrada, marchó rápido hácia el estandarte, que ondeaba en las ruinas de la brecha. Allí Huascar y los principales guerreros hicieron prodigios de valor: allí la muerte con cien garras devoraba mil víctimas en cada instante, corria la sangre, volaba el destrozo, pero el irresistible esfuerzo de Pizarro, sus armas, su disciplina habian de decidir de la victoria, y Pizarro blandiendo la espada en su diestra, con su siniestra arrebató el estandarte, y el ejército del imperio se declaró en fuga presurosa.

Los vencedores llevando tras sí el esterminio, se lanzaron sobre la ciudad, y mas bien se dieron al saco que á seguir los restos del ejército vencido; pero Pizarro previsor, y acechando siempre á la hermosa Ocollo, al tiempo que victorioso invadia la capital del imperio, ordenó al intrépido capitan Soto, que con toda la caballería, cargase á los restos del ejército que huia por las vegas de la campiña, hasta apoderarse á todo

trance á sangre y fuego de la hermosa que adoraba, ofreciéndole si lo conseguia toda su decisiva proteccion para sus ascensos, y una inmensa parte en el botin de Cuzco. Asi Pizarro, si Ocollo habia quedado en la ciudad, se apoderaria de ella; si huia con el ejército, era posible que fuese prisionera del intrépido Soto; y la conquista de Cuzco creía que tambien le asegurára el triunfo de sus ardientes deseos, y solo el sepulcro pudiera salvar á Ocollo de su irresistible perseguidor.

Los peruanos perdiendo su capital perdian todo el imperio: las inmensas llanuras solo les presentaban sepulcros, si ya débiles y aterrados osaban de nuevo medir sus brazos con las armas irresistibles de los españoles. Empero, las cordilleras de los Andes aun les ofrecian el recurso que Cuevadonga á los godos; entre las escarpadas é innaccesibles montañas podian conservar su libertad física y su existencia para llorar las ruinas del imperio.

Veinte mil peruanos cayeron al furor de los aceros; veinte mil depusieron las armas al arbitrio de los vencedores; muchos huyeron á remotas playas, y aun muchos siguieron á Huascar y al consejo á las cimas de los Andes. Ocollo, que tambien huia, como débil mujer, no era posible siguiese por mucho

tiempo la fuga del ejército; Soto acuchillaba irresistible la retaguardia de los vencidos, y en vano mil peruanos vendieron cara su existencia por salvar á la hermosa que fue al fin prisionera de Soto, y marchó con ella orgulloso á la ciudad. Coya, suspirando por Almagro, suspirando por su patria, jimiendo por sus guerreros, siguió batiéndose, y arrojándose á la muerte; pero el plomo y los aceros respetaron su preciosa vida y se salvó con los suyos en los Andes.

Pizarro dió al saco á la ciudad, derramó el terror por todas partes, y sentado sobre las ruinas de Cuzco, señoreaba vencedor el imperio de los Incas: Luque levantaba las manos al cielo y daba gracias al Señor por la victoria; y Almagro en un profundo estupor parecia petrificado á la vista de los trofeos de las armas españolas. El trono de Cárlos V en los hombros de Pizarro sobre una montaña de oro subió hasta el cielo; el Sol luminoso desde este glorioso dia no se ocultaba jamás para los dominios españoles. Cuando se sepultaba entre las ondas para dar descanso á la poderosa corte de los godos, comenzaba á brillar para los nuevos hemisferios, donde sus esclavos estraían de las entrañas de la tierra los tesoros con que se engalanaba la corte de Castilla. Paulo III, desde el Baticano, veia brillar la cruz sobre las playas de los

mares del Mediodia, y para el antiguo mundo y para el cristianismo se abrió una nueva era á mediados del siglo XVI.

XX.

Duelo.

La toma de la capital, y la completa derrota del ejército decidió la suerte del imperio. Al saltar Pizarro los débiles muros de Cuzco, señoreó los confines del vasto territorio de los Incas; el terror tendió sus alas sobre el Perú, el pendon de la cruz tremoló vencedor sobre las ruinas de los templos del Sol, y los súbditos de los Incas doblaron la cervíz al poder del rey de España. Cojido que fué por Pizarro el estandarte de los enemigos, el ejército se puso en fuga presurosa. Huascar seguido de una pequeña division y acompañado de los

magnates del imperio se salvó entre las fragosidades de los Andes, y por largas horas la ciudad se dió al saco y al destrozo.

Despues de haber saciado la ambicion los aventureros, Pizarro pensó en consolidar su sistema político, y en estender sus órdenes como gobernador del imperio. Los mismos decretos, la misma conducta que se observó en Cajamalca se repitieron en Cuzco; los habitantes fueron condenados á servidumbre y á renunciar á sus creencias relijiosas recibiendo las aguas de la salvacion, y el despotismo militar, atizado por el mas crudo fanatismo, formaron las bases del gobierno del Perú. Los vencedores, déspotas en todos los siglos, se han sepultado bajo los mismos escombros qne su furor ha derrocado.

El lúgubre silencio de la muerte, interrumpido por los jemidos de los moribundos, y las conminaciones de los vencedores, reinaba en la ciudad y en la campiña, y Pizarro despues de tres dias de permanencia en Cuzco diseminó la mayor parte de su fuerza en pequeñas columnas al mando de los mas valientes capitanes para que recorriesen los ámbitos del territorio, y pusiesen al corriente las comunicaciones de las órdenes de la capital. Apenas sin resistencia recorrian las comarcas los destacamentos; pequeñas ordas de peruanos huian aterrados, y en po-

cas semanas la dominacion española se estendió á todos los confines del imperio.

Ocollo, como hemos indicado, fue hecha prisionera por el capitan Soto en la retirada, pero Huascar llevó tambien consigo muchos prisioneros españoles, que hasta entonces habian sido tratados, no como enemigos, sino como hombres que sucumbieron obedeciendo las órdenes de sus jefes; mas cuando supo las atrocidades de Cuzco, se apoderó de su pecho la desesperacion, juró ante el Sol hacer la guerra á muerte, y los prisioneros fueron despedazados por el furor de los vencidos. Aquellos hombres sensibles, aquellos hombres que inspirados por una relijion dulce y de ternura se contentaran con vencer á sus enemigos, y lanzarlos á la otra parte de los mares, se transformaron en tígres carniceros que devoraban cuanto hallaban á su paso. Perdida su libertad y sus leyes, arruinados sus templos, amarrados á la ignominiosa argolla de la servidumbre, la sangre solo podia saciar su venganza; al aspecto de la muerte se pintaba en su semblante la alegria, y el sepulcro era la mansion de paz de los peruanos.

Tal seria en lo sucesivo la guerra que hiciesen los Incas; los venidos del Oriente serian el objeto de su ódio implacable, la sed de venganza se transmitiria á las jene-

raciones, y el suelo del Nuevo Mundo se enrojeceria de sangre. Un pueblo que difundiendo su libertad llega á la desesperacion, es un torrente furioso que arrastra tras sí la victoria. Un pueblo que pelea por su libertad y por sus preocupaciones, es invencible.

Cuando Pizarro supo que Ocollo habia sido hecha prisionera, creyó colmados todos sus ardientes deseos. Ya habia domado el Perú y miraba muy cercano el triunfo de su amor; Ocollo habia de ceder á sus instancias amorosas, ó la voz del conquistador habia de aterrar á la desdichada. Soto entró en la ciudad despues de algunos dias, y Ocollo sumerjida en llanto, destrenzados los cabellos, se presentó ante el vencedor del imperio, y despedazada de dolor, pero con fria tranquilidad, esclamó: — Sí, Pizarro, ya sé mi suerte, no creas que débil me postraré á tus plantas, suplicando una existencia que detesto. Cuando la vida de Atahualpa exijió mi llanto, yo le derramé sobre tus plantas; ahora solo padece Ocollo. — Pizarro, como arrebatado de frenesí, cojió del brazo á la hermosa y la separó un tanto de los españoles que la observaban. — Mira, infeliz, esclamó, mira mi poder y tiembla mi ira. Tú que amabas á Atahualpa podras sentir el delirio del amor. Tu hermosura, Ocollo, encendió en mi pecho una hoguera inestin-

guible si no consigo apagarla entre tus brazos; cede á mis halagos, tú mandarás en el imperio, y yo seré tu esclavo, y seré venturoso. — Solo puedes hallar tu ventura entre escombros y cadáveres, ya serás feliz.— Mi alma cede tambien á los encantos; tú sola ahora me oyes.... esta pompa de vencedor, esas montañas de oro, de trofeos, todo lo trocára por tus caricias; compadéceme y tiembla.— Estoy tranquila.—Amame, Ocollo. — Estás salpicado con la sangre de Atahualpa.—Mi patria la exijió.—Su amor manda que te aborrezca.

Pizarro, por mucho tiempo pálido, helado, víctima de la sorpresa y del furor, parecia un ser inanimado; mas cual el huracan arrebata la débil caña, asi asiéndola furioso arrastró tras sí á la casta esposa hasta sus soldados. — Volad, que muera, esclamó desencajado; y tranquila Ocollo, ni un suspiro, ni una sola lágrima conturbaba su semblante. La pasion de Pizarro no era desconocida del ejército, y al mirar sus violencias, su misterioso silencio, bien pronto penetraron la causa que arrebataba la víctima al suplicio, y un sordo susurro conmovia á los aventureros. Almagro al fin, lleno de valor y de nobleza, alzó su voz al dirijirle Ocollo sus lánguidas miradas, y prorumpió resuelto:

— No, Pizarro, no esperes arrastrar al suplicio esa cándida víctima; yo soy caballero cristiano, mi relijion y mi sensibilidad mueven á un tiempo mi espada: Ocollo no morirá sin que antes midamos los aceros.» — El furor brillaba en los ojos de Pizarro; la calma en el semblante de Ocollo y de Almagro, y la turbacion en las actitudes de Luque y de todos los aventureros. Pizarro, no acostumbrado jamás á verse desobedecido, y menos de un hombre que miraba con odio, y como su subalterno, con la rapidez del rayo tiró de su espada para arrojarse sobre el sensible caballero, y Almagro en el momento se dispuso tambien á la defensa. Tan noble y tan valiente guerrero contaba con secuaces en el campo, y un movimiento eléctrico se comunicó á la masa: los aceros fulminando bullian en sus vainas, y la guerra civil amenazó en un momento con todos sus horrores. Luque, bastante político para conocer los resultados de la esplosion que miraba ya estallando, tomó segun costumbre la voz del cielo para desarmar las diestras. — Jesucristo os mira, hijos mios, el anatema os amenaza, suspended el furor. — Algun tanto se retrajeron los aventureros, pero los jefes estaban ya sordos á la voz del sacerdote, y en vano entre las espadas levantaba la cruz el vicario. — A la voz de

Pizarro cede el universo, esclamaba el gobernodor. — Almagro no le teme, contestaba su lugar teniente. —Defiéndete, malvado. — Guarda tu pecho. — Benalcazar y Soto procuraban tambien detener los rabiosos aceros, y Luque logró al fin que se suspendiese el duelo hasta que separados de la tropa se batiesen como caballeros.

No por el convenio se debilitáran los resentimientos, ni se disminuyera el furor. Se convino en que Ocollo quedase custodiada por veinte soldados, diez elejidos por Pizarro, y diez por Almagro; y uno y otro mandaron enjaezar sus caballos para salir al combate. La desgraciada Ocollo lloraba sin consuelo al contemplar la posicion de Almagro, de su jeneroso defensor, y congojosa clamaba. — No, Almagro, no espongas tu preciosa existencia por dilatar mis tormentos; la muerte es mi único consuelo, el término de mis penas: vive, jeneroso guerrero, vive para adorar á Coya y para labrar su ventura. — Ya no era tiempo, el honor vale mas que la vida y los amores; Almagro habia de vencer ó ser vencido.

Ya en la tarde se reclinaba el sol en Occidente, cuando los dos guerreros acompañados de Luque, Soto, Benalcazar y toda la division española, salian briosos al combate. A corta distancia de Cuzco habian de cru-

zarse los aceros, y la primera vez el Nuevo Mundo gozára el agradable espectáculo de ver desgarrarse el pecho entre sí sus conquistadores, alzándose entre sus discordias el árbol de su libertad y de su independencia. Apenas hubieron llegado al sitio, se tomaron las distancias, y se desembainaron los aceros: los pálidos rayos del espirante sol, brillaban melancólicamente en las celadas, yelmos y cotas, y las lúgubres ceremonias de Luque, y el abatimiento de los observadores, realzaban el espectáculo con todo el sublime de la caballería. Luque postrado en la tierra, y levantando las manos al cielo, rogaba al Dios eterno que iluminase las irritadas almas, y salvase al cristianismo, pero los guerreros se aprestaban por momentos á comenzar el combate. Solo se esperaba la señal del acometimiento; dió Soto la señal, y se lanzaron el uno contra el otro, como rabiosos tígres. Aspas de molinos impelidas del huracan parecian las espadas; su reflejo era un blanquecino relámpago que jamás desaparecia, y el rujido de las cotas asemejaba á los truenos de lejanos horizontes, que sordamente se dilatan entre fragosas sierras. Los golpes se sucedian con la velocidad del rayo, y el valor y la pericia hacian sus últimos esfuerzos. Los caballos aguijoneados por la aguda espuela, relincha-

ban emblanquecidos de humeante espuma, y el sol huyendo del temeroso espectáculo se sepultaba en las montañas, y solo mandaba á la tierra un débil crepúsculo. En vano los combatientes intentaban con los fulminantes aceros abrir paso á la muerte; las diestras desfallecian fatigadas, y las sombras de la noche se estendian por el cielo. Los espectadores, que inmóviles habian admirado á los combatientes, dieron señal de suspender el combate, y Luque alzó la cruz entre las espadas. Entre caballeros en el siglo XVI, al suspender el duelo, desaparecian las iras, los enemigos se trocaban en compañeros que brindaban alegres en los festines hasta volver al combate, y Almagro y Pizarro eran demasiado corteses y caballeros para no ovedecer á las inspiraciones de su siglo; todos se retiraron á la ciudad, y se entregaron á las delicias de un banquete entre los víctores de los soldados.

Ocollo en tanto conservaba su tranquilidad de alma, en una cómoda prision correspondiente á su alta jerarquía, pero su pecho estaba combatido de los mas crueles tormentos. En medio de sus enemigos, rodeada de los matadores de Atahualpa, presenciando escenas de horror, oprimiéndola la memoria de Huascar, de Coya y del consejo, que al fin vivian libres, ya anhelaba morir para

terminar sus penas, ya le era la vida preciosa por ver la suerte de los que se salvaban en los Andes. Almagro no la abandonó; despues del combate, sus primeros cuidados fueron consolarla, y al dia siguiente habia de volver al duelo en su defensa.

Coya, que merced á la lijereza de sus peatones supo la jenerosa conducta de Almagro con su tierna amiga, Coya que supo que la existencia de Almagro y de Ocollo peligraban á un tiempo, no pudiera permanecer entre los suyos sin volar á las inmediaciones de Cuzco en defensa de sus dos prendas, á costa de cualesquiera peligros. En vano el consejo se opuso á sus planes; Coya manifestó con encantos irresistibles que acompañada de pocos y ájiles guerreros hostilizaria la campiña de Cuzco, y el intrépido Huascar, ardiendo ya en sed de sangre, aprobaba el plan de Coya, en cuanto él preparaba nuevo ejército con que entrar en feroz campaña.

Los peruanos á costa de torrentes de sangre habian ido aprendiendo el arte de la guerra de los españoles, y se habian familiarizado con el relinchido de los caballos y el estampido del cañon. Con los prisioneros habian cojido algunos caballos, y Huascar y Coya hacian ya la guerra sobre los cuadrúpedos que tanto terror les inspiraron. La ena-

morada guerrera al frente de mil peruanos cayó sobre la campiña de Cuzco, no solo llevada del ardiente anhelo de ver á su Almagro, sino tambien con el deseo de procurar la salvacion de su querida Ocollo, ó hallar gloriosa muerte. Cuando Almagro supo que Coya se aproximaba á la ciudad, ya el fuego de su amor era irresistible; en medio de sus delirios creia que su amor era solo el que guiaba á la hermosa; pero bien veia por otra parte, que un formidable ejército huyó vencido al esfuerzo de los conquistadores: ¿qué pudiera prometerse Coya con mil guerreros mas que una segura derrota? Huascar habia dado cruel muerte á los castellanos que habian sido vencidos; Pizarro derramaba horrores en Cuzco, y en todo el imperio; solo el negro pendon tremolaba en las playas del Mediodia, y Coya hecha prisionera espiraria entre tormentos. Ocollo no sentia ya fuerza para soportar sus penas, mil veces prefiriera la muerte á la desgracia de Coya, y Almagro aun tenia por ella que batirse.

Poco á Pizarro intimidára la fuerza que conducia Coya: un corto destacamento bastaria para vencerla; pero Luque como acostumbrado á prever, temió de su influencia en los castellanos, ya satisfechos de tesoros, y conoció lo crítico del campo español con

las disensiones intestinas. Le pareció que lo que mas convendria á la causa del cristianismo seria valerse de toda la influencia del sacerdocio para suspender por algunos dias el duelo de los jefes, y asi procurar la union, procurar que Ocollo cediera al amor de Pizarro, ó preparar á Almagro un golpe á que no pudiera resistirse. Tal fué su actividad, tal el poder que sobre los fanáticos del siglo XVI ejercia el vicario, que triunfó al fin, y se suspendió por diez dias el duelo.

Como la fuerza de Coya no era imponente, y apenas hostilizaba, contentándose con ocupar los montes vecinos y protejer la emigracion, no se procedió tampoco con actividad á su persecucion, y solo un corto destacamento, entorpecido cuanto era posible por Almagro, cuidaba de que no bajasen á las campiñas, ni embarazasen las comunicaciones. Benalcazar mandaba el destacamento; Balanzar, aunque ocultamente era el primero de los secuaces de Almagro, y jamás Coya peligrára.

El enamorado caballero luego que la noche estendia su negro manto, en su veloz caballo marchaba á los montes en busca de su adorada, á pesar del ódio y eterna desconfianza que inspirára á sus compañeros. El violento carácter de Luque y de Pizarro no podia tolerar por mas tiempo á un compañero,

que lejos de cooperar á la destruccion del Nuevo Mundo, entorpecia todos sus planes, y sembraba la discordia; el rompimiento era indispensable, y Almagro seria víctima de su furor porque asi importaba tambien al trono de Castilla y á la curia romana.

XXI.

Política.

Preciso será que suspendamos por un momento la rápida narracion de los sucesos, y nos detengamos á tender una lijera ojeada sobre el siglo XVI, y examinemos la situacion política de Europa, y por consecuencia la situacion política tambien en que habian de constituirse los nuevos continentes á donde la ambicion lanzaba á los europeos. El vasto imperio del Perú, como hemos visto, obedeció las órdenes de Pizarro, y como pais conquistado, y mas en aquella aciaga época, habia de sufrir precisamente un horrible despotismo militar, y solo en las fragosidades del los Andes se respiraba el balsámico ambiente de la libertad y de la in-

dependencia; pero el corto ejército del imperio, refujiado en las montañas, no pudiera reflejar rayo alguno de esperanza sobre su patria. El imperio de los Incas habia desaparecido bajo las huellas vencedoras de Pizarro; Pizarro como conquistador era el jefe absoluto del imperio, y á la voz de Pizarro se estremecian las conquistadas playas.

Como ya hemos visto tambien, al llegar Fernando á Cajamalca con los ochocientos aventureros de Panamá y colonias inmediatas, muchos de los ya enriquecidos con el inmenso botin, tomaron sus licencias y volvieron á sus hogares cargados de tesoros. Las consecuencias eran naturales; la ambicion habia de ponerse en rápido movimiento por los inmediatos continentes, y asegurada la comunicacion con Panamá, Darien y colonias comarcanas, millares de nuevos aventureros, volarian al imperio destrozado de los Incas, ansiosos de aplacar su ambicion en sus inagotables fuentes de riqueza. Asi fué en efecto, y todos los cercanos continentes se desplomaban sobre la bahía de san Mateo; y Cajamalca y Cuzco, y todos los pueblos de alguna importancia se infestaron de nuevos aventureros, que ó ya engruesaban las filas de las fuerzas de Pizarro, ó ya por otros medios menos honrosos contribuian cuanto les era dable á la espoliacion del pais

conquistado, pero haciendo cada cual una aventajada fortuna. En brevísimos dias pues, se abrió asi un activo comercio por toda la estension de las playas del Mediodia, pero con el sello de la mala fé, de la violencia y del robo, porque en un pais dominado por la espada y el fanatismo, fuera imposible pensar en honrosas transaciones comerciales. Despreciables manufacturas se vendian á precios exorbitantes; los deliciosos frutos del Perú, se esportaban con un quintuplo de lucro, y cual un rio caudaloso corria hácia Europa el oro y la plata del opulento imperio de los Incas.

Pero por lucrativos resultados que ofreciera tan vergonzoso comercio, otra fuente se ofrecia mas abundante y rápida á la ambicion, cual era la *minería*. Aunque Pizarro daba el sello de empresas reales á cuantas escabaciones y esplotaciones se emprendian de importancia, aun quedaban grandes recursos á la laboriosidad y á la industria. Los torrentes arrastraban tras sí variadas piedras preciosas; las montañas arrojaban como fuera de su seno vetas de oro y plata, envueltas en espesas capas que desconocia la multitud, y la inculta riqueza del Nuevo Mundo llenaba todas las ambiciones. Las mismas empresas de rey necesitaban de cien brazos industriales para sus inmensos trabajos,

cuyos lucros eran ilimitados por la absoluta falta de contabilidad é intervencion, y Pizarro para satisfacer la ambicion de los jefes del ejército, y la córte de Castilla despues para agraciar á sus favoritos, concedian patentes de minería á muchos ambiciosos, que abrian por su cuenta profundas perforaciones, que les daban jeneralmente por resultado opulentas riquezas.

Este inmenso ramo de la minería, exijia forzosamente infinitos brazos materiales para las grandes escabaciones, y aqui es donde aterrada el alma, se hiela la pluma, y apenas osa penetrar por las enlutadas pájinas del siglo XVI, y describir sus horrores. Todo fuera perdonable á esa aciaga época, sino llegára su degradacion hasta vender la sangre de los hombres; pero la historia de todas las naciones autorizaba desgraciadamente á los conquistadores del Perú para llevar á aquellas virjinales playas la esclavitud con todas sus espantosas consecuencias. Los prisioneros de guerra, los desgraciados contra quienes se fulminaba alguna delacion política ó relijiosa, los desventurados á quienes por acusaciones de cualquiera especie perdonára el hacha del verdugo, ó las hogueras del santo oficio, eran declarados esclavos, cuya propiedad adquirian los jefes militares, ó los deudos de los poderosos, y

cuyo dominio se transmitia de unos en otros europeos por el derecho de compra, cual otra mercancía cualquiera. Los desventurados adoradores del Sol, amarrados á gruesas cadenas se empleaban en las escabaciones y conduccion de los transportes, y acostumbrados á un clima benigno, y á un suave trabajo, porque las tierras del Perú producian sus deliciosos frutos sin que el cultivador derramase su amargo sudor sobre los terrones, caian sofocados á millares en las hondas esplotaciones, rendidos al trabajo y al rigor de una atmósfera sulfúrica, y el menor síntoma de desobediencia, caracterizado con la voz de rebelion, se castigaba con la sangre de mil víctimas.

El feudalismo que en el bárbaro siglo XVI dominaba aun á la Europa, pareciera ser la base de la ominosa servidumbre de América; entre un vasallo feudal, que era cristiano, y un esclavo del Nuevo Mundo que era idólatra, no era tan grande la diferencia. Un cristiano en el siglo XVI era un ser privilejiado de la tierra; el señor feudal sin embargo, le distinguia con un collar de hierro como á su mastin favorito; un idólatra del Sol, era un ser aborrecible, una lepra asquerosa, maldecido en el suelo y en el cielo; ¿qué pudiera esperar en el siglo XVI de sus vencedores, mas que cadenas, servi-

dumbre y oprobio? El señor en el Perú tenia el derecho de vida y muerte sobre sus esclavos; el derecho de arrancar al padre de entre los tiernos brazos de sus hijos; el derecho de arrebatar la esposa del casto lecho del esposo; y la sangre de los inocentes adoradores del Sol era el primer artículo del comercio de los europeos. Oh! nunca se recordaran á la memoria aquellas escenas de horror!!

Familias enteras, hijos nacidos en la servidumbre, se creyeran dichosos arrastrando las cadenas, si al menos pudiesen gozar de la ternura y de las caricias paternales; pero apenas el Sol derramaba su luz sobre la tierra, cuando el horizonte para aquellas víctimas se teñia con la sombras del averno. El robusto padre dejaba perozoso el lecho de la esposa y de las prendas de su amor, para marchar al trabajo en que tal vez aquel dia espiraria; quizá el tierno hijo le acariciaba con sus inocentes palmas, y el padre las regaba con el llanto del desconsuelo, cuando el látigo inexorable del señor caia sobre sus espaldas, y arrebataba sus delicias. Aqui la esposa veia percibir al europeo el precio del esposo, y arrebatándole de entre sus brazos arrastrarle á morir á lejanos mundos; allí el sensible padre miraba en un pálido metal la sangre de su tierno hijo, y ex-

halaba el alma de dolor al arrancárselo de sus brazos el europeo para que arrastrase en remotos climas las cadenas del oprobio. Ah! cuántos desdichados se arrojaban á las ondas tras los bajeles que conducian sus dulces prendas! Cuántos prorumpiendo en execraciones contra el señor, volviendo los ojos al cielo, se daban violenta muerte! Cuántos entre agonías eran víctimas del dolor que sofocan en su pecho!!—Basta, basta, no mas, corramos un denso velo sobre tanto horror y tanto oprobio.

Pero no bastára al siglo XVI la esclavitud material del jénero humano, era tambien preciso esclavizar las conciencias. No pudiera Luque por sí solo atender, ni en los primeros momentos de la conquista, á ejercer todas las funciones del sacerdocio, ni á predicar ó aterrar á todos los idólatras del Sol, y derramar sobre sus cabezas las aguas del bautismo, ó ya arrojarlos impenitentes y malditos á las llamas, y sus invitaciones por una parte, y por otra la ambicion, llevaron tambien á aquellas rejiones sacerdotes de todas clases y condiciones, que con el fanatismo de su siglo, serian los verdugos de los inocentes adoradores del Dios que inflama los dias. Los célebres decretos de Cajamalca se llevaban á ejecucion en todo el imperio, y los desgraciados que no huian á las

montañas, tendrian que renegar de sus dulces creencias, ó eran víctimas del furor y de las llamas inquisitoriales; y los que arrastrados del terror ó del convencimiento, entraban en la iglesia cristiana, eran tratados con toda la dureza de un catecúmeno de los primeros siglos.

Los desventurados adoradores del Sol, unos recibian el agua de la salvacion por dilatar su muerte, y los menos entraban en el seno de la iglesia, llevados del convencimiento. La conciencia de los primeros era su mas cruel azote; preciso les era concurrir á las ceremonias del culto cristiano, y al ver brillar el sol en el Oriente se llenaban de terror, maldiciendo su apostasía, y tal vez blasfemaban del cristianismo, y sufrian con doble horror los latidos de su conciencia. Los que inspirados de su corazon creian en Jesucristo, eran ¡desdichados tambien! víctimas de su ignorancia: los fanáticos sacerdotes llenaban su alma de melancólicas preocupaciones; vendian el cielo á sacrificios tan costosos que todo el oro y toda la virtud humana no bastaban á conseguir la salvacion, y el terror de conciencia es la mayor calamidad moral del jénero humano. La tierna relijion de Jesus no fuera conocida de su fundador; su índole dulce, su moral sencilla se convirtió en el pavor de una no-

che tormentosa; la inquisicion derramaba sus horrores, y jamás llegó á Luque como vicario jeneral la apelacion de una calumnia; los sacerdotes subalternos eran bastantes á llevar las víctimas hasta las llamas.

Tal era el estado social é interior del Perú, y las colonias comarcanas arrojaban constantemente nuevos ambiciosos en el imperio, y las fuerzas de Pizarro eran ya considerables, y opulentos tambien los tesoros de los aventureros, cuando por primera vez recibió órdenes de la metrópoli en los dias que duraban las tréguas con Almagro. La corte de Castilla miró con asombro los progresos de la espedicion de Panamá; admiró el jénio y carácter guerrero de Pizarro: Pizarro fue el ídolo de los reyes, de los grandes y del pueblo, y Felipe II desde su enlutado trono miraba con arrogancia no ocultarse jamás el Sol en sus dominios. A las nuevas de Pizarro y del Perú, la diplomacia del siglo se puso en rápido movimiento; los consejeros del trono calcularon con frialdad, segun acostumbraban, los intereses de su monarca, y despreciaron los hombres, y hollaron la humanidad con oprobio Desde luego se fijaron leyes y reglamentos en que se aprobaba la esclavitud, en que se concedia la venta de los esclavos, en que se hacia responsables á los sacerdotes y jefes.

militares de la mayor propagacion del cristianismo, en que se establecia la inquisicion bajo las mas inicuas bases, y en que se mandaba al fin la destruccion del Nuevo Mundo.

Desconocidas en aquel negro siglo las verdaderas bases de la riqueza y del poder de los imperios, solo se pensaba en saquear las colonias, y arrastrar sus riquezas á la metrópoli. Los tronos en el siglo XVI despreciaban los adelantos de las artes; la agricultura era un nombre fantástico cuyos resultados escapaban de la escasa penetracion de la época, y los derechos sociales estaban en absoluta oposicion con el feroz despotismo que tendia sus alas de un mundo al otro. A Pizarro solo se le exijian tesoros; los modos de estraerlos ó arrebatarlos, casi quedaban á su arbitrio. Tan monstruosos principios formaban en los tiempos primitivos las bases de las comunicaciones de la metrópoli con los nuevos continentes.

La conquista del Perú se revistió ademas de la máscara relijiosa que encubria todas las usurpaciones de aquel siglo. El primer aventurero que saltaba en tierra en un continente, tomaba posesion en nombre del sumo vicario de Cristo, que luego concedia la envestidura á los reyes temporales. La corte de Roma desplegó todos sus derechos é influencia sobre la conquista del Perú, pero

habia recibido de la corte de Felipe demasiados dones para serle ingrata, y Felipe tenia demasiados tercios y mesnadas para que Roma no le temiera, y le prestára sus mas rendidos homenajes. La corte de Roma concedió á los reyes de Castilla la envestidura del Perú, pero la corte de Roma, segun acostumbraba en aquellos siglos de ignorancia, exijió por sus fantásticos derechos enormes retribuciones. El derecho de la eleccion de los prelados, las enormes exacciones de bulas y licencias, la influencia mas activa y mas lucrativa en toda clase de negocios, fue siempre inherente á la curia romana.

Pizarro, en medio de las inquietudes de su violento amor por Ocollo, en los momentos que habia de volver al duelo con Almagro, recibió comunicaciones de la metrópoli, que lisonjeaban demasiado su orgullo, y su efectivo poder. La corte de Castilla le declaraba solemnemente gobernador y jefe absoluto de todo el imperio; Pizarro era el primer sacerdote, el primer jefe militar y el primer majistrado; era el Calígula y el Domiciano del Nuevo Mundo, y la metrópoli le exijia solo por recompensa el quinto de todas las riquezas que arrebatase. En la inmensa conquista, un inapreciable botin habia quedado en manos de los aventureros, y Pizarro, bastante perspicaz para conocer el

modo de asegurar su influencia en la corte, habia reunido para la corona una exorbitancia de oro y plata de que se cargaron muchos buques y galeras en san Mateo.

La suerte del imperio en nada varió con las comunicaciones de la metrópoli: los consejeros de Madrid no sabian mas, ni eran mas humanos, que los invasores; una misma ambicion y un mismo fanatismo los dominaba, y los reglamentos, ó cuerpos legales, á que la metrópoli los sujetase habian de tender á la rapiña, á la destruccion y al oprobio. La autoridad de Pizarro adquirió nuevo vigor y nuevo crédito; en vano algun hombre sensible quisiera en la córte alzar la voz contra su atroz tiranía; la córte de los Felipes solo queria tesoros y prosélitos del cristianismo; Pizarro les derramaba torrentes de oro, y las hogueras inquisitoriales ardian eternamente. La suerte del Nuevo Mundo parecia ya fijada; la córte de Roma y la córte de Madrid habian de imprimir sobre aquel inocente suelo el carácter y el jénio del siglo XVI, pero sus habitantes habian de desaparecer de la tierra, para purgar la idolatría de haber venerado al padre de la luz. Tal habia sido la suerte de todos los continentes ocupados por otros europeos: la diplomacia de aquella era paracia que solo hallaba su centro en la destruccion.

Los hombres armados en el Perú, y los sacerdotes, eran los encargados de despojar de sus tesoros al imperio, y remitir á la metrópoli los inmensos tesoros que aun les sobraban. La córte de los Felipes se adormecia entre el oro; las galeras españolas hasta nuestros dias, cruzaban rápidas los mares para trasportar á España las riquezas del Nuevo Mundo; la córte de Madrid se disipaba en la abundancia, corria el oro á raudales: con una montaña de oro se levantaba á san Lorenzo en el Escorial, ese soberbio templo, octava maravilla del mundo; con otra montaña de oro se hacian olvidar en la suntuosa Granja las fuentes encantadoras de Versalles; una montaña de aquel oro se destinaria á ser alcazar de los reyes en Madrid; con otra se dominára el Tajo en Aranjuez para levantar sus opulentos jardines; los campanarios y catedrales absorverian tambien un mar de oro, pero jamás pensaron los Felipes ni sus cortesanos en destinar ni el menor supérfluo de tan exorbitantes tesoros, á desarrollar la riqueza pública de su patria, á facilitar las comunicaciones, ni á protejer su comercio. Opulentos templos y torreones en que descollára la soberbia y el orgullo del fanatismo del siglo XVI; alcázares magníficos y ostentosos, fantásticos y deliciosos jardines y

obeliscos entre estériles montañas, en que los reyes se dieran al solaz, y sus pobres cerebros se disipasen entre la voluctuosidad y el orgullo; he aquí las brillantes memorias que nos legaron nuestros padres, por los torrentes de oro, de sudor y de sangre, que arrebataron á los adoradores del Sol, á los súbditos de los Incas, á los desgraciados habitantes del Nuevo Mundo.

XXII.

Condenacion.

Dejaremos á la penetracion de nuestros lectores las melancólicas consideraciones de la situacion política y relijiosa de los continentes del Nuevo Mundo en los tiempos primitivos de la conquista, y volveremos á anudar los sucesos de nuestra historia.

Pizarro en las comunicaciones que recibió de la córte, halló lisonjeado su orgullo, y su autoridad ilimitada; pero el nuevo poder del gobernador no le desnudaba del carácter de bizarro caballero, y de desdeñado amante; Ocollo era su amor y su tormento, y espiraban las treguas, y habia de volar al cam-

po del honor á batirse con Almagro. Luque habia recibido tambien la confirmacion de su carácter de vicario jeneral del imperio, y su alma tenia demasiados puntos de contacto con la de Pizarro para que no los uniese una estrecha amistad, y una completa y mútua confianza; y no perdonaba medios de cuantos estaban á su alcance para evitar que de nuevo tornase al duelo. Conocia muy bien el valor y la fortaleza de Pizarro, pero tampoco se le ocultaba que Almagro era valiente, y demasiado esperto en el manejo de las armas, y Luque se estremecia al solo considerar que Pizarro pudiese ser vencido. Pero dificil empresa acometia el sacerdote; en vano hablára á los dos guerreros en nombre del cielo; Pizarro no conocia otro término que ser amado de Ocollo, ó arrebatarla su honestidad, y arrastrarla á las hogueras; y Almagro habia protestado ante su Dios que no veria atropellada la virtud y la inocencia.

Luque para conseguir su objeto heria el orgullo de Pizarro pintándole lo impropio que seria se batiese con un subalterno, y miraba como mas sencillo un asesinato, ó una calumnia relijiosa; pero Pizarro siempre caballero, dió á entender con firmeza su desagrado á Luque, y se preparaba al combate. — Que viva, repetia, para que

ceda al rigor de mi acero. — Almagro por su parte, su vida y sus amores eran demasiado despreciables al lado de su honor; el carácter romántico le dominaba, y Luque en vano usára de todo su poder é influencia.

Ocollo, víctima en tanto del mas crudo tormento, miraba á Coya jenerosa volar á los peligros por salvar á la patria; miraba á Huascar y á los nobles hacer los mas heróicos esfuerzos por reanimar el aliento de los peruaños á volver á luchar por su libertad, y ella en tanto se veia próxima á exhalar su vida en un cadálso, sin vengar la sangre de Atahualpa, y sin prestar á su patria un leve consuelo. Por otra parte, el jeneroso Almagro habia de esponer segunda vez su existencia por salvarla, y Almagro habia de sucumbir en el combate, ó llevar tras sí la maldicion de la mayor parte de su campo, y quedar espuesto al puñal de un asesino. Todo pudiera salvarlo cediendo al amor de Pizarro, pero era imposible que dejára de odiar al matador de su adorado Inca, y su alma jemia contrastada por violentos y contrarios huracanes. Sin embargo, la sangre de Atahualpa, siempre presente á sus ojos, clamaba por venganza, y Ocollo se decidió á mentir su amor á Pizarro, antes que morir en un cadálso sin ser útil su sangre á su patria.

Ya los dos guerreros aprestaban de nuevo las armas para volar al combate, cuando Ocollo llamó á Almagro á su prision para que suspendiese el duelo. — Sí, jeneroso Almagro, le repetia, tu nombre será eterno en mi memoria, y eterna mi gratitud; desciñe tus armas, estoy resuelta á amar á Pizarro. — ¡A amar á Pizarro! la repuso Almagro. — Sí, guerrero jeneroso, á decir á Pizarro que le amo; pero mi corazoa aun respira solo para Atahualpa. — No puedo comprender, Ocollo.—Es un arcano.—Respeto hasta los secretos de las hermosas, pero si acaso por evitarme el duelo, Ocollo, hiciesen violencia á tu alma..... — No, Almagro, no, yo te lo juro, quiero abrazar el cristianismo.—A Dios, Ocollo, cuenta siempre con mi espada. — Ah! espera; si vieses á Coya, si te pregunta algun peruano, di que Ocollo no es perjura á su patria, que adora mas que nunca á Atahualpa, que no crean débil ni criminal á la esposa del Inca.» Despues de un corto silencio Almagro marchó lleno de asombro, y Ocollo mandó un atento recado á Pizarro.

A pesar del orgullo de Pizarro, tal era el violento amor que tenia á Ocollo, que no se desdeñó en ir á su prision para escucharla. — Qué tienes que comunicarme? la decia. — Ocollo temblorosa, su inocente alma

no acostumbrada á la ficcion, apenas podia con balbuciente lábio romper el silencio.— «Al fin, Pizarro, triunfaste en mi corazon; yo te amo. — ¡Tú me amas! Tú que repetias que no podiamos los dos hollar á un tiempo la tierra! — Sí, es verdad, pero la mano del tiempo ha cicatrizado mis heridas, quiero abrazar el cristianismo, vivir contigo, y te amaré, Pizarro. — Y yo gozaré de tus caricias, y tú serás la dulce compañera de mi lecho!» La sonrisa se destacaba de su semblante; Ocollo suspiraba allá dentro de su pecho, pero ahogaba entre sus lábios los suspiros, y Pizarro despues de hacerla repetir cien veces el dulce juramento, la mandó sacar de la prision, y conducirla á su palacio, que era el palacio de los Incas.

Bien pronto supo Luque y todo el pueblo que Ocollo habia cedido al amor de Pizarro, y el vicario de Cristo en el Nuevo Mundo miró como un patente milagro aquella repentina mudanza, que consolidaba la conquista del Perú. Ya Pizarro no espondria su preciosa vida batiéndose con Almagro, y unido en lazo conyugal con la esposa del Inca, los peruanos le acatarian mas placenteros, como su lejítimo monarca. — ¡Ah! sin duda ignoraba Luque que los pueblos libres detestan siempre á los tiranos, bajo cualquiera forma que se revistan! — Desde lue-

go se levantó el duelo con las solemnidades de costumbre, y Pizarro se esforzó por finjir á Almagro su amistad y su aprecio.

Pizarro, que ansiaba el momento de llenar sus ardientes deseos, sin cesar molestaba á la hermosa con ardientes y libidinosas instancias. Empero, Ocollo habia pensado anteriormente el modo de burlar las esperanzas del que odiaba, y llevar su plan á cabo; y al tiempo que sostenia en Pizarro la ilusion y el atractivo de su amor, burlaba sus deseos. — Tú lo sabes, le repetia, tu relijion exije que los esposos profesen una misma creencia; yo desgraciada no he conocido tu relijion, ni estoy iniciada en sus misterios; en breve me instruirán los sacerdotes cristianos, recibiré las aguas del bautismo, y entonces, Pizarro, nos abandonaremos á las delicias del amor. Aquel carácter feroz, aquel Pizarro que derramando sangre se habia hecho el terror del imperio, cual cede el toro indomable, cedia á las inspiraciones del amor, y Ocollo sostenia sus esperanzas con admirable artificio. Lejos de Pizarro la idea de la violencia; á las lágrimas de la peruana, su corazon era sensible, y mas de una vez salvaron la existencia de algunos desdichados. Bien conocia Ocollo que aquel estado era violento, que no por mucho tiempo podria el ardiente castellano ser el ju-

guete de sus artificios, pero en tanto meditaba su venganza y era la protectora jenerosa de sus desgraciados súbditos. Tratada con pompa en el palacio, se granjeaba tambien el amor de los españoles, y el cristianismo era su mas seguro baluarte para resistir las impetuosas instancias de su amador.

Luque era el encargado de iniciar á Ocollo en los misterios cristianos para que recibiese las aguas del bautismo, y la peruana, al tiempó que mostraba docilidad para escuchar al sacerdote, buscaba recursos en su claro entendimiento para argüir razonablemente contra el cristianismo. Bien es verdad que en el Nuevo Mundo jamás se acostumbró á iniciar á los catecúmenos en las doctrinas: un sacerdote predicaba en el templo las escelencias de la relijion de Cristo, y las eternas penas y bienaventuranzas, pero era despues de que hubiesen recibido el agua de la salvacion, pues hasta tanto no hubieran tenido entrada en el templo, y el lenguaje de los sacerdotes siempre era profético y elevado, cual si los nuevos fieles estuviesen iluminados de la antorcha de la fé. Cuántas veces en vano un sacerdote usaba de su misterioso lenguaje para que los peruanos comprendiesen la Trinidad, y la esencia y atributos de Dios; para que conociesen la virjinidad de Maria, y la encarnacion del Ver-

bo! Ocollo de razon robusta y despejada, decia que era el mayor de los crímenes recibir las aguas del bautismo hasta que no se creyese firmemente en los dogmas cristianos, y Ocollo era respetada porque dominaba el querer de Pizarro. El gobernador sin embargo, ansiando siempre el momento de gozar las delicias del amor, apremiaba á Luque porque bautizase á Ocollo, y la situacion de la peruana era de dia en dia mas crítica y peligrosa, pero los acontecimientos de la libertad del imperio se sucedian con rapidez, y Ocollo tomaba aliento en sus próximas esperanzas.

En tanto Almagro mas que nunca era víctima del amor de Coya; sus delicias eran estar á su lado, Coya era su querer y su anhelo, Coya su ídolo, y para Almagro solo Coya vivia en el universo. La hermosa en las montañas que circundaban á Cuzco, miraba de dia en dia aumentar sus fuerzas con los desdichados que podian escapar de la cadena de la servidumbre, ó de las garras de los inquisidores; y continuamente mandaba refuerzos á Huascar. Almagro ya habia hecho público su amor, y ni los castellanos ni los peruanos ignoraban su pasion funesta, y todos los dias habia de ir á la montaña á ver á su hermosa. Ni Pizarro ni Luque pudieran sufrir un amor que tanto con-

trariaba sus intereses, y los intereses de su patria, y el rompimiento con Almagro era indispensable.

A la verdad, Almagro faltaba abiertamente á las reglas de la disciplina militar, comunicaba con el campo enemigo, y contribuia por cuantos medios le eran dables al sostenimiento de Coya. Por otra parte, pudiera dudarse de sus creencias relijiosas, amando á una peruana que los castellanos tenian por idólatra, y habia sobrados motivos para sujetarle al fallo de un consejo de guerra.

Apenas la noche tendia su apacible manto, Almagro ceñia las armas, enjaezaba el caballo, y marchaba veloz á la montaña. Alli Coya ya esperaba á su amado, algun tanto separada de sus guerreros, y abandonados á las mas puras delicias, miraban recorrer la luna el firmamento. El amor mas tierno los unia, Almagro vivia para Coya, y Coya para Almagro.—Ah! le repetia una serena noche la hermosa, que bien me presajiaba el corazon que nuestro amor seria un negro metéoro!—Interminables nuestras desdichas, cada dia que sucede parece redoblar nuestra amargura. Mi patria se ha hundido en polvo, los templos del Sol desaparecieron, la sangre de los peruanos enrojece las fértiles campiñas, yo desconocí á mi Dios. — Hermosa.... Une

tus esfuerzos á los mios; ya que como venido del Oriente clavaste el puñal en mi inocente patria, como adorado de Coya cicatriza sus heridas. — Mi patria Coya..... Yo abandoné mi Dios..... Idólatra no te hubiese amado..... — Solo puede sentirse la situacion de aquellas desdichadas almas; Almagro no podia ser traidor á su patria, Coya era demasiado fiel para abandonar su campo, en que ya perdia el prestijio porque se empezó á dudar de su creencia relijiosa; y dos amantes tan tiernos podian hallarse en los combates y darse la muerte.

Coya en la montaña era despreciable á los ojos de Pizarro, ni tenia fuerzas, ni hostilizaba las campiñas, y no creyó el conquistador mereciera el trabajo de batirla. Coya por su parte conocia tambien que no podia aventurar una batalla, y procuraba solo aparecer á los españoles como una enamorada que buscaba la aproximacion de su amado; pero en tanto sus fuerzas eran un punto de reunion para los peruanos que escapaban de las cadenas, y sin formar jamás mucha jente los internaba á los Andes.

Era una tranquila noche cuando Almagro entraba en la ciudad de vuelta de la montaña, y el capitan Soto con veinte hombres le esperaba con órden de Pizarro para prenderle. Por mucho que Almagro se sorpren-

diese no hizo la menor resistencia á la órden de su jefe; como buen militar respetaba la subordinacion y disciplina, y siguió á Soto que le condujo al palacio del gobernador, donde ya le esperaba reunido el consejo de guerra. Un espacioso salon enlutado era el lugar donde se reunian los jueces; Pizarro presidia el consejo, y Luque asistia tambien como sacerdote para los cargos relijiosos. Alli fue conducido Almagro con las ceremonias de un criminal, pero su rostro y su corazon estaban tranquilos, aunque absorta y sorprendida su alma. Apenas apareció en el consejo, el fiscal le leyó los cargos, como conspirador contra su patria por sus continuadas comunicaciones con el campo enemigo, y como apóstata del cristianismo por ilícito comercio con una idólatra. Almagro lleno de majestad hizo su defensa con el vigor y la enerjía que le inspiraba su inocencia, recordó á los jueces los hechos de valor y sacrificios que contaba por su patria, los esfuerzos que numeraba por la conquista de aquel imperio, y negó amenazante y furioso el ilícito comercio que se le imputaba. «Coya es un tesoro de virtud, les repetia, y Almagro respeta su virtud, cual respetarla debiérais.» Todo era en vano, la sentencia estaba dictada antes de reunirse el consejo, y Almagro habia de ser conde-

nado á muerte. Luque no por mucho tiempo pudo ocultar el ódio que ardía en su pecho, y con el lenguaje que le inspiraba su atroz fanatismo, le hizo los mas duros é injustos cargos, y pidió que fuese quemado como impío. Sin embargo, el objeto del consejo se limitaba á que Almagro dejase de existir, y fué condenado al fin, como militar, á ser arcabuceado.

A pesar de todo el valor y toda la tranquilidad de Almagro, no pudo menos de sorprenderle un golpe tan inesperado, y su desarmada diestra se estremecia. Protestó enérjico contra la violencia, pero desarmado y rodeado de espadas solo hallára el oprobio y la muerte en la desobediencia. Por otra parte, sus contrarios habian tomado todas las precauciones necesarias para arrastrarle hasta el suplicio, sin que una sola espada le defendiera. Benalcazar y algunos otros de sus adictos estaban fuera de la ciudad, y diseminados por la campiña ó las provincias, y un profundo silencio selló la prision y la condenacion del guerrero. En aquella misma noche habia de recibir los socorros espirituales, y al romper el alba habia de exhalar el postrimer suspiro. Nadie penetró el misterio; los jueces guardaron un profundo silencio, y la tumba se entreabria para el jeneroso Almagro..... Coya..... Coya..... solo

repetia en sus suspiros, bárbaros verdugos me arrebatan de tus brazos, tú no sobrevivirás á mi muerte, pronto nos veremos en la mansion de los justos.

Ocollo dominaba el corazon de Pizarro, y ya porque jamás hay secretos con la que se adora, ó ya porque no le culpára despues de haber asesinado á su defensor, como compadeciendo la suerte de Almagro, la dijo que estaba condenado á muerte, y que al romper el dia habia de ser pasado por las armas. Ocollo que vió tan de cerca amenazada la existencia del jeneroso; Ocollo que sentia profundamente la gratitud, se postró á los pies de Pizarro, los bañó con mil lágrimas ardientes, y puso al gobernador en el mayor conflicto; pero la aseguraba que no habia tenido la menor parte en su sentencia, que los jueces eran inexorables, y enormes los delitos de Almagro; la protestó en fin, que no podia salvarle, y se mostró inflexible. La desdichada ni obtuvo licencia para ir á la prision á consolar al condenado, ni en su aislamiento hallaba recursos para mostrarle su gratitud y salvarle: jemia sin consuelo, era víctima del dolor mas profundo, pero en tanto la noche volaba silenciosa, y Almagro á la aurora habia de salir al cadalso.

El guerrero fué auxiliado por un sacer-

dote que con lúgubres ceremonias le preparaba á la muerte, y Almagro cumplió tranquilo con los deberes cristianos. La imájen de Coya no se separaba un momento de su imajinacion, y en los últimos instantes la escribió para consolarla.—Horrendos malvados me arrastran al cadalso, yo muero respirando tu amor, adorando á Coya: mi conciencia esta tranquila; aunque uno de los invasores de tu patria, muero con el consuelo de que ningun peruano recordará mi nombre con horror. Adios, adorada Coya, ama al Dios de los cristianos, y en la mansion de los justos volveremos á tendernos nuestros brazos. Adios, yo te adoro, yo soy sacrificado por tu amor, pero yo te adoraré hasta en la tumba. — Almagro despues de haber confesado sus culpas, recibió la eucaristía y se preparó con toda la tranquilidad de una alma grande á marchar al cadalso.

Aun no despuntaba el nuevo dia cuando ya algunas mesnadas castellanas salian sin bélicos instrumentos á formar el cuadro donde habia de espirar el noble guerrero. Soto y otros oficiales de toda la confianza del gobernador mandaban las escoltas; Benalcazar y los principales adictos de Almagro estaban fuera de la ciudad, y el pueblo nada sabia de la atroz sentencia. Tal fué la oscuridad y rapidez con que se fulminó! El silencio de

la muerte absorvia á Cuzco y la campiña; la aurora despuntaba entre tinieblas y la tranquilidad pareciera afianzada. Ya la víctima apareció entre una fuerte escolta, y el sol huyendo del atroz espectáculo se ocultó entre espesos celajes, dejando sumerjida la tierra en densas tinieblas. El gobernador tuvo por político no asistir personalmente á la ejecucion, y la encomendó á Soto; y Almagro rodeado de sacerdotes, sin que se le permitiese dirijir la voz á sus compañeros, entonaba ya con fervor cristiano las primeras palabras del credo, y la muerte le tendia sus garras, cuando cual un torrente precipitado desde las estrellas, se desplomó Coya con mil guerreros sobre los bárbaros verdugos.

Los castellanos dormian en la confianza, la sorpresa fué de terror; Coya para salvar á su ídolo era un huracan rabioso; Pizarro faltaba á la cabeza de sus compañeros, los castellanos se pusieron en desórden, y Coya arrebató de entre sus garras á su adorado Almagro. Los sacerdotes que mas de cerca le rodeaban fueron muchos víctimas del valor de los peruanos, y si bien el feroz Soto les causó grande destrozo, muchos españoles tambien fueron víctimas en el campo de la sorpresa. El movimiento se comunicó á la ciudad; el gobernador con la velocidad del rayo voló al peligro, pero ya era tarde; Al-

magro y Coya escaparon en veloces caballos, y los peruanos se sepultaron de nuevo entre las fragosidades de la montaña.

XXIII.

Los Andes.

La sorpresa de Coya y la salvacion de Almagro, llenó de terror y admiracion á Luque, á Pizarro y á todos los invasores, y particularmente á los jefes militares que habian formado el consejo de guerra, porque nadie se podia esplicar satisfactoriamente un suceso tan estraordinario. Un destacamento numeroso al mando de Benalcazar observaba á la division de Coya, como ya hemos indicado, y entorpecia é imposibilitaba todos sus movimientos; y la prision, condenacion y ejecucion de Almagro, se habia manejado

con tanta rapidez y tan impenetrable misterio, que nadie lo habia sabido en la ciudad, y menos se hubiera podido saber en la campiña.

La hermosa Ocollo, que tanto debia á Almagro, y que en su pecho ardia la mas pura gratitud, viendo inútiles sus súplicas y su llanto á las plantas de Pizarro, por un veloz indio, peaton de toda su confianza, dió aviso á Coya en aquellos mismos angustiosos momentos, y Coya enajenada, delirante, se precipitó al peligro, porque su mayor suplicio seria sobrevivir á su adorado. Benalcazar, el primer amigo y parcial de Almagro, ya anteriormente en intelijencia con Coya, por complacer á su amigo, lejos de entorpecer los movimientos de la peruana, juró con ella salvar al héroe, y juntas todas las fuerzas, mandadas por Benalcazar, cayeron sobre el cuadro en que tan atrozmente iba á ser por instantes sacrificado el jeneroso amador.

Los vocales del consejo, únicas personas que habian estado en el secreto, parecieran las solas responsables de haberle roto, y con anhelo se buscaba al perjuro para que sufriese un ejemplar castigo, pero nadie se atrevia á culpar al gobernador. Pizarro sin embargo en su conciencia, dudaba de Ocollo, pero dominado y avasallado su corazon por

la peruana, bien pronto le tranquilizó valiéndose de sus encantos.

Replegando con órden sus fuerzas, Almagro, Coya y Benalcazar, se internaron sobre las inaccesibles montañas, y ya lejos del peligro, comenzaron á sentir el dulcísimo consuelo que se derrama sobre el mortal al sacudir un negro sueño. Atónitos se miraban enternecidos y dudaban aun si sería fantástica ilusion el horror que les habia amagado tan de cerca; pero vueltos al fin á la calma, Almagro juraba odio eterno á sus crueles verdugos, y Coya le exhortaba á la venganza, y Benalcazar le ofrecia jeneroso su valiente espada. Coya le refirió el modo con que Ocollo la dió el parte, que sin Ocollo no existiera, que Ocollo no amaba á Pizarro; que era preciso salvar á su bienechora y á su patria, que era preciso luchar y reluchar y proclamar la libertad del Perú, si habian de gozar tranquilos del amor que los dioses habian encendido en sus pechos.

Almagro, á pesar de cuantos desaires recibia de sus compañeros, á pesar de las atrocidades que se cometian en el Nuevo Mundo, y que tanto repugnaban á su corazon, amaba á su patria y á los castellanos, y gustoso por ellos diera su existencia; pero cuando vió la pérfida sentencia, cuando vió que su sangre habia de saciar tambien la sed de-

voradora que ardia en los invasores del Nuevo Mundo, ya su alma era solo sensible á los clamores de la venganza, su anhelo sepultar su espada en el pecho de Pizarro, y toda su ventura lanzar á los castellanos de la patria de su Coya para gozar tranquilo sus amores. Apenas los dulces amantes se vieron en la montaña, solo pensaron en dejar ordenados los guerreros que seguian á Coya al mando de Benalcazar, y marcharon por ocultos y difíciles caminos á los Andes, á presentarse á Huascar, y á pensar en el plan de campaña. En cortos dias llegaron á reunirse al sucesor de los Incas, é imposible fuera pintar la sorpresa del monarca al ver á Almagro en su campo, y al darle el dulce nombre de amigo. Desde aquel instante creyó suya la victoria, y la llegada de Almagro se celebró con mas pompa que la coronacion de un Inca. Huascar valiente, noble y jeneroso, no sabia aun el arte de la guerra para aventurarse á la campaña; Almagro era bien conocido entre los peruanos por su valor y por su pericia militar, y Almagro era preciso que fuese el blanco de todas las esperanzas.

Los peruanos, aunque llevaban largo tiempo batiéndose con los españoles, no habian comprendido sus armas, y menos su estratejia, y aunque no miraban con tanto

terror los caballos y la artillería, sin embargo eran vencidos en el momento de presentarse en el campo de batalla. Almagro fue solemne y ámpliamente autorizado por Huascar para que por todos los medios posibles hiciese los preparativos necesarios para una campaña decisiva, en que ó por siempre el Perú arrastrára las cadenas, ó pudiera entonar el himno de libertad; y Almagro comenzó á obrar con toda la rapidez que le inspiraban sus deseos de venganza.

En medio del despotismo con que Pizarro y Luque aflijian al Perú, era indispensable que los peruanos prefiriesen mil veces volar á la muerte, que sufrir el yugo atroz é ignominioso de su servidumbre, y hasta de las mas lejanas provincias del imperio emigraban desgraciados á los Andes á alistarse en las banderas, á pesar de las tropas castellanas que circundaban las montañas, ó imposibilitaban la comunicacion. Habia brazos suficientes, solo se necesitaba industria y direccion. Almagro desde el momento pensó en fortificar el baluarte casi inespugnable que le ofrecia la naturaleza en los Andes, en la construccion de armas blancas y de fuego, y en la instruccion de los guerreros. En pocos meses se construyeron mosquetes y piezas de campaña, se adiestraron los peruanos en el manejo de las armas europeas,

y se doblegaron á la ríjida disciplina que conduce á la victoria.

Almagro trabajaba infatigable de dia y noche; tenia en eterna actividad á los peruanos; de todo sacaba recursos, y á todo era alentado por las miradas de su Coya. Los Andes en su seno le prestaban cuantos auxilios necesitaba para las elaboraciones; los viveres mas ricos y mas abundantes, arrojaban por sí solos el hierro, el azufre y toda clase de metales, y las cimas de la montaña parecian la mansion de Bulcano. Huascar por su parte, gozando del amor de los peruanos, tenia el espionaje mas seguro; por todas las provincias corrian activos ajentes, que escapando de la vijilancia de los mandarines, derramaban entre los desgraciados esclavos las mas halagüeñas esperanzas, y animaban la emigracion á las montañas, y en todo el imperio fermentaba un violento y oculto fuego que escapaba de la penetracion del gobernador y de todos los invasores, pero que algun dia habia de estallar como un volcan furioso.

Almagro era el móvil de todas las operaciones, y el baluarte de la libertad del Perú; pero Almagro era cristiano y fanático del siglo XVI, y vivia entre idólatras, y este era un escollo insuperable. Verdad es que sus virtudes le habian hecho adorar en todo

el imperio, y un ser virtuoso recomienda por sí solo la relijion que venera; pero los cristianos habian inundado de sangre el pais, y sus inocentes habitantes miraban con terror la relijion que contaba por secuaces hombres destructores. Valiéndose de su posicion y de su prestijio, Almagro pensó en hacer prosélitos en la montaña: sus primeros cuidados fueron edificar una ermita en que en lo posible rindiese culto al Dios verdadero, é hizo que Coya le acompañase en todos los actos relijiosos, y publicó al fin que Coya habia abrazado el cristianismo. Ni Huascar ni los peruanos podian oponerse á esta conducta, ni acusar á Coya; Almagro estaba identificado con sus intereses; Almagro era todo su porvenir y su esperanza; no pudieran contrariar ni en lo mas mínimo sus deseos; Almagro los admiró con sus virtudes, y en la cima de los Andes habia una ermita de Cristo y un templo del Sol. Las-Casas, un venerable sacerdote cristiano, tan eminente por su saber como por sus virtudes, sufria crueles persecuciones de sus compañeros por oponerse á sus planes de destruccion, y del mismo temple de alma que Almagro, les unia la amistad mas estrecha. El guerrero le pudo pasar secretamente un aviso, asegurándole que era de la mayor importancia al cristianismo que estuviese á

su lado en la montaña, y Las-Casas no dudó un momento; se fugó á los Andes, y la ermita de Almagro tuvo el mas respetable sacerdote. Desde aquel instante se pensó con fervor en la predicacion del cristianismo; Almagro y Las-Casas eran los modelos de las virtudes mas puras; lejos del puñal y las hogueras, el ejemplo y la persuasion eran sus armas. El venerable Las-Casas predicaba diariamente en su ermita la inmortalidad del alma, la pureza de la relijion de Jesus, las recompensas eternas de las virtudes, y el eterno castigo de los delitos, de aquellas acciones que escapaban del imperio de las leyes civiles. Pintaba á un justo Dios de verdad dominando las conciencias, pero solo en sus exhortaciones privadas, entraba en la esposicion de los milagros y misterios, no queria exijir de razones limitadas esfuerzos jigantescos, é insensiblemente se preparaban los ánimos á abrazar el cristianismo.

El primer prosélito que los cristianos procuraban era á Huascar, como el Inca y soberano del imperio; pero á pesar de la veneracion que tenia á Almagro y al sacerdote, se creia hijo del Sol, y estaba poco dispuesto á abandonar el culto de sus padres: veia por otra parte que un paso precipitado pudiera trastrocar en aborrecimiento el amor

de sus súbditos, y Huascar adoraba al Sol, á pesar de la conversion de Coya, y de las exhortaciones de los cristianos; mas consiguieron al fin que concediese á sus súbditos completa libertad de profesar el culto que su razon les dictase, y muchos recibieron las aguas del bautismo, no llevados del terror, sino del convencimiento.

En Vericochas, como en todos los sacerdotes del Sol, ardía inestinguible el fuego del fanatismo que devora jeneralmente el pecho de los ministros de todas las relijiones. El culto del Sol es verdad que derramaba en las almas la sublimidad y la dulzura de sus creencias, pero sus sacerdotes no llevaban su virtud hasta la tolerancia de hallar posibles otras creencias ni otros cultos; miraban con indignacion la ermita cristiana edificada en los Andes, y derramaban entre los peruanos los temores que exaltaba su imajinacion al creer irritado al Dios del dia. Cuando Vericochas supo la conversion de Coya, cuando se persuadió de que fuera imposible evitar que Almagro estendiera el cristianismo, y Las-Casas predicara el evanjelio, cuando fué advirtiendo los prosélitos que hacian, y fluctuar al fin al mismo Huascar, una sombría tristeza se apoderó de su corazon, é incesantemente postrado ante el símbolo del Sol, enajenado en llanto, pedia

á su Dios no negara al imperio su benéfica lumbre, y su luz vivificadora. Su llanto y su honda menlacolía, devoraban visiblemente su existencia, y en breve pagó á la naturaleza su tributo. Su muerte fué llorada por todo el imperio, como debe llorarse la muerte del justo; en sus exequias se desplegó toda la magnificencia del culto, y su busto fué colocado en el templo entre las efijies de las deidades tutelares del Perú.

En tanto se activaban los preparativos de guerra con admirable rapidez; subian á veinte mil hombres los refujiados en la montaña, y unos procuraban las subsistencias, otros se adiestraban en el manejo de las armas, otros trabajaban infatigables en las fundiciones, y todos alternaban en los diferentes trabajos, siempre bajo la direccion del activo y laborioso Almagro. Ah! las cimas de los Andes prestaban ya la imájen de la rejeneracion del Nuevo Mundo.

Pizarro y Luque en Cuzco continuaban en su sistema de horrores, que estendian á todas las provincias; el crudo despotismo militar conducia millares de víctimas al cadalso, y las hogueras inquisitoriales, ardiendo eternamente, daban al aire en densas columnas de humo los miembros de los desgraciados que eran acusados de idolatría. La servidumbre mas ominosa conducia á la dura

argolla á millares de infelices, y sus hondos jemidos, mezclados con la algazara de los invasores, se escuchaban solo en el imperio. La metrópoli nada ignoraba ya de la conducta política y relijiosa del gobernador y de los sacerdotes, pero á pesar de establecer cuerpos legales, las leyes respiraban el mismo terror y degradacion humana, y su cumplimiento se confiaba á Pizarro y Luque. Todo el sistema político y relijioso de la metrópoli consistia en la estraccion de tesoros del Nuevo Mundo, y en arrastrar prosélitos al cristianismo; se ignoraban ó se querian ignorar, las consecuencias de tan monstruosa política, y Pizarro y Luque recibian continuamente de la córte de Madrid pruebas de aprobacion, y estension de poderes para obrar como monarcas y déspotas.

Tan particular antítesis formaba la administracion de Pizarro y Luque, con la de Almagro y Las-Casas. En la una todo era dulzura, convencimiento y virtudes; en la otra muerte, despotismo y crápula. Y eran todos cristianos! Tanto varian las sectas relijiosas segun la fibra de cada creyente! La relijion de Jesus en el Nuevo Mundo era un enigma inesplicable para los peruanos; detestable en boca de Luque, y adorada en boca de Las-Casas; la dominacion española bajo el imperio de Almagro, formára la ven-

tura del Perú, bajo el imperio de Pizarro era su destruccion y su ruina; la metrópoli sin despotismo hubiera conservado largos siglos aquellas inmensas colonias, pero con su negra política apenas en la corta duracion de su dominio, pudo reembolsar los tesoros que la costaron, perdiendo la sangre de cuarenta mil españoles.

Tal era la actividad para los preparativos de guerra en los Andes, y tales las esperanzas que se derramaban por las provincias, que á pesar de la confianza en que dormia el gobernador no pudo menos de dirijir su atencion á las montañas. Desde luego suponia que Almagro habia de estar á la cabeza de aquella sublevacion, pero jamás creyó que contára con tan poderosos recursos. Pizarro no era bastante político para calcular el poder de un héroe que levanta el estandarte de la libertad en un pueblo esclavizado! El capitan Soto con trescientos hombres marchó á atacar á los sublevados, y el gobernador en Cuzco se abandonaba en tanto á las finjidas caricias de Ocollo, y hasta abandonaba las riendas del gobierno á Luque y al sacerdocio.

La situacion de Ocollo era por momentos mas crítica; los ardientes deseos de su opresor cada vez mas activos, y la desdichada ya no hallaba recursos para suspender por mas

tiempo el recibir el bautismo. Bien pudiera en una noche completar su venganza despedazando el pecho del matador de Atahualpa, pero era dificil su fuga, y seguro su cadalso. Los invasores se irritaran con el asesinato de su jefe, y derramarian con mas horror el esterminio, y Ocollo espirando en un cadalso no pudiera prestar á la libertad los inapreciables servicios que la prodigaba. En comunicacion con Huascar y Almagro les daba los mas seguros é importantes avisos, y al lado del gobernador endulzaba algun tanto su corazon, y libraba de la muerte á muchos desgraciados. Al momento comunicó á Almagro la salida del capitan Soto para los Andes, y Almagro tuvo tiempo de preparar una feliz emboscada. Soto caminaba sin precaucion, despreciando la fuerza del enemigo, y seguro que marchaba como siempre á la victoria, cuando mil indios de repente cayeron sobre él, mandados por Almagro y con armas blancas europeas La division española se dispersó con horror, no acostumbrada á aquellas cargas de sorpresa, ni á resistir armas matadoras, y los peruanos cometieron una atroz carnicería en los aterrados y dispersos españoles, viéndose por primera vez vencedores en su suelo. Soto hizo esfuerzos de valor, pero todo fué en vano; á merced de su cota se salvó de la

muerte, y marchó asombrado fuera de la montaña, donde reunió los cortos restos de su jente que pudieron escapar del combate, y comunicó circunstanciado parte de la derrota al gobernador.

El cristianismo en tanto progresaba en la montaña, y la ermita de Las-Casas era ya corto recinto para los nuevos creyentes. Las virtudes mas puras reinaban entre los neófitos, y algunos de los mas distinguidos obtuvieron el honor de ascender al sacerdocio; honor prohibido en las leyes de Pizarro. Este paso político de dar al pueblo sacerdotes de su seno, granjeó millares de prosélitos al evanjelio, y Huascar mismo, al ver decidida la mayoría de sus súbditos, y al ver que el Dios de su amigo y protector daba á sus armas la victoria, con todo el convencimiento de su razon entró en el seno de la iglesia. Desde aquel momento el templo del Sol quedó vacio en sus pomposas ceremonias: el estandarte de la cruz tremolaba vencedor en la montaña, y las costumbres mas puras engrandecian á los habitantes de los Andes, y los preparaban á la guerra y á la victoria.

Pizarro recibió el parte de la derrota de Soto, y él furor brilló en sus ojos centellantes. Rápidamente reunió hasta mil doscientos hombres, y puesto á su cabeza marchó á los Andes proclamando el furor y el ester-

minio. La infeliz Ocollo respiró en su opresion en el momento que ya no sabia que partido tomar en sus conflictos, y permaneció en Cuzco bajo la observancia de Luque. Velozmente avisó tambien á Huascar y Almagro de la salida del gobernador, y su alma se dilataba al contemplar los servicios que prestaba á la libertad de sus súbditos.

Pizarro en cortos dias tomó posicion en la falda de los Andes, y Almagro se preparó con placer á una campaña en que tal vez pudiera medir las armas cuerpo á cuerpo con su contrario. Cada dia se aumentaban mas y mas las fuerzas de Huascar, y aun algunos castellanos, ya parciales de Almagro, ya exasperados por el rigor de la disciplina ó del despotismo del gobernador, y el fanatismo del vicario, engrosaban sus filas, y adiestraban á los indios con el valiente Benalcazar que prestaban tambien en los Andes los mas importantes servicios. Violento Pizarro en su carácter, de un valor impávido, no se sació con arrollar algunas cortas fuerzas que se le presentaron en los desfiladeros, se preparó á dar una batida jeneral en la montaña, y á asaltar la cúspide en que se habia edificado el templo del Sol, y la ermita cristiana; punto que formaba la córte de Huascar, y el foco de la sublevacion. Almagro cuidó que los pequeños destacamentos que entretenian

las fuerzas del gobernador por la montaña, no usasen de mosquetes ni de ninguna arma de fuego, y aunque si advertia mas regularidad en las masas, y diferente disciplina en los combates, los peruanos se retiraban siempre con poca resistencia, segun las órdenes que tenian, y Pizarro á pasos ajigantados se precipitaba en la asechanza. En cortos dias tendió su tropa para asaltar la cima, y cuando con mas confianza trepaba por las asperezas á cantar la victoria, Almagro cargó con todas las fuerzas, usando de la artillería y mosquetería, que con tantos esfuerzos logró fundir en los Andes; y sorprendidos con terror los españoles, caian á centenares abrasados del fuego del cañon, ó precipitados entre las rocas en su fuga. Almagro los siguió valeroso en la huida; el gobernador en vano procuraba inspirar aliento á los soldados, era tambien víctima de la sorpresa, y apenas doscientos hombres se salvaron de la muerte, y se reunieron en la campiña; pero vencidos, derrotados, acometidos por fuerzas estraordinarias, con armas igualmente matadoras, disciplinadas á la europea, y mandadas por el valiente y esperto Almagro, nunca el gobernador mostró mas esfuerzo y bizarría que sosteniendo una honrosa retirada hasta las murallas de Cuzco.

En esta célebre jornada, si hemos de creer á las tradiciones que aun se conservan en el pais, se verificó un portentoso milagro. El intrépido gobernador no fué vencido ni por el valor de Almagro, ni por el arrojo y nueva disciplina de los peruanos; la sublime sombra de Colon, vagando por las sinuosidades de los Andes, dió el grito de libertad, y amarró la diestra de Pizarro. Colon llevado de sus instintos descubrió el Nuevo Mundo, y condujo á los europeos á aquellas deliciosas comarcas, para unir en fraternales lazos el antiguo y Nuevo Mundo; pero no, jamás, para que los inocentes habitantes de las nuevas playas fuesen degradados esclavos de los denegridos europeos del siglo XVI. Colon filantrópico y sensible fué el consuelo de los indios de todas las comarcas en cuanto estuvo al frente de las espediciones, pero preso y encadenado, vuelto á Europa con ignominia, cayó, como ya hemos visto, desde aquel momento, una mano de hierro y de esterminio sobre los nuevos continentes. La sombra de Colon en su sepulcro jemia devorada por el remordimiento de haber conducido á los europeos á los remotos é ignorados climas, y es fama que voló tambien á los Andes á proclamar la libertad del Perú, y que inspiraba á Almagro, y fortalecia las diestras de todos los perua-

nos. En la derrota de Pizarro aseguran los ancianos del pais, que volaba una manga de fuego por los ámbitos, que deslumbraba al gobernador, y á su division, y alumbraba á los peruanos. Aquella nube de fuego era la sombra de Colon, que combatia tambien por la libertad del Nuevo Mundo, para acallar sus remordimientos de haber descubierto aquellas deliciosas playas para que su jeneracion las enrojeciera de sangre.

XXIV.

Venganza.

Pizarro llegó á Cuzco perseguido con ostinacion por los peruanos; en su retirada hizo prodijios de valor que otras veces le hubiesen asegurado la victoria, pero los súbditos de los Incas se batieron como soldados europeos, y su número les aseguró el triunfo. Almagro dió regularidad á las masas armadas que discurrian errantes á la muerte, y la aurora de la libertad del Perú, parecia ya esclarecer en el Oriente. La capital se consternó al ver llegar en derrota al gobernador; el atleta que jamás se vió vencido, se miraba humillado y amenazado por un enemigo

formidable. Entonces se empezó á conocer la desacertada política de haber roto con Almagro y con otros compañeros, que huyendo de Pizarro y Luque tuvieron que marchar al campo enemigo. La disciplina en los combates, la union impenetrable de las masas, todo se miraba como efecto de la instruccion de los españoles, y la sangre de los peruanos no correría ya impune en los campos de batalla. Valientes, llenos de amor por su patria, jamás se intimidaron á vista de las tumbas; pero sus arcos y sus flechas, sus débiles lanzas, jamás pudieran cruzarse con las espadas europeas; mas cuando se vió que empuñaban aceros, cuando lejos de huir aterrados al estampido del cañon, derramaban tambien la muerte con su artillería, era preciso que desmayasen los conquistadores. ¡Un pueblo que tiene armas y virtudes, jamás doblega su cuello al yugo de los tiranos!

Pizarro entró en la ciudad con doscientos soldados, pero bien pronto se tendieron en la campiña muchos batallones peruanos que le seguian en su retirada, y ya los conquistadores parecian estar solo á la defensiva. Almagro para tomar la capital no quiso se pasára el terror de la primer derrota. Pizarro valiente, intrépido hasta la temeridad, centelleaba fuego por sus ojos; mil veces prefiriera la muerte al baldon de ser venci-

do, y resolvió atacar con furor á los sitiadores. Luque, á pesar de ser bastante político para conocer cuanto habian variado las circunstancias del imperio, era demasiado fanático para poder pensar con sensatez. «Jamás la cruz se vió hollada por herejes, decia al gobernador,» y se dispuso á la campaña escomulgando solemnemente á Almagro, Las-Casas y cuantos españoles seguian las banderas de Huascar. Bien sabia que todos predicaban el cristianismo, que Huascar y la mayor parte del ejército peruano habian ya recibido las aguas de la salvacion, pero tambien sabia que estaba abierto el templo del Sol, y que se toleraba la pompa de Satanás, y suponia á aquellos cristianos como esclavos del demonio. El gobernador delirando por venganza, sepultado en la memoria de haber sido vencido, se olvidó de los amores de Ocollo, y su alma solo se alimentaba de deseos de sangre. Ocollo en tanto vivia en la mas desesperada zozobra: escapar al campo de Huascar no era posible, su venganza tampoco estaba consumada, y el gobernador podia llegar á la desesperacion.

Pizarro en breve reunió quinientos hombres, y á pesar de ser sestuplas las fuerzas del enemigo, no dudó arrojarse al combate; su sed de venganza le precipitaba..... Luque, aunque no conocia todo el peligro que les

amenazaba, mas tranquila su mente que la de Pizarro, miraba seis mil combatientes á la europea mandados por Almagro, con otras infinitas fuerzas no disciplinadas, y juzgó conveniente enarbolar la cruz en el combate porque conocia que le era altamente necesaria la cooperacion del cielo. Se iba á pelear por la libertad de un grande pueblo, y dos héroes de aquel siglo, dominados por resentimientos personales, mandaban las fuerzas combatientes; el choque no podia menos de ser horroroso, y el campo de batalla se habia de trasformar en un osario cubierto de sangre. Pizarro contaba con menores fuerzas, pero sus soldados eran mas tácticos y veteranos, y numeraba valientes oficiales. Almagro, aunque con fuerzas mas numerosas, tenia que atender al asedio; con dificultad pudiera empeñar todos sus batallones en el combate, y por mucho que los peruanos hubiesen adelantado en la táctica europea, siempre serian visoños, y el jefe no pudiera contar con subalternos de confianza. Tal era el estado de los campos enemigos cuando Almagro sitiaba á Cuzco, y Pizarro se preparaba á rechazarle vengando su oprobio.

Por arrogante que fuese un guerrero en el siglo XVI, no salia jamás al campo de batalla sin haber recibido todos los socorros espirituales, por si tal vez cediese á la muer-

te. Entonces Pizarro no pensára en tales ceremonias; pero Luque exhortó á los soldados para darlos valor; en nombre de su Santidad les concedió absolucion jeneral, y repartió fervorosamente la eucaristía. Un negro estandarte, en que resplandecia una cruz encarnada, se enarboló entre los conquistadores, y el gobernador á su cabeza salieron de la ciudad como un torrente impetuoso. Almagro tenia constantemente sus batallones sobre las armas, y un cándido pendon con cruz roja los animaba á la victoria.

No por mucho tiempo se contemplaron los campos enemigos: el gobernador se arrojó sobre sus contrarios cual un tígre rabioso, y bien pronto inútiles los mosquetes y artillería, se llegó á las armas blancas, muriendo cada cual impávido conservando su línea. Si bien no eran poderosas las fuerzas combatientes, corria empero la sangre, y volaba el destrozo; las diestras se disputaban con ardimiento el honor de herir primero, y los españoles parecian animados del valor de los Dioses. Pizarro y Almagro si bien conocian la necesidad de no abandonar el mando de los suyos, sus deseos de venganza los llevaron mas de una vez á cruzar los aceros personalmente, pero pronto cedian y volaban al punto de mayor interés. Los soldados del gobernador eran otros tantos héroes; Pizar-

ro en aquella célebre jornada mostró mayor valor y mas perecia que nunca; Pizarro era el asombro de sus compañeros y de sus enemigos, pero Almagro intrépido, valeroso, al frente de soldados que peleaban por su libertad, alentados por un monarca que adoraban, con fuerzas muy superiores, era un torrente irresistible. El número al fin habia de decidir la victoria; el gobernador, despues de arrojarse mil veces á la muerte, tuvo que ordenar la retirada, y por segunda vez el conquistador del Nuevo Mundo se vió entrar en su pomposa corte vencido y derrotado. Corrió la sangre de mil peruanos para sellar la victoria, pero trescientos cadáveres españoles cubrian tambien el campo del combate.

El luto y el dolor se estendió en Cuzco entre los invasores, al ver entrar de nuevo derrotado al gobernador; todos jemian temblorosos, menos Pizarro, que era solo grande en los peligros, y mostraba en ellos mas tranquilidad que en las bonanzas. Luque miraba con asombro que el Dios de las batallas hubiera concedido la victoria á los herejes; allá en su conciencia presumia que fuese castigo de los pecados de los cristianos, pero en los templos y en las calles predicaba los altos juicios del Señor, su inefable munificencia, la profecía de la estension del cristianismo por toda la tierra, escrita

en los evanjelios, y asi sostenia el entusiasmo, y preparaba á la muerte á los vencidos. Pizarro en tanto valeroso solo pensaba en la guerra, y desplegaba una actividad y una pericia estraordinarias. No podia pensar en una nueva salida contra el enemigo, pero se preparaba á resistir cualquier asalto ó combate á que le provocasen para recibir refuerzos de la metrópoli; olvidado de Ocollo, olvidado de sí mismo, solo anhelaba la venganza y la victoria, y nunca estuvieron en mas estrechas relaciones, ni obraron mas de comun acuerdo el gobernador y el vicario.

Almagro por su parte, con infatigable actividad sostenia el valor y la disciplina en sus batallones: calculaba á sangre fria las probabilidades que le aseguraban la victoria, y la libertad del Perú, y se preparaba á dar el asalto á la capital del imperio. Huascar, siempre valiente y generoso, amaestrado por Almagro, era ya un bizarro capitan europeo, que desnudándose de la pompa y ceremonias de Inca, si bien se presentaba con magnificencia á sus soldados, no envolvia en sí ya la idea de deidad soberana, y sucesor del Sol. Con valor, pero sin orgullo, con destreza pero sin presuncion, conocia la superioridad de Almagro, y jamás le disputó el mando, ni contrarió la menor de sus órdenes. Coya delirando de amor por su bizarro caballero.

ya no hallaba sus delicias en la altivez de las armas, condescendiendo con el querer de Almagro, si bien manejaba las flechas y el arco, y animaba el entusiasmo de los peruanos, no en el calor de los combates esponia á los aceros su preciosa existencia. Las-Casas, celebrando diariamente el sacrificio de la misa en campo raso, predicando la moral mas pura, ejercitando las mas sacrosantas virtudes, estendia el cristianismo en todo el ejército, y los adoradores del Sol se postraban ante el leño de la Cruz.

Con la rapidez del fuego eléctrico se comunicó por las provincias la fama de las dos victorias conseguidas por Almagro, y la conversion de Huascar y de todo el ejército; asi como la pureza de costumbres y la humanidad del sacerdote cristiano, del venerable Las-Casas. A pesar del duro yugo de los conquistadores, y de la carnicería y estrago con que castigaban el menor síntoma de sublebacion, las provincias fermentaban, cual el fuego en las cabernas de la tierra, y ya tronaba cercano el dia de la esplosion espantosa. Los ajentes de la libertad corrian solícitos las provincias atizando el fuego : muchos fueron descubiertos y despedazados para espiar su crímen, pero los hombres libres renacen bajo la cuchilla de los verdugos, y cada víctima era sustituida por otras ciento

que se preparaban al martirio. Los invasores y los peruanos trabajaban cada cual infatigables, ya por sostener el despotismo y la tiranía, ya por conseguir la libertad y la independencia. En aquellos siglos aun no se poseia el arte de tiranizar, pero sí el entusiasmo de volar con impavidez á la muerte proclamando la independencia.

Continuaba una espantosa actividad en los muros y campiñas de Cuzco; los sitiadores se preparaban al asalto y los sitiados á rechazarle. La guarnicion de la capital del imperio despues de sufrir dos escalabros, numeraba bien cortas fuerzas, y los batallones de Almagro pasaban de veinte mil hombres. En una tranquila noche, la luna apenas despuntaba nebulosa entre celages, y un silencio sepulcral reinaba en las campiñas, cuando Almagro al favor de las sombras arrimó grande número de escalas á los muros y dió la señal del asalto. No dormia Pizarro entregado á las caricias de Ocollo; valiente en los muros comenzó á derramar el esterminio y la muerte, y el combate llegó á todo el horror del encarnizamiento. Los peruanos gritando *libertad* exhalaban el alma al rigor de los aceros de los invasores, pero la mortandad no debilitaba el entusiasmo, si que redoblaba el vigor del asalto. El gobernador, arrebatado de feroz ardimiento, el primero

en el combate y en los riesgos, sostenia el valor y la impavidez de los sitiados, pero ya las diestras desfallecian cansadas de matar, y las murallas de Cuzco se cubrian de enemigos denodados, que destrozaban tambien á sus enemigos, cuando Luque con un crucifijo en la mano encendió la ira de los fanáticos, y reanimó su aliento. Un vigor sobrehumano impelia las diestras y los corazones; Pizarro señoreaba ya á los suyos, y los peruanos fueron arrojados de las murallas, cuando creyeron segura la victoria. El campo quedó cubierto de cadáveres, y la sangre rebosaba sobre la tierra, pero los sitiados sufrieron tambien una horrible pérdida, y sus cortas fuerzas ya no pudieran sostener un segundo asalto.

Bien pronto el Sol bordó con su púrpura el Oriente, y los combatientes tendidos en el campo de batalla, dormian como en un sueño letargoso entre los cadáveres. El gobernador y el vicario velaban en tanto, y contemplando á sangre fria el destrozo, pensaban sobre lo crítico de sus circunstancias que no desconocian; pero sus almas arrogantes aun hallaban recursos en la desesperacion, y no decaia su aliento. Mil diferentes planes oprimian sus cerebros. Hallaban dificil sostener la capital, y dificil tambien una retirada en que no fuesen completamente destrozados,

y esperaban con impaciencia refuerzos de las provincias á pesar de las cortas guarniciones que aseguraban en ellos la tranquilidad, en virtud de ajentes que á todas habian mandado, aunque con tardanza, por su demasiada altivez. Los mayores temores del gobernador eran que en la noche se repitiese el combate, porque se hallaba con poquísimos soldados, y rendidos de la fatiga.

Ocollo, sepultada en esperanzas y en temores, se hallaba en un estado de turbacion inesplicable. *La victoria será de Almagro, caerán los tiranos*, la decia su corazon, pero en tanto jemia en poder del gobernador, prisionera en su palacio, no por mas tiempo pudiera entretener sus ardientes deseos, y la desesperacion le arrastrára á la violencia. El palacio del gobernador era un suntuoso edificio poblado de desgraciados. Tal vez quinientos esclavos esperaban su voz para servirle, y formaban su grandeza; quinientos esclavos que arrastraban los hierros del oprobio, y que jemian bajo la mas dura tiranía.

Ocollo, esposa del desgraciado Atahualpa, llena de amabilidad y de encantos, consagrada á aliviar sus penas, era el ídolo de aquellos infelices, y en ellos podia fundar lejanas esperanzas.

El campo peruano presentaba una quie-

tud profunda, y el gobernador viendo que no amenazaba peligro alguno, sintió renacer en su pecho el amor, y lleno de desesperacion se retiró de la muralla arrastrado de sus fogosos deseos. Apenas hubo llegado á su estancia mandó llamar á Ocollo con arrogante mandato.—Peruana, la dijo, ya es tiempo que mi amor halle consuelo entre tus brazos: esta noche, esta misma noche... la inquietud de la guerra, Pizarro, le reponia,... esta noche tal vez el enemigo repite el asalto.—No, no será tan temerario, yo te lo juro, no querrá de nuevo mirar humillada su altivéz; pero si osára arrogante, cercanos están los muros, al primer grito sacudiré el amor y volaré al combate: «me son mas deliciosos los peligros que las caricias.» En vano Ocollo quisiera apurar los recursos que le ofrecia su fecunda imajinacion; la desesperacíon se habia apoderado del alma de Pizarro, su amor era una negra tempestad, tal vez no desconocia su posicion, y no querria dejar escapar de entre sus manos el feliz momento porque tantas veces habia suspirado.

Rápido el gobernador volaba por la ciudad y por los muros, y con su presencia animaba á los soldados, y daba vigor á todas las disposiciones militares. Ocollo, sumergida en llanto, miraba ya acercarse inevitable el momento que tanto habia dilatado de un modo

prodijioso. Imposible fuera fugarse: su muerte era segura, y queria gozar del grandioso espectáculo de la libertad del Perú. Su alma robusta, grande en las tempestades, conservó la bastante tranquilidad para esperar el peligro; y animada por la sombra de Atahualpa, y por el amor que aun ardia en su pecho, solo pensó en su venganza.

Limitada á quinientos hombres la guarnicion de Cuzco, y Pizarro impávido hasta desconocer los riesgos, redujo su guardia á un corto número de soldados, pero sus infinitos esclavos temblaban á su voz, escarmentados de su fiereza. Ocollo bastante política no aparentó jamás union con aquellos infelices; tal vez tambien los trataba con arrogancia, y el gobernador la suponia identificada con sus intereses, porque por un delirio de su amor creia que era el objeto que adoraba, pero Ocollo suspiraba por los infelices esclavos, y ellos correspondian á su ternura, iniciados en el misterio del finjimiento. Algunos la inspiraban mayor confianza, ya por su valor ya por sus talentos, y eran sus principales ajentes para las comunicaciones con el campo de Huascar; y en ellos fundaba sus esperanzas y les confiaba algunos de sus secretos. Aquel dia alentó sus almas asegurándoles que en la noche se proclamaría la libertad del Perú, pero que era indispensable su es-

fuerzo. Los peruanos inermes, apenas pudieran mas que poner su pecho jenerosamente á la muerte, pero Ocollo siempre previsora quiso aprovechar felices momentos.

La corta guardia que afianzaba la seguridad del palacio del gobernador, era de soldados que habian pasado la noche matando en las murallas, que se habian abandonado tambien á la crápula y á los licores en celebracion de la victoria, y que el cansancio y los vapores entorpecerian sus miembros, y un profundo sueño cerraría sus párpados, y trastornára sus cerebros. Aquella noche era la señalada por Pizarro para saciar sus lividinosos deseos, y la señalada tambien por el destino para proclamar la libertad del Perú, y Ocollo conocia su posicion y ardia en su pecho el amor de su patria y su venganza. Los peruanos aunque degradados entre las cadenas de la servidumbre, conservaban la enerjía de alma de un pueblo que ha sentido las delicias de la libertad, y al grito de *libertad* volarian á la muerte, y Ocollo dió á sus favoritos las instrucciones convenientes para que preparasen á la multitud.

Pizarro despues de tanto afanar ya cedia al cansancio; sus miembros aunque duros como el bronce, el bronce tambien cede. Cubiertas todas las precauciones militares, pronto al primer grito de asalto, se retiró

á su palacio á procurar un instante de sosiego, pero el amor devoraba sus entrañas, y una inquietud inconsolable conturbaba su pecho. Mas espresiva que nunca salió Ocollo á su encuentro prodigándole mil finjidas caricias, y el alma de Pizarro adquiria vigor y vida á la vista de la hermosa; su amor ardía violento, y recordando que aquella noche sería la última de finjimiento, creyó llegado el instante venturoso. Empero, Ocollo que conoció ya exaltadas las pasiones de Pizarro, tomó un aspecto severo, y comenzó á esquivar sus caricias. Entonces el gobernador rehizo su orgullo, y la recordó el mandato, «*esta noche Ocollo, esta misma noche; es todo en vano.....*» — No lo esperes, bárbaro, repuso la peruana, jamás cederá Ocollo á la voz del matador de Atahualpa.— *Ah pérfida, y osaste..... Esta noche, esta misma noche.....* en vano procurarás desasir tu mano; entre mis nerviosos brazos espiarás tu crímen..... Pizarro arrebataba la víctima cual una débil caña: Ocollo pálida en su tranquilidad parecia animada de un poder divino; ya el gobernador con negra boca ajaba las purpúreas mejillas, cuando Ocollo valerosa sepultó un puñal en su pecho, y atravesó sus entrañas. Pizarro cayó revolcándose entre un torrente de sangre, y Ocollo con el puñal humeando, enrojecido en

la sangre del conquistador, corrió valerosa, dió el grito de libertad, y volaron en tropel los esclavos. Estaban tomadas todas las precauciones; los peruanos se apoderaron de las armas de la guardia, que perezosos sacudian un letargoso sueño, para morir matando entre el rujido de las cadenas de los esclavos; la guardia toda fué degollada, si bien á caro precio, y los amotinados volaron hácia una puerta de la ciudad para abrirsela á sus compañeros. Los castellanos que coronaban los muros creyeron el tumulto una sorpresa del enemigo, les faltó el gobernador á su frente, y se pusieron en desórden. Tarde ya conocieron lo que causaba el movimiento, y la muerte de Pizarro; se habian forzado las puertas, y el ejército peruano avanzaba presuroso; empero, vivo combate se travó en las calles entre la oscuridad de la noche, y los castellanos hubiesen entonado la victoria, pero Almagro cayó como una récia tempestad y decidió el triunfo. El ejército peruano se cebó con horror en los vencidos; en vano quisiera Almagro invocar en aquellos momentos el poder de la disciplina: cada soldado tenia que vengar mil víctimas de su familia, tenia que lavar su oprobio en la sangre de sus opresores, y solo se escuchaban pavorosos gritos de *muerte, libertad y venganza.*

XXV.

Conclusion.

La ciudad era un campo de batalla por todos sus ámbitos, y las divisiones peruanas avanzaban vencedoras por todas partes, arrastrando tras sí la victoria y la desolacion. Almagro sin quitarse del frente de los batallones, vencia, refrenando empero á la tropa y conservando la disciplina, y tendia alrededor penetrantes miradas por descubrir al gobernador su contrario, para medir con él cuerpo á cuerpo las armas, y Coya siempre á su lado, inflamaba el valor de los peruanos y les

inspiraba valor y denuedo para entonar himnos de victoria, y cantos de libertad. Huascar, aunque obediente á las órdenes de Almagro, aunque de alma noble y jenerosa, conduciendo una division por diversos flancos, llevaba tras sus huellas el esterminio, y dejaba sobradamente conocer que haria la guerra á muerte en lo sucesivo; y en medio de tanto horror recojia perezosamente la noche su negro manto, la luz del nuevo dia empezaba á esclarecer el horizonte, y la aurora de la libertad del Perú despuntaba refuljente.

Pero bien pronto llegó á Almagro la noticia del asesinato de Pizarro, que él creia entre los combatientes, y entonces el jóven guerrero demostró toda la nobleza de su alma: lloró la muerte de su enemigo, y arrojó melancólico la espada que esgrimia su diestra. Huascar en tanto avanzando victorioso se posesionó del palacio del gobernador, antigua mansion de los Incas, y contemplaba en un helado pasmo el cadáver del intrépido y glorioso español que habia hundido en polvo el colosal imperio, cuando tambien llegó Almagro; y Ocollo, fatigada y con dificil y angustioso aliento yacia en un profundo desmayo. — Inca, le dijo el español, ya ocupas la mansion de tus antecesores; aqui tienes mi espada; ya no comba-

tiré á su lado; ya no tengo enemigo que vencer; ese frio cadáver ha desarmado mi diestra. — Como, valiente Almagro, pude ofenderte? — No, Huascar, no, eres noble y jeneroso, pero mi nombre sin mancha y sin baldon quedára cubierto de oprobio, si continuara combatiendo contra mis hermanos. El orgullo de Pizarro y el fanatismo de Luque, la intolerancia y el despotismo de los dos, me llevaron á tu campo, y las ofensas personales del gobernador demandaban únicamente mi venganza. Tal vez las remotas jeneraciones creyeran que de la sangre de Pizarro brotára la libertad del Perú, porque su asesinato nos hubiera dado la victoria; las armas peruanas se hubieran cubierto de gloria venciendo al conquistador, pero ora quedan mancilladas, y yo debo salvarme del oprobio retirándome del teatro de la guerra. — Ocollo vengó la sombra de Atahualpa; mírala palpitante, sumerjida en profundo desmayo. — Ocollo entonces comenzaba á sacudir su letargo, y desprendiéndose de los brazos de los peruanos que la rodeaban, queria huir aterrorizada, y gritaba convulsiva. — No, bárbaro, jamás, la sombra de Atahualpa. — A duras penas pudieron reducirla á un separado y tranquilo aposento, en que prodigándola los mas solícitos cuidados, volvió en breve á la calma, y con-

templaba pasar por su imajinacion recuerdos espantosos.

— No, Huascar, repetia Almagro, yo no culpo á Ocollo; su venganza y su honor exijian su arrojo; pero murió Pizarro, y es ya mi deber deponer las armas. Ya te he preparado á la victoria; Benalcazar y otros ilustres capitanes refuerzan tus filas; ya has aprendido á no temer las armas europeas; el imperio te aclama por su soberano, y señoreas ya la victoría. Adios Huascar jeneroso; adios ejército peruano, adios. — Nacido en el Oriente vine á conturbar vuestra ventura; el Dios de misericordia quiso dotarme de menos ambicion, ó de mas sensibilidad que á mis compañeros, y procuré ser vuestro consuelo y vuestro apoyo en vuestro comun infortunio. La ingratitud y el orgullo de Pizarro, el amor de Coya, las inspiraciones de mi corazon, me llevaron á vuestro campo; combatí por vuestra libertad, y tal vez os dí la victoria. Si algo me debeis, si fuese digno de aspirar á vuestra gratitud, perdonad los crímenes de mis compañeros, no maldigais su memoria.... Sus crímenes han sido crímenes de su siglo.

Copioso llanto derramaban los sencillos pechos; un profundo silencio reinaba entre los ilustres personajes, y las escenas de horror y de sangre, que aterraron al Nuevo

Mundo, comenzaban á convertirse en escenas de ternura, y de gozo. Coya, que en las miradas de Almagro inflamaba su puro corazon, estaba eternamente pendiente de sus lábios; el querer, los caprichos de su amante, eran para la hermosa sagrados é inviolables preceptos, y en estando al lado de su Almagro tenia realizado todo su porvenir de ventura, y sus dorados sueños. Huascar que no miraba en el bizarro jóven un rival, sino un amigo, un apoyo invencible, apuraba todos los recursos posibles para que no depusiera las armas, pero el bizarro castellano no podia seguir una campaña en que su poderoso rival habia sido asesinado. Todo era en vano; Almagro habia tomado su resolucion irrevocable, y al fin se dirijió á Huascar.—Tú lo sabes, le dijo, esclavo de la hermosura y de los encantos de Coya, toda la felicidad que anhelo es poseerla como esposa, ya que tanto tiempo hace poseo su corazon. Como monarca del Perú, como jefe de la familia de los Incas, otórgame este don, y mis cortos servicios por la causa del imperio serán altamente compensados. La mayor honra de Huascar era contar á Almagro entre la familia de los Incas, y en breve el venerable sacerdote Las-Casas, los desposó en el templo de Cuzco con todas las ritualidades de la iglesia, celébrandose con regocijos y pompa magnífi-

ca el himeneo en toda la estension del imperio; y segun las crónicas contemporáneas los dos esposos vivieron felices y bien aventurados largos años en el magnífico palacio de Coya, que ya conocen nuestros lectores.

El virtuoso Las-Casas quedó tambien en Cuzco como jefe y vicario jeneral de los sacerdotes cristianos del imperio, y predicaba infatigablemente la ternura y el balsámico consuelo de la augusta relijion del Crucificado; conferia las sagradas órdenes á los nuevos sacerdotes, era el anjel protector de los desgraciados, y hacia reflejar en sus virtudes la verdadera efigie de un Dios adorable y omnipotente. Ocollo admirando las virtudes del santo ministro, y estimulada por la conversion de Huascar, no odiaba á los cristianos; aun tal vez gustosa hubiera recibido las aguas del bautismo, pero el amor de Atahualpa vivia inestinguible en su pecho, y jamás quiso abandonar la creencia de su adorado Inca, y en sosegado retiro veia deslizarse su vida contrastada de magníficos recuerdos; y ya la sombra de Atahualpa se presentaba ensangrentada á su conturbada imajinacion, ya un puñal vengador clavado en un arrogante pecho hacia sonreir á su alma.

Los héroes del Perú, cual errantes cometas, iban terminando su carrera, y llegando á su ocaso; pero volveremos á anudar la re-

lacion de nuestra historia para terminar sus pájinas.

A pesar de la completa victoria de los peruanos, aun pudieron escapar de Cuzco y de la muerte algunos españoles, que á las órdenes del capitan Soto huyeron presurosos hasta Cajamalca. En vano fuera ya la porfia y el denuedo; la revolucion del Perú habia ya estallado para no retroceder; los peruanos tenian ya armas matadoras, tenian virtudes y combatian por su libertad, que es lo que conduce á los pueblos á la victoria, y mas débiles y desmayadas fuerzas pudieran oponerse al torrente impetuoso. El fanático y sanguinario Luque se salvó tambien de la matanza de Cuzco, y huia con los restos del ejército vencido, si bien ya no contaba con aquel poder mágico é irresistible que la supersticion le daba en los primeros momentos, porque su negro fanatismo habia cansado hasta á los fanáticos

El bizarro Huascar no se adormeció entre los laureles de sus primeros triunfos, y vencedor sobre las murallas de Cuzco, aun no era vencedor sobre el imperio de los Incas. Los invasores dominaban muchas provincias, y preciso era prepararse de nuevo á combatir y á vencer. Los emisarios de Huascar y de la libertad recorrian el pais por todas partes, que falto de guarniciones, solo por un fan-

tástico terror humillaba su cuello al despotismo, y con facilidad se alzaban las provincias, y daban el grito de libertad é independencia, á poca proteccion que le ofreciese una division de Huascar. Solo desde Cajamalca á san Mateo derramaba sus horrores la dominacion, porque era el punto donde estaba reconcentrada la poca fuerza invasora que aun ocupaba el Nuevo Mundo.

Cada dia una provincia proclamaba su libertad y su independencia; el fuego de la revolucion ardia subterráneo y violento por todo el imperio; Huascar con admirable actividad atendia á todas partes; los invasores estaban ya reducidos á un corto recinto, y á millares los peruanos volaban á Cuzco á engrosar el ejército de la libertad. No por mas tiempo pudiera tolerar Huascar que Cajamalca y san Mateo continuasen bajo la dominacion estranjera, y al frente de un poderoso y bien organizado ejército, marchó á dar la libertad á aquellas deliciosas comarcas, y el trono de Madrid y el Baticano se estremecian á las pasos del libertador del Nuevo Mundo. Tambien en esta provincia ardia el fuego de la sedicion; los invasores se esforzaban en vano para sofocarlo, y Huascar marchaba presuroso, y era preciso prepararse al combate. Mal pudiera confiar en la victoria una corta division desalentada,

vencida, abandonada de la metrópoli; sin recursos, y hostilizada con furor del suelo que pisaba; pero Soto y sus soldados eran valientes y aguerridos, no sabian soportar el oprobio de ser vencidos, y no cederian el campo sin medir las armas con esfuerzo.

Cual un rio caudaloso que rompiendo sus diques, se lanza y se estiende con majestad por las campiñas, asi Huascar dilataba y estendia sus fuerzas por los campos de Cajamalca, y se preparaba á dar el último golpe á la arrogancia de los invasores. Soto habia tambien reconcentrado sus fuerzas, y se preparaba con denuedo á la batalla, y el antiguo y el Nuevo Mundo esperaban con avidez el golpe que tanto habia de influir en su porvenir moral y político.

Luque, como ya hemos indicado, no gozaba de tanto poder ni de tanto prestijio; su fanatismo no dominaba ya esclusivamente á las conciencias, y comenzaba á reinar un ambiente de despreocupacion que daba á las almas bastante distinto temple. En aquellas comarcas dominaban tambien los dos cultos; el cristianismo y la adoracion del Sol, que tenia sagrados templos en muchos pechos peruanos; pero la intolerancia de creencias, y el depotismo militar, seguian con mas ó menos crueza derramando sus horrores, y los peruanos preferirian una gloriosa muerte, á

continuar arrastrando los hierros de la esclavitud. Las noticias de la aproximacion de Huascar enardecian los ánimos, y en Cajamalca bramaba tambien una revolucion espantosa.

Fogoso y arrogante Soto salió al campo á las nuevas de la llegada de Huascar, y llevado de su loco ardimiento se preparaba á aventurar un choque temerario. Luque no podia comprender como el Dios de las batallas, abandonando las armas nazarenas, diese la victoria á un ejército por él escomulgado, y en su bárbaro fanatismo miraba los reveses de su campo como un visible castigo de los pecadores, y como una difícil prueba á que esponia el Dios de justicia á la resignacion cristiana, y fervoroso abrió misiones públicas, escomulgó de nuevo al ejército del imperio, y á los renegados cristianos que le seguian, y celebraba diarias rogativas, sosteniendo asi en algo el valor de los vencidos.

Huascar debia á Almagro un valor prudente y una ríjida disciplina, y no dudó admitir el combate á que Soto le provocaba, porque, pesaba y meditaba á sangre fria sus poderosas ventajas, y no dudaba de la victoria. Bien pronto á vista de Cajamalca se travó con ostinacion el combate; Soto si valeroso y arrojado, no tenia el prestijio que

Pizarro, ni su tacto y conocimientos militares; los soldados mas aguerridos y los mas espertos jefes habian perecido en los Andes y Cuzco, y en breve los invasores se vieron envueltos y destrozados, y tuvieron que pronunciarse en retirada.

Desgraciadamente en Cajamalca habia sucedido lo que Soto debiera haber previsto. En el momento en que sacó á la campiña todas las fuerzas para presentar á Huascar la batalla, estalló en la ciudad el volcan que ocultamente ardía; los esclavizados habitantes corrieron á las armas con plan muy anteriormente combinado; se apoderaron de las murallas y puntos mas importantes, sorprendieron y degollaron á las cortas guardias con que se creia asegurada la tranquilidad, y ni un solo invasor pudo librarse de la muerte. Los esclavos mataban con encarnizamiento, pero ansiaban apurar todo su furor con el bárbaro Luque.

El vicario de Pizarro habia atraido sobre su cabeza un ódio inestinguible, porque habia vivido, como hemos visto, en medio de un lago de sangre, por mucho que el fanatismo de su siglo cubra para las razas venideras su crueldad y sus asesinatos. En vano furioso el pueblo amotinado le buscaba por la ciudad, y por los mas ocultos lugares, que Luque á vista del peligro se refujió en el

templo, creyéndolo un asilo inviolable, y se postró ante el altar en fervorosa oracion; pero no tardaron los amotinados en saberlo, y cayeron sobre el templo, forzaron sus puertas, se arrojaron sobre el fanático, cual lobos hambrientos, y le despedazaron rabiosos en el mismo altar que oraba. Aun no saciaron su furor; arrastraron por la ciudad sus miembros palpitantes, y los quemaron al fin en una espantosa hoguera entre júbilo y algazara. Luque murió como hizo morir á tantos desgraciados; el Nuevo Mundo hasta le negó unos pies de tierra donde descansasen sus despojos mortales; sus cenizas fueron dadas al viento como él habia dado las de Atahualpa, y otros miles mártires de su bárbaro y sangriento fanatismo. En tanto Almagro al contrario celebraba en Cuzco pomposos y réjios funerales por el inmortal conquistador del imperio de los Incas.

Soto ya vencido y destrozado supo la sublevacion y los horrores de Cajamalca; su impotente desesperacion era su martirio, pero el torrente era ya absolutamente irresistible. Los invasores sin recursos de ninguna especie, abandonados de la metrópoli, donde en vano clamaban por refuerzo y ayuda, mal pudieran hacer frente al ímpetu de un poderoso ejército vencedor, careciendo hasta de puntos fortificados en que resistirse. Con

mil heróicos esfuerzos consiguió Soto replegar los invasores sobre san Mateo, donde tampoco era posible subsistiese, y tuvieron que refujiarse á bordo de débiles y destrozados navíos españoles que surtian en la bahía.

Los sacerdotes españoles desaparecieron tambien entre el furioso torbellino, pero la relijion de Jesus quedó asegurada y triunfante en las playas del mar del Sud, y la dulce moral del evanjelio, y el puro jénio del cristianismo derramaba en el imperio de los Incas la dulzura y el consuelo que livaron sobre la tierra los divinos lábios del Crucificado. El venerable Las-Casas era el jefe de la iglesia de aquellas remotas playas; á su sombra benéfica creció en el pais un sacerdocio filantrópico y lleno de ternura, y apenas las remotas jeneraciones pudieron despues concebir que sacerdote del cristianismo se hubiese tambien llamado Luque.

El Perú respiró libre de sus opresores, los súbditos de los Incas volvieron á lanzar á los mares á los hijos del Oriente, y si en la ostinada lucha se salpicaron de sangre las arenas del imperio, los peruanos aprendieron tambien la existencia de otras playas, de otros continentes, y de otros mundos, que en el porvenir se les abririan á las comunicaciones y al comercio. Sacudieron sus preo-

cupaciones de mirar como dioses á sus Incas; este derecho divino desapareció de aquellas playas, aun antes que del antiguo mundo, y consiguieron plantar el árbol de su libertad, aunque como en todas las rejiones, tuvieran que regarle con sangre. Inspirados sus pechos de la dulcísima melancolía de la relijion nazarena, llegaron á comprender que tributaban su culto á una parte de la creacion, á esa esplendente antorcha del dia que por magnífica y sublime que corone los mundos, la robusta razon del hombre ha llegado hasta sus empiréas rejiones, la ha seguido en su curso, y ha conocido su naturaleza, teniéndola sí por una de las grandes obras del Hacedor supremo, como todos los centros de los sistemas planetarios, pero negándole la supremacia de los mundos que Manco-Capac le concediera. El imperio de los Incas se enrojeció de sangre, pero debió á los españoles su importancia política en el porvenir del mundo.

La corte de Castilla en tanto, lánguida desfallecia en su misma grandeza; en retorno de los tesoros del Nuevo Mundo mandaba sus galeras cargadas de sangre española, que se derramaba estérilmente en las nuevas playas. El pueblo español era el que daba esa sangre, pero los tesoros en que se vendia eran solo para los Felipes y los Car-

los y sus cortesanos; para la curia romana y sus delegados en Europa. Por torrentes de sangre del pueblo español se levantaban con los tesoros de las playas del mar del Sud esos soberbios alcázares de los reyes de Castilla, esos voluptuosos jardines, esos obeliscos de pórfido y marmol, esos campanarios jigantescos, esos templos orientales, dedicados al Dios de Luque; y el pueblo español desfallecia, y los nietos de Carlos V, los vencedores de la Europa, se desangraban envilecidos entre estériles montañas de oro.

Jamás la ilustre Isabel I y el intrépido Colon imajinaran tan funesto legado á la nacion española: el fanatismo y la estupidez del siglo XVI, trastrocó en una calamidad pública el suceso mas grande de los tiempos, y en que debiera levantarse la felicidad de los dos mundos. Pero el destino del mal, que parece presidir y dominar la tierra, cubrió de sangre y luto el inmortal momento en que un mundo conocia al otro mundo; el momento en que el hombre atrevido, dominando esos inmensos desiertos de los mares, saltaba ese valladar inespugnable con que la naturaleza dividia unos de otros hermanos, el momento en que la naturaleza parecia ceder á los esfuerzos del hombre, y se postraba vencida á sus plantas.

Tal fue la historia del imperio de los In-

JAN 3 1903

cas y de los hijos del Oriente en el siglo XVI, segun los mas auténticos queipos y códices peruanos que hemos tenido á la vista, y cuya version hemos procurado cuidadosos con la mas estricta fidelidad. Afortunadamente el tiempo sepultó en su sima insondable al siglo XVI, y con él las memorias y los rencores de los tiempos primitivos, de la conquista del Perú, y de los demas continentes del Nuevo Mundo; y tras grandes sucesos y grandes calamidades ha llegado ya el suspirado momento en que seamos hermanos, los pueblos entonces combatientes, y reine entre ellos la fraternidad y el amor que jamás debió turbarse. Les legamos nuestra relijion, nuestra lengua; nuestros hábitos y costumbres, son nuestros hijos, son nuestros hermanos, y si los destinos sangrientos que parecen presidir á las naciones, condenan al Nuevo Mundo por ahora á derramar su sangre en los combates y en las discordias civiles, como desgraciados tambien nosotros la derramamos; dia lucirá que el jénio del bien presida al mundo, y entonces los españoles de acá y de allá de los mares, se tenderán gozosos sus brazos, se llamarán hermanos y bendecirán la sombra de Colon.

812

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: July 2008

Preservation Technologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

LIBRARY OF CONGRESS
0 023 818 538 5